



Pellatán

EL MUNDO
MARCHE

NOV

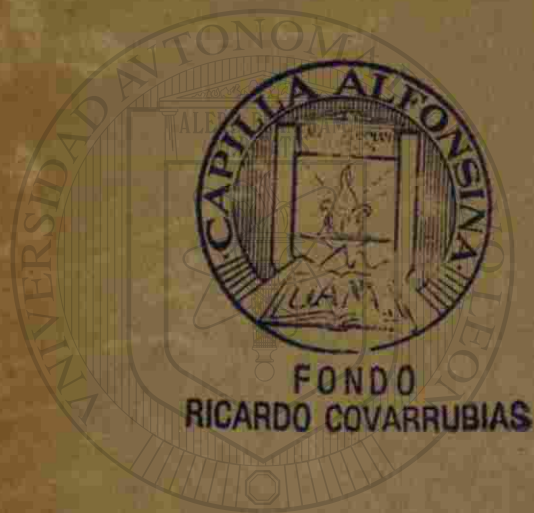
PQ2380

.P6

M6



1020026745



EL MUNDO MARCHA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.
Núm. Autor
Núm. Adg.
Fondo
Prest.
Recibido
Clasificación
Cotejado

846.8
388m
30967
-87

629

EUGENIO PELLETAN.

EL
MUNDO MARCHA.

CARTAS Á MR. LAMARTINE,

TRADUCCION REVISADA Y CORREGIDA

POR

EL VIZCONDE DE SAN JAVIER.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

100003

MADRID.
LIBRERÍA DE LEOCADIO LÓPEZ,
CÁRMEN, 13.

VALPARAÍSO.
LIBRERÍA
DE LOS SEÑ. TORNERO Y TORRES.

1875.

30967

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO 1015
4000 1625 MONTERREY, MEXICO

PQ 2380

.P6

MG



Es propiedad.

A JUAN REYNAUD,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp., estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.* (sucesores de Rivadeneyra).

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTELEONE, MÉXICO

A JUAN REYNAUD.

Llegó un día en que Lamartine negó el progreso: verdad es que en este momento sufría un gran dolor, y que todo lo veía á través del prisma de su sufrimiento.

La noche del 2 de Diciembre acababa de cubrir su alma cual un manto fúnebre, y no podía sondear su destino, ni el destino del hombre. Descendía las últimas pendientes de las montañas y se sentía poco á poco invadido del frío de la sombría duda.

Efectivamente: llegó un momento en que dudó del esfuerzo humano, y prorumpió en estas palabras:

« ¿Qué importa? »

Y cubrióse la cabeza con su manto, como el vencido que va á morir.

Semejante grito de abatimiento, saliendo de los labios de semejante hombre, debía recogerse.

Aquel que tal vez tenía derecho para tomar la palabra en esta cuestión la recogió, pues había hecho en ella el estudio de toda su vida, y tal vez había conseguido dar á la *Profesión del siglo xix* la fórmula del progreso.

Lamartine respondió á su adversario con el arranque elocuente de un espíritu inquieto que podría dudar de su duda, y que sólo anhelaba, más bien que convertir, ser convertido.

El defensor del progreso respondió á su turno á Lamartine, y de esta polémica salió el presente volumen.

El autor lo había dedicado á Juan Reynaud; hoy lo deposita sobre su tumba como un último homenaje.

El sitio preferente en este debate pertenece á Lamartine; á él le toca tomar la palabra el primero.

Ved, pues, la requisitoria que ha formulado contra el progreso en su tercera conversación literaria.

I.

Desde hace algun tiempo se ha formado en Alemania, Francia y otros Estados de Europa una escuela de filosofía de gran intencion y demasiada soberbia. Se la llama la filosofía de la perfectibilidad indefinida y continua de la humanidad.

Nosotros estamos bien léjos de negar la tendencia orgánica y santa del progreso en todas las cosas. Esta fuerza centrífuga del espíritu humano le imprime todo movimiento, como la fuerza centrífuga de los planetas imprime su rotacion á los astros, pues aunque los astros de por sí no progresen indefinidamente, dan vueltas sobre su eje inmóvil y en las órbitas prescritas.

Si el movimiento y el progreso son dos cosas en el cielo, ¿por qué no ha de ser lo mismo en el espíritu humano?

Veamos cuál es esta teoría aplicada á la filosofía india.

Semejante grito de abatimiento, saliendo de los labios de semejante hombre, debía recogerse.

Aquel que tal vez tenía derecho para tomar la palabra en esta cuestión la recogió, pues había hecho en ella el estudio de toda su vida, y tal vez había conseguido dar á la *Profesión del siglo xix* la fórmula del progreso.

Lamartine respondió á su adversario con el arranque elocuente de un espíritu inquieto que podría dudar de su duda, y que sólo anhelaba, más bien que convertir, ser convertido.

El defensor del progreso respondió á su turno á Lamartine, y de esta polémica salió el presente volumen.

El autor lo había dedicado á Juan Reynaud; hoy lo deposita sobre su tumba como un último homenaje.

El sitio preferente en este debate pertenece á Lamartine; á él le toca tomar la palabra el primero.

Ved, pues, la requisitoria que ha formulado contra el progreso en su tercera conversación literaria.

I.

Desde hace algun tiempo se ha formado en Alemania, Francia y otros Estados de Europa una escuela de filosofía de gran intencion y demasiada soberbia. Se la llama la filosofía de la perfectibilidad indefinida y continua de la humanidad.

Nosotros estamos bien léjos de negar la tendencia orgánica y santa del progreso en todas las cosas. Esta fuerza centrífuga del espíritu humano le imprime todo movimiento, como la fuerza centrífuga de los planetas imprime su rotacion á los astros, pues aunque los astros de por sí no progresen indefinidamente, dan vueltas sobre su eje inmóvil y en las órbitas prescritas.

Si el movimiento y el progreso son dos cosas en el cielo, ¿por qué no ha de ser lo mismo en el espíritu humano?

Veamos cuál es esta teoría aplicada á la filosofía india.

II.

Estos filósofos de la perfectibilidad indefinida y continua, á fuerza de querer engrandecer y divinizar la humanidad en lo que ellos llaman el porvenir, por el contrario, la degradan y envilecen hasta la condicion del bruto en su origen y en su pasado.

Si se considera la idea que ellos se han formado y quieren hacernos formar del hombre en su cuna, el verdadero nombre de su filosofía no sería el espiritualismo ni el deísmo, ni el panteísmo, ni siquiera el materialismo: debería llamarse con más propiedad el *vegetalismo*.

Antes de absorbernos en la contemplacion de la teología primitiva de la India, permitasenos confesar, escudados con el mismo derecho que estos filósofos, con el derecho de la historia y de nuestras conjeturas, una filosofía enteramente opuesta.

Seducidos estos filósofos por algunas analogías científicas muy dudosas que les mostraban en el trabajo subterráneo de los elementos que componen este globo y en algunos cadáveres de animales antidiluvianos los restos de elaboracion progresiva, y de este perfeccionamiento falso ó verdadero en las especies, han de-

ducido que el alma no es más que materia: el hombre piedra.

Estos filósofos han soñado que en el principio de las cosas y de los seres el hombre no era más que un *monton* de fango calentado por los rayos del sol, dotado luego de un instinto que le fuerza al movimiento sin impulsión, de algunos miembros rudimentarios que una inteligencia sorda y obtusa desprende gradualmente del fango para crearse á sí propia los órganos, y por último, de una forma humana, que se debatía por espacio de millares de siglos contra el fango que resiste al movimiento; y dotada, por fin, sucesivamente del instinto, que es el crepúsculo del alma; de la razón, que es el resumen reflexivo del instinto; del balbuceo, el preludio de la palabra, y, en fin, de todas esas facultades maravillosas que hacen hoy del hombre la miniatura perecedera de un Dios.

III.

Sistema singular, que para apoyar una teoría de perfectibilidad sin límites, que quiere ennoblecer, la hace salir de la materia que deshereda á Dios de su obra la más divina; que toma por creador, en lugar de Dios, una paletada de barro en un lodazal; un poco de

calor pútrido en un rayo de sol; un poco de movimiento sin objeto, robado á los vientos y á las olas; despues un instinto, igualmente robado á un sordo poder vegetativo, y á una inteligencia que lo desenvuelve y destruye todo, ¡y sin más objeto que relegar á Dios al abismo *de la abstraccion y de la inercia!*

Pero este fango, este rayo, este movimiento, este poder vegetativo, ¿quién los habia criado ántes que vuestra humanidad fangosa se desprendiese del pantano inmundo?

¡Sublime imaginacion de larva si pudiese hacer una creacion un hombre y un Dios á su imágen!

¡Sombrios ensueños!

Sueños por sueños, preferimos soñar con los brahmanes, esos teólogos filósofos de la India primitiva, esos precursores de la filosofía cristiana; preferimos mejor soñar que el Criador, *tan sabio, tan poderoso, y tan bueno* entónces como hoy, ha creado desde el primer dia todo sér y toda raza de séres en el grado de perfeccion que soporta la naturaleza de esos séres ó de esa raza de séres en la economía divina de su plan perfecto.

Preferimos soñar, imaginar y creer que el hombre estuvo mejor dotado y fué más completo en su juventud que en su vejez, que recientemente salido de la mano de Dios, de donde acababa *de caer* impregnado aún de los rayos de su aurora, instruido por la reve-

lacion de sus instintos intelectuales; provisto de una ciencia innata más necesaria y más vasta; de un lenguaje más expresivo del verdadero sentido de las cosas; viviendo en la plenitud de la vida, de la hermosura, de la virtud, de la dicha; *el polo de la naturaleza*, y ante el cual toda otra criatura debia inclinarse con admiracion y respeto.

Preferimos soñar, imaginar ó creer que el hombre en esta época, dotado de una libertad misteriosa, sin la cual no habria nada de activo ni meritorio en él, habria abusado de esta libertad moral para pecar contra su Criador y contra su destino; que esta falta habria tenido por consecuencia una degradacion y una expiacion de la especie humana; que las tinieblas de la inteligencia habrian cubierto sus ojos, no dejándole entrever durante largo tiempo más que confusas memorias de su estado primitivo.

Preferiríamos soñar, imaginar ó creer que esta misma libertad que le hizo cometer la primera falta le haga remontarse laboriosamente á su apogeo de criatura no más inocente, sino rehabilitada y perdonada; que las tinieblas, el trabajo, los esfuerzos, las miserias, los sufrimientos, la muerte, son las condiciones del estado presente de la humanidad, y la vía de esta rehabilitacion en la luz, en la dicha y en la inmortalidad.

Nos ruborizaríamos de pensar, de imaginar y de

creer que Dios, como un obrero impotente y poco diestro, no hubiera dotado al hombre desde su creacion de toda la plenitud de su humanidad; que el Todopoderoso hubiera tanteado como un ciego al formar el pedazo de arcilla, y que despues de haberlo vaciado en los pantanos diluvianos de la tierra, hubiera encargado á alguna fuerza oculta el acabarlo, animarlo y hacer de aquello un hombre!...

Francamente: esta filosofia, que hace un Dios progresivo, hace de Él, por lo mismo, un Dios absurdo.

Léjos estamos de participar de estas creencias, que creeríamos blasfemias.

Quien dice Dios, dice perfeccion y eternidad.

IV.

En cuanto á la perfectibilidad indefinida y continua del hombre, aunque este progreso creciente é indefinido del hombre y de la humanidad no estuviese desmentido por el buen sentido, por la historia y la tradicion, se veria ciertamente desmentido por la naturaleza, la organizacion misma del hombre y por el tamaño del globo que habita; divinizado y perfeccionado indefinidamente el hombre, inmortalizado aquí abajo en la felicidad y en la vida, es un contrasentido

á todo lo que conocemos, á todo lo que consignamos de la constitucion fisica del hombre.

Vamos á encontrarlo ahora, al buscar la prodigiosa antigüedad de los *Vedas* ó libros sagrados primitivos de la India y la China, donde hace muchos siglos existe el hombre. Libros tan antiguos como el monte Himalaya, nos hablan del hombre, de sus sentidos, de sus formas, de su estatura y de su estado fisico y moral.

La tierra, el mar, la piedra, se entreabren para hacer penetrar la luz bajo las ligaduras de las momias, ó en los sepulcros de mármol los esqueletos de los hombres que vivian sobre la tierra, ántes que el mármol mismo hubiese sido formado.

En estos libros, en estos vestigios, en estos esqueletos del hombre primitivo, ¿se encuentra algun indicio que indique el menor progreso en la construccion fisica de la humanidad? ¿Qué sentidos faltaban á los hombres de los primeros tiempos? ¿Qué sentidos tienen ahora más los hombres del día? ¿Existe un nervio, una fibra, una uña, un músculo, una articulacion distinta entre el hombre de hoy y el hombre de hace cuatro mil años?

Probadme que vuestra naturaleza, eternamente progresiva en el trascurso de ese prodigioso número de siglos, no haya dado un órgano, un dedo, un diente, un cabello de más á su criatura favorita, una línea á su

estatura, un día de más á la duracion de su vida !....

No, nada, ni siquiera un átomo más de materia organizada para su uso.

Tal es, tal ha sido, tal será el pedazo de arcilla posado por la misma mano y en el mismo molde.

V.

Si los órganos no han cambiado, ¿cómo las facultades que resultan de estos órganos, y que están limitadas por estos mismos órganos, habrían cambiado?

Si hubiese una facultad de más, supondría otro sentido más; ¿en dónde está este sentido? Un destino progresivo en espacio hubiera supuesto un destino prolongado en tiempo. ¿En dónde está el tiempo de más conquistado por el hombre?

«El hombre vive pocos días, decía ya Job, y estos días son malos.»

¿Qué diferencia hay de esto á lo que ahora decimos nosotros?

VI.

Se responde á esto que la perfectibilidad indefinida dará al hombre más larga vida.

Suponiendo que esto fuese posible, al volver á entrar el hombre en el seno de la tierra por las puertas de la muerte encontraria con razon su vida de corta duracion, pues todo lo que acaba es corto para el pensamiento que sueña con la inmortalidad.

Pero los filósofos que afirman el progreso de la duracion de la vida humana olvidan que todo está coordinado en el plan divino; que este plan divino asigna al hombre una duracion de vida en proporcion exacta con el número de los otros hombres que vivieron ó que deben vivir á su lado, ántes ó despues que él sobre la tierra; que el espacio de este pequeño globo no se ensancha á gusto de los orgullosos sueños de los utopistas de la perfectibilidad indefinida; que la fecundidad misma de la corteza de este globo no es indefinida en la produccion de los alimentos necesarios para la existencia del hombre; que si una generacion prolongase indefinidamente su vida, multiplicándose á proporcion su raza sobre la tierra, se veria, por una parte, que esta generacion sin fin y sin limites encontraria este globo demasiado pequeño para su multitud y sus necesidades, y, por otra parte, que esta generacion robaria en el espacio y en el tiempo el sitio de las generaciones futuras.

¡Privilegios de la vida que condenarian á la nada aquellos que están destinados á vivir!

¡Se pierde uno en un abismo de consecuencias ab-

surdas siempre que se quiera salir de la realidad y sustituir al plan incomprensible, pero visible, de Dios, la vanidad y la imaginación del hombre!

VII.

Pero si la naturaleza da por todos estos fenómenos constantes un mentís evidente á la teoría de la perfectibilidad indefinida de la humanidad sobre la tierra, la historia no deja de desmentir también en todas sus páginas esta alucinación de nuestro orgullo.

¿Cuál es el testimonio que la historia nos presenta de acrecentamiento indefinido de luz, de virtud, de civilización, de felicidad sobre la tierra en las razas que nos han precedido?

¿En dónde se encuentra la perfectibilidad visible en esas razas que han pululado en tribus, en naciones, en dominaciones sobre este globo desde los tiempos más remotos?

¿Cuál es, pues, la raza que no haya seguido el curso regular de su nacimiento, de su gloria, de su decadencia y de su muerte? ¿Son estas condiciones de estas colecciones de hombres como del hombre mismo sometido á los cuatro fenómenos de la vida, nacer, crecer, envejecer y morir?

Este globo no es por todas partes más que un osario de civilizaciones enterradas. La historia, que es el registro del nacimiento y de la muerte de estas civilizaciones, nos le enseña por todas partes, naciendo, creciendo, envejeciendo y muriendo con los dioses, los cultos, las leyes, las costumbres, los idiomas y los imperios que han fundado por un momento aquí y allá en su pasaje sobre el globo. Ninguna se ha escapado hasta el presente á esta vicisitud orgánica de la humanidad. El tiempo no se ha parado por nadie. Se dice el curso del tiempo porque trae y lleva incesantemente las cosas mortales.

VIII.

Al pasar estas razas han dejado, sea en los libros, sea en los monumentos, hoy ya arruinados, algunos vestigios de su ciencia y de su fuerza, que demuestran, al menos, la igualdad con nosotros.

Esto es tan cierto que, cuando queremos hablar de una cosa superior en sabiduría, en virtud, en fuerza, en belleza material y moral, decimos: *Esto es antiguo*.

¿Qué razón hay para prejuzgar mejor de nuestro destino que del destino de estas grandes existencias eclipsadas ántes que nosotros? ¿En dónde están nuestras pruebas? ¿en dónde nuestros indicios?

Excepto en algunas industrias puramente mecánicas que cambian la forma de una civilización sin cambiar el fondo, ¿en dónde se encuentran esos síntomas tan notables de la perfectibilidad indefinida de la especie humana?

¿Está en las ideas? No, nosotros no pensamos con más profundidad que Job, no soñamos nada más grande que lo que soñó Platon, no cantamos más divinamente que Homero, no hablamos más elocuentemente que Ciceron, no moralizamos más razonablemente que Confucio, no resumimos nuestra sabiduría en proverbios más sustanciales que Salomon.

¿Está en las pasiones? No, nosotros tenemos las mismas pasiones que nuestros padres, porque tenemos los mismos órganos, y porque la lucha establecida en nosotros entre la naturaleza y la razón, que es el instinto del alma, y las pasiones, que son el instinto de la materia, rompe tan á menudo en nosotros como en ellos el equilibrio sin cesar roto por el mal y sin cesar restablecido por el bien para volverse á romper sucesivamente.

¿Está en los libros, estos monumentos escritos del pensamiento de los pueblos? No, pues juzgando por los sublimes fragmentos que se han podido descifrar de la China, de la India primitiva, de la Grecia y de Roma, no vemos que sean inferiores estos monumentos escritos á las páginas de la Edad Media, oscurecida

por las tinieblas, y de los dos ó tres últimos siglos, que son el crepúsculo del renacimiento del pensamiento. Las cenizas de la biblioteca de Persépolis ó de Alejandria no nos han dejado más que algunas chispas, pero estas chispas atestiguan un hogar tan luminoso como el de nuestra jóven Europa.

¿Está en el arte? No, respondan el Egipto, la Siria, las Indias, el Parthenon, Fídias, los broncees, las estatuas, las medallas y los vasos etruscos. El eterno esfuerzo de nuestras artes modernas es remontarse á esos tipos de lo bello en la arquitectura y la escultura; y como las artes toman ordinariamente su nivel en una misma época, todo hace conjeturar que las artes del espíritu igualaban en perfección á aquellas sólidas materias que han llegado hasta nosotros en obras maestras del arte.

¿Está en las instituciones? No, porque nosotros flotamos, como en la antigüedad, entre cinco ó seis formas políticas de gobierno enumeradas por Aristóteles, formas que se combaten ó que se suceden con la misma impotencia para su duración y estabilidad. El mismo encarnizamiento de los pueblos de Europa para buscar formas mejores de gobierno ó de sociedad, prueba el trabajo y la inquietud del espíritu, que se agita en perpétuo esfuerzo.

¿Está en el respeto de la vida humana? No, pues jamás la ambición, la gloria ó la conquista han ver-

tido más sangre en los campos de batalla que se ha vertido desde hace sesenta años.

El nombre de Napoleon, á quien llaman el Grande, ha costado la vida á millones de hombres en ménos de veinte años; y tanta sangre humana vertida no ha cambiado ni un límite, ni una idea en Europa. Las generaciones han sido segadas en flor, en lugar de caer en su madurez. Esto es todo el progreso.

En fin, ¿está en la felicidad pública? Preguntad á ese eterno gemido que sale del seno de las masas. La misma medida de sufrimiento y de bienestar son los pueblos, solamente que esta suma de felicidad está repartida más equitativamente desde la abolición de la esclavitud y del feudalismo. Pero, ¿en dónde se ha abolido la esclavitud? En una pequeña parte de Europa, en donde el proletariado la ha reemplazado. La barbarie, el despotismo y la servidumbre ocupan aún la inmensa mayoría de las zonas geográficas del globo.

¿Está en el bienestar individual? No, pues esta palabra de progreso en el bienestar resuelve la inmutable condición del hombre en este mundo. Mientras que el hombre no haya ni perfeccionado sus órganos, ni vencido el sufrimiento físico y moral, ni prolongado su vida una hora más, ni prolongado la existencia de los que ama; mientras que sea lo que es, un insecto, arrastrándose sobre las tumbas para buscar la suya y

acostarse allí en las tinieblas, ¿quién será el insensato burlon que le hable de los progresos de su felicidad?

Esta palabra no es más que una ironía del lenguaje aplicada al hombre. ¿Qué es una dicha que se cuenta por días y por semanas, y que avanza á cada minuto hácia la catástrofe final, la muerte? El progreso en la dicha para un sér semejante, ¿es el progreso cotidiano hácia el sepulcro? Así, pues, ¿qué es el progreso en la dicha para una raza de la que cada sér marcha á su suplicio próximo é inevitable?

Cambiar en fiesta y regocijo esta procesion eterna hácia la muerte, es más que engañarse: es mofarse de la humanidad.

La filosofía de la perfectibilidad continua é indefinida no es solamente una desilusion, es más bien la irrisión de la especie humana.

IX.

Sin embargo, ¿por qué Dios, que no engaña nunca, ha inculcado en el hombre esa palanca, esa invencible aspiración, esa esperanza sorda y obstinada del perfeccionamiento indefinido de su especie? Todo instinto es una profecía: esta profecía es, pues, divina; implica un deber en el hombre y está destinada á realizarse sobre la tierra.

Nosotros no solamente no negamos este instinto natural ó sobrenatural que lleva al hombre á esperar, contra toda esperanza, un perfeccionamiento indefinido, sino que creemos que este instinto ha sido dado, en efecto, al autor con un doble fin; primero, como una impulsión divina para trabajar mientras viva en su perfeccionamiento individual, perfeccionamiento cuyo objeto alcanzará en el otro mundo, no en éste. Aquí tiene tan sólo su taller, allá el reposo; aquí debe marchar, allá debe llegar.

En segundo lugar, creemos que Dios ha dado este instinto de perfeccionamiento indefinido al hombre como una impulsión ó abnegación meritoria que debemos todos á nuestra raza, á nuestra familia humana, á nuestros hermanos en el bien y en el mal, á nuestra patria, á la humanidad entera. Interesarse en la suerte común de su raza, trabajar con desinterés en la suerte futura de esta raza que no se verá, es la abnegación, es el concurso meritorio, es el sacrificio de la parte al todo, del ser á la especie, del ciudadano á la patria, del hombre al género humano; es el deber, es la virtud, es el sacrificio, es la hermosura moral. El egoísta ha nacido para él solo; el hombre colectivo ha nacido para sus semejantes; sacrificarse al perfeccionamiento relativo ó absoluto, limitado ó ilimitado, acabado ó indefinido, local ó universal, es el deber, es la virtud!

Así, pues, para que el hombre se dedique por sí mismo á este difícil deber, es preciso que tenga en sí mismo la secreta convicción de la utilidad de este sacrificio á su familia terrestre; es preciso que crea vagamente en la posibilidad de servir, de mejorar, de perfeccionar la suerte común. Esta convicción íntima que se convierte en ilusión si se trata de un progreso indefinido y absoluto de la especie, no es de ningún modo una decepción si se trata de una mejora relativa, local, temporal, de una parte de la humanidad.

El progreso indefinido y continuo es una quimera desmentida lo mismo por la historia que por la naturaleza; pero el perfeccionamiento relativo, local y temporal, está considerado como una verdad.

X.

En efecto, vemos por todas partes una raza humana que, caída en la ignorancia y la barbarie, sale de ella para remontarse á la luz, á la civilización, á la virtud, al poder; llegar más ó menos laboriosamente á la perfección relativa de una nacionalidad, de una sociedad, de una religión superior; permanecer en ese punto culminante más ó menos tiempo antes de volver á bajar, después descender por efecto de la debilidad irre-

mediable de nuestra naturaleza, deteriorarse, corromperse, decaer, morir, desaparecer, no dejando como el individuo más perfeccionado más que un nombre y un puñado de cenizas en el sitio en que vivió.

La humanidad sube y baja sin cesar sobre su camino, pero no sube ni baja indefinidamente; ese es el error de los filósofos de la perfectibilidad indefinida.

De suerte no es dudoso que, en la obra de esta creencia relativa de una nación ó de una sociedad, esta sociedad ó esta nación no esté real y santamente servida, secundada, asistida, glorificada por la abnegación de los hombres superiores ó de los hombres secundarios que forman parte de ella. El pensamiento de uno solo es la palanca de una multitud; la virtud de uno solo santifica la muchedumbre; la sangre de uno solo rescata una raza; el más glorioso ó el más humilde sacrificio salva ó engendra todo un siglo. La sociedad humana no vive más que de los sacrificios de sus miembros al bien general.

¿Quién se sacrificaría si creyese estéril su sacrificio?

Es preciso, pues, que el hombre tenga este instinto de la utilidad y de la santidad de su sacrificio; solamente algunos creen sacrificarse á un perfeccionamiento y á una dicha indefinidas sobre la tierra: otros á un perfeccionamiento relativo, local y temporero; ahí está el secreto de este instinto, que nos induce al mejora-

miento de nuestra especie, instinto ilusorio en unos, real en otros, meritorio en todos.

Pero hasta aquellos mismos que, como nosotros, no se hacen la ilusión de los progresos indefinidos en la inteligencia y la felicidad sobre la tierra, están convencidos que el menor trabajo y el más oscuro sacrificio á la humanidad, aunque limitado por la naturaleza de las cosas mortales de este mundo, no serán perdidas para el *ser humano*; que, interrumpido aquí por la condición perecedera de las cosas humanas y por la muerte, este progreso se aprovechará en otra parte: en las regiones de la eternidad, de lo absoluto, de lo infinito.

XI.

Existe un instinto de progreso y de dicha indefinida de la humanidad sobre la tierra, como existe otro instinto que Dios ha dado invenciblemente al hombre, instinto que el hombre sabe que es perfectamente ilusorio en este mundo, y que, sin embargo, le atrastraría invenciblemente también hácia un fin del que nunca se acerca; queremos hablar de la aspiración á la felicidad completa y permanente sobre la tierra.

¿Cuál es el hombre que no conoce el engaño de este

instinto? Y, sin embargo, todos los hombres se dejan eternamente arrastrar por él. Pero es necesario en el plan divino que este instinto de la felicidad perfecta engañe al hombre para hacerle soportar la existencia y proseguir paso á paso en la vida el camino de la eternidad. Sin este instinto el hombre se pararía al segundo paso, se sentaría con frecuencia entre sus manos sobre el camino esperando la muerte sin movimiento, ó adelantándose á ella por medio del suicidio.

Esta aspiración á una dicha que no existe en el mundo es el resorte que da impulsión á la vida, al movimiento y á la actividad humana.

Hay un instinto que es aquí una mentira como el del perfeccionamiento indefinido de la especie, pero más lejos una verdad. No puede creerse con respecto á este mundo, pero sí con respecto al otro. Es un fanal colocado sobre la orilla, en donde no abordamos hasta después del naufragio de la vida. Nosotros creemos ver ese fanal á algunas olas de nosotros, sobre nuestro globo flotante; pero brilla, en efecto, sobre otra esfera, y nos conduce, engañándonos, al perfeccionamiento moral y á la dicha eterna.

XII.

Hace algun tiempo decíamos que esta filosofía reciente de la perfectibilidad indefinida de la humanidad es una bola de aire coloreada á las miradas del niño que la infla con su aliento. Esto no resiste ni al razonamiento, ni á la experiencia, ni á la historia, ni á la naturaleza. Es la paradoja del dolor, de la miseria y de la muerte, es el desafío á toda realidad. Es preciso no haber leído seriamente ni una página de los anales de los siglos, ni una página de su propio corazón, para complacerse en este sueño dorado de los niños viejos.

La primera ruina de un imperio de que la tierra está sembrada, le confunde; la primera tumba que encuentra bajo sus pies, le disipa; la primera decepción del corazón ó del espíritu le hace deshacerse en lágrimas.

El dolor es la única verdad irrefutable en este mundo. No hay ninguna metáfora que diga lo que han dicho nuestros padres y lo que dirán nuestros hijos: *Globo sembrado de cenizas y lágrimas*. No he comprendido jamás cómo ha habido hombres tan obstinados en sus quimeras que creyesen en el progreso indefini-

do y en la dicha absoluta sobre semejante clave, que les conduce á la nada.

¡Hombres dichosos que, si hubieran vivido, habrían muerto aún dormidos!

La verdadera filosofía, la filosofía viril, la filosofía experimental es, pues, aquella que, en lugar de corresponder á éstas ménos, corresponde á la realidad de nuestra triste condicion humana y mortal, es decir, la filosofía del dolor! La filosofía del dolor, santificada por la aceptacion y consolada por la experiencia, es la filosofía de los indios de Brahma, de Boudha, de Confucio, de Platon, del cristianismo; es la que nos ha parecido, desde el primer disgusto que tuvimos en la vida, contenía más verdad, más realidad, más hermosura, más relacion, más grandeza, más virtud, más esperanza, más valor para vivir, para amar, para esperar, para obrar.

¿Qué dice esta filosofía del dolor en todos estos países, en todas estas épocas, en todas estas teologías, en todos estos idiomas? ¿Qué ha dicho desde el principio en las Indias?

Dice: «Que hay un Dios. Su obra lo prueba. La vida es el testimonio de su vida.»

Dice: «Que Dios, Sér de los séres, es infinito, perfecto, eterno. Su naturaleza lo prueba; el infinito, la eternidad, la perfeccion, son los atributos del Sér de los séres.»

Dice: «Que ha creado y crea sin límite de tiempo, de espacio ni poder tantas criaturas como el infinito de su pensamiento tiene de sabiduría, de poder y de fecundidad creadora. ¡Ser, para el Sér de los séres, es crear!»

Sube por el pensamiento en el fondo de los firmamentos que no tienen fondo, y dice: «Está allí.» Desciende á los límites del éter inferior, que no tiene límites, y dice: «Está ahí.» Se extiende á las extremidades del espacio, que no tiene extremidades, y dice: «Aún está ahí, no acaba nunca, empieza siempre y está entero en todas partes donde está.»

Dice: «No hay grandeza ni pequeñez ante Él; las cosas no se miden más que por la gloria que tienen de emanar de Él. Cada uno de sus pensamientos realizados es tan grande como el otro, puesto que proceden igualmente de Él y en Él.»

Dice: «Nosotros somos una de sus criaturas, uno de sus pensamientos realizados, ni más grande ni más pequeño que cualquiera otra de sus criaturas. No sabemos con qué nombre nos nombra en su vocabulario de amor creador, pero en el mundo nos llamamos *hombres*.»

XIV.

«¿Qué es el hombre?» continúa este filósofo primitivo de la India.

El hombre es un insecto efímero, nacido entre las tinieblas y el dolor de una mañana, para morir en las tinieblas de una noche. Roe durante algunas evoluciones del sol la epidermis del pequeño globo á que está adherido, despues entra en él para fecundar esta epidermis con su polvo. Si se le mide por lo infinito del espacio que le rodea, no vale la pena de ser calculado; si se le mide por lo infinito de los tiempos que le preceden y que le siguen, no vale la pena de ser suputado; si se le mide por su brevedad, por su insignificancia, por su nada entre los seres, no vale la pena siquiera de ser nombrado.

El no conoce la eternidad, el espacio, el tiempo, la ciencia, la felicidad más que de nombre; no tiene el sentimiento de su ser más que por algunos estremecimientos de placer, por convulsiones de dolor. No es más que un punto sensitivo y doloroso en la creacion. Toda su naturaleza está en contradiccion con la bondad de este Criador, que está forzado por su razon á creer infinitamente bueno.

Pretende explicarse á sí mismo esta contradiccion, que no puede ser más que aparente. Piensa, conjetura, imagina y saca en consecuencia. ¿Qué saca en consecuencia? ¡Palabra que le anonada, la palabra *misterio*! ¿Y cómo hará para levantar el peso de este misterio que le anonada?

El principio, se dijo, no debió ser así; el fin no puede ser así. Conjeturemos, pues.

Las condiciones fatales de todo ser creado, es decir, limitado, ¿no son la brevedad, la imperfeccion, el dolor, la muerte? No; pues siendo Dios infinito no hay límite en la expansion de la vida, de grandeza, de felicidad que puede correr siempre de él sin agotarse jamas. No hay medida para sus dones, pues puede dar sin empobrecerse; no tiene necesidad de economizar ni el ser, ni la bondad, ni el poder.

No es, pues, esto.

Es que la naturaleza humana, viciada por completo en la primera pareja ó en las primeras generaciones como una cosecha cuyas espigas, contenidas en la primera simiente, se resienten de la alteracion del germen, ¿hubiera sufrido una decadencia y un castigo perpétuo por haber abusado de esta libertad moral, libertad moral que es su gloria y su peligro?

A consecuencia de esta primera alteracion por la libertad, toda esta raza solidaria ¿sufriria una expiacion inexplicable hasta que hubiese reconquistado por esta

misma libertad regeneradora su primera inocencia y su primera felicidad sobre la tierra?

¡ Quizás!....

No hay nada, por más que diga, de contradictorio en la idea del Dios perfecto. La idea es tenebrosa, pero de ningún modo absurda. ¿Quién nos dice que las almas no engendran intelectualmente como los cuerpos, y que la última gota de agua no participa de la corrupción del manantial?

En fin, ¿es que la sabiduría y la bondad divina habrán querido conceder al hombre el mérito y la gloria de acabar su propia creación por medio del ejercicio doloroso y meritorio de su libertad moral, sujetándole aquí abajo á pruebas penosas y misteriosas que, bien ó mal soportadas durante esta corta vida, le conducirán, vencido á nuevas pruebas, vencedor en la conquista de su propia felicidad?

¡ Quizás!....

En esto no hay ningún atentado contra el Criador, ni humillación para la criatura. Hacerse justicia á sí mismo, ¿no es la suprema justicia? Participar uno mismo de su propia perfección, ¿no es la perfección suprema y la más bella explicación de estas palabras: *Seréis dioses?*

¡ Por doquier misterio! No hay nada más evidente que el sentimiento del dolor. La humanidad no se atestigua más que por sus gemidos.

XV.

Pues bien: porque el hombre no puede ni negar ni explicar humanamente su dolor, ¿cuál es la filosofía más razonable: aquella que niega su lamentable condición, ó aquella que piensa aceptarla, primero como una voluntad adorable en su enigma, para santificarla en seguida como una prueba adorable en su misterio?

Todas las revoluciones de la naturaleza contra el dolor, todas las imaginaciones de los filósofos de la perfectibilidad indefinida y del placer, no corregirán la amargura de una lágrima de la humanidad. Mientras que las ilusiones de esta filosofía de la trasfiguración del hombre en Dios aquí en la tierra hace correr en los idilios los riachuelos de miel y leche, el hombre continúa alimentándose con su llanto, gimiendo y muriendo bajo el canto de estos tristes epicúreos de este valle de miseria. La suerte es la suerte; la sentencia está dictada; el mundo es viejo; otros han soñado antes que vosotros; los sofistas de la felicidad creciente han protestado desde hace millares de siglos y no han podido revocar una sílaba del destino. El sueño pasa, el hombre queda. Su nombre es Adán, tierra, es decir, debilidad.

XVI.

Pero desde los primeros tiempos floreció otra filosofía, una filosofía de la realidad, la verdadera expresión del hombre complejo, alma y cuerpo; una filosofía que es razón y religión á la vez, verdad y consuelo reunidos; una filosofía donde se encuentran los dogmas y preceptos en los primeros monumentos literarios de la India; reflexión en vez de sueño, y que ha encontrado en el dolor mismo los dos únicos remedios para el dolor: la aceptación y la santificación.

Esta filosofía descende desde los primeros libros sagrados de la India hasta la filosofía del cristianismo de nuestros días. Nosotros la preferimos mil veces á esa que llaman la perfectibilidad indefinida, pues la encontramos más fácil de practicar; reposa sobre este axioma:

Es más fácil santificar la tierra que trasformarla. No dice al hombre que sonría cuando solloza, que espere cuando desespera. Le dice:

«Tu dolor es meritorio ó tu dolor es merecido; acéptale de la mano de Dios como una expiación, y cúmplela como una prueba bajo la mirada de Dios»

»Tu juez será tu consolador, la eternidad te compen-

sará ese minuto; sufre para justificar tu raza culpable, ó sufre para conquistar tu propia felicidad, y en una ú otra hipótesis, bendice!

XVII.

Ved aquí la filosofía que emana de la primera teología conocida, la de la India antigua. Vamos á daros una idea recopilada en el examen de los *libros sagrados* y de los poemas primitivos, del primero de los pueblos literarios. Los filósofos del progreso indefinido en teología, en moral y en literatura nos dirán si con tales ideas, tales dogmas, tales preceptos y tales poesías, en el principio de los siglos, son de naturaleza para confirmar en su sistema del hombre materia en el principio, y del hombre Dios al fin de las edades.

XVIII.

Un admirable escritor que acaba de dirigir á mi nombre en la columna de *La Presse* un himno á la amistad, disfrazado bajo la forma de una crítica, me reprocha haber desesperado del mundo, haber hecho

desfallecer el espíritu humano en su santa aspiración al progreso, haber exhumado en la lectura de la *Imitation* lo que él llama los miasmas metafísicos de la Edad Média, haber despojado al hombre de sus fuerzas y su virilidad, quitándole las ilusiones, para nosotros muy peligrosas, de un progreso *indefinido y continuo* sobre este pequeño globo.

Le respondemos incesantemente por medio de dos *Conversaciones literarias*, ó por mejor decir en una de *Las Conversaciones literarias* que publicamos; pues M. Pelletan, que habla como Platon, tiene el derecho de soñar como él hermosos sueños. Pero ¡ah! nosotros..... hace mucho tiempo que nos hemos despertado!..... Nosotros creemos más grandioso y viril mirar frente á frente la desgracia sagrada de nuestra condición humana, que negarla ó adormecer en nosotros el sentimiento con el *opio*. Este jugo adormecedor, por bien condimentado, y eso que M. Pelletan lo condimenta como gran poeta, no sirve más que para producir los delirios de la perfectibilidad indefinida y de la felicidad sin límites sobre una tierra que no fué, que no es y que no será jamás más que un sepulcro blanqueado entre dos misterios.

Yo concedo el progreso local, relativo y temporal, sí. Pero el progreso indefinido y continuo, no. Nada hay ilimitado en nuestra pobre especie, limitada como está á un relámpago de duración, á un átomo de es-

pacio, á un puñado de polvo. La utopía á las ideas, pase; ¡pero de la utopía con la naturaleza! ¡Oh! Los elementos mismos se mofarían de nosotros. Este género de utopía me recuerda á los enterradores del *Hamlet*, que jugaban con los huesos de los muertos en el cementerio y con los cráneos vacíos y desenterrados. Respetemos nuestros futuros destinos allá arriba, pero aquí abajo respetemos al ménos nuestra nada!

El historiador M. Thiers, cuya erudición alimenta el buen sentido y cuyo buen sentido se eleva cuando es necesario hasta la poesía, este buen sentido trascendental de la imaginación, nos da una elocuente y patética imagen de esta condición transitoria de las civilizaciones humanas. M. Pelletan ama las imágenes, y tiene razón; decir no es nada; pintar es el todo en cuestión de estilo; las imágenes son los grabados de la idea; lo que no está representado, no está dicho. Ved aquí la imagen de M. Thiers.

« ¿Te acuerdas tal vez, ¡oh rey! dice un jefe sajón á su príncipe, de lo que sucede algunas veces en los días de invierno, cuando te encuentras sentado á la mesa con tus capitanes, la sala está caliente, aunque llueva, nieve ó granice por fuera? De repente entra un pajarillo volando y atraviesa la sala entrando por una puerta y saliendo por otra; este instante tiene para el pobre pajarillo una dulzura infinita, pues no siente ni la lluvia, ni el viento, ni el frío; pero este

instante es fugitivo, el pajarito desaparece en un cerrar y abrir de ojos, y *del invierno vuelve á pasar al invierno!* Tal me parece la vida de los hombres sobre esta tierra, y su duracion de un momento, comparada á la duracion del tiempo que le precede y que le sigue: *¡del invierno vuelve á pasar al invierno!*»

El aire exterior, la lluvia, la nieve, el viento es la condicion del hombre; la sala caliente y abrigada es el progreso; el pájaro es la civilizacion que atraviesa un momento esta dulce temperatura; pero ¡ay! no reposa en ella mucho tiempo, y perseguida por la inestabilidad humana *repasa el invierno en el invierno.*

Arrojemos leña en el hogar, y roguemos á Dios que la luz y el calor duren, diré yo á M. Pelletan; pero no lisonjeemos al pobre pájaro que pasa, y no creamos en la eternidad de nada aquí abajo, ni siquiera en la de nuestros sueños!

LAMARTINE.

París, 20 de Marzo de 1856.

CARTAS Á LAMARTINE.



CARTAS Á LAMARTINE.

I.

El mundo marcha. Hé aquí la palabra de la creación; desde la humilde yerba hasta la estrella no hay un sólo sér sobre la tierra que no repita la palabra *Creacion*, empezando por la tierra misma que se marcha bajo nuestras plantas mientras que nosotros tambien marchamos.

Como es posible que en el momento en que por todas partes en este siglo se repite este grito os encuentre en su camino, á vos, Lamartine, uno de los elegidos para acusarle de error, y aún más, casi de ineptia!

¿No os acordais de vos mismo, de quien sois y de la negacion viva de vuestra propia doctrina, y hasta añadiré del progreso personificado, puesto que desde la edad de la razon no habeis hecho más que progre-

sar, á despecho de todas vuestras tradiciones de familia?

Cuando nacisteis á la vida del pensamiento el Imperio iba á terminar, y, sin embargo, vos no creisteis, no pusisteis en duda que el emperador había persuadido á la nación francesa que había puesto á su servicio la eternidad. Se mataba y se moría con alegría bajo su reinado para tener el derecho de esculpir el nombre de una victoria en el mármol, ó colocar una bandera en la bóveda de una iglesia.

El amo de la Francia dijo levantando el dedo á la nación: «¡Silencio!» y la Francia obedeció. ¿Quién hubiera osado hablar cuando el *Boletín* sólo tenía derecho de hacerlo?

La guerra, siempre la guerra; sangre y más sangre por todas partes; luto y desolación por do quier; el pensamiento, la industria, el comercio, no se ven por ninguna parte; sólo se encuentran en esta época de la muerte el crespón que en señal de duelo lleva todo el mundo.

Había, sin embargo, una literatura en Francia, no la literatura de Chateaubriand, que en sus soledades vuelve á leer á Tácito; no la de Benjamin Constant, que había buscado un refugio en Alemania, ni la de Mme. Staël, que por el canino de Moscov había ido á Inglaterra, sino una literatura de cuerpo de guardia de cueva, animada, protegida y autorizada por la policía.

Esto exhalaba no sé qué olor lúbrico de cantina, de carne abrasada por el aguardiente. Era el tiempo de la gloria; se cogía el saco y se partía. Algunas veces se volvía con una pierna ménos, y entónces el hombre ó entraba en los Inválidos ó iba á mendigar á los caminos; pero cuando se conseguía volver sano y salvo, se traía de aquella baraunda europea una cinta ó una charretera.

Ciertamente que en este momento vos, nacido de una raza guerrera, podíais haberos dicho á vos mismo: «sigamos la corriente del siglo: no hay más gloria que la gloria de los campos de batalla»; y sin embargo, en medio de esta efervescencia europea, vos dirigisteis más alto vuestras miradas y fuisteis á buscar sobre vuestra colina al Dios de la paz y de la poesía.

Sumergís vuestra alma en lo infinito. El infinito penetra en vos y toma en vuestros labios una forma que nuestra lengua no conocía aún. La Francia tiene, en fin, una poesía, que es el heroísmo del pensamiento.

Era sin duda un progreso sobre la poesía avinada de las tabernas; si el vino hace cantar, el ideal es tal vez el mejor testimonio del hombre, que levantará la frente al cielo y que reconocerá que la poesía, como la ciencia, tiene su astronomía.

Está bien: habeis hecho vuestra obra, pero esta obra no era más que una obra, una parte de vos mismo; había otra parte que reclamaba también su turno.

30967

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO 14-165"
NUEVO LEÓN, MEXICO

pues un hombre como vos no es solamente una imaginacion: es tambien un pensamiento. Vos habeis sentido, vos habeis querido obrar, pero la accion no se la escoge: se la acepta, ó más bien se la toma en donde esté. ¿En dónde estaba en la revolucion de Julio? Estaba en la lucha de lo que fué y de lo que es: en el derecho divino y en la democracia.

De suerte que á la revolucion de Julio le faltó la resolucion, pues, llamada á decidir entre la soberanía del pueblo y la soberanía de un hombre, vaciló, dudó y huyó ante su victoria.

Despues de haber arrojado al suelo la corona de Carlos X, la habia recogido para ponerla sobre la frente de un colateral, esto es, hacer y deshacer á la vez el trono; pero esto no era una solucion, no era más que un alto entre dos principios. La lucha debia, pues, volver á empezar, pues la historia tiene su lógica, ó por mejor decir, su probidad.

Cuando ha colocado al frente un principio, prosigue siempre la consecuencia á través de toda clase de contradiccion, como de toda clase de sorpresa.

Vos perteneceis por vuestro nacimiento al partido legitimista. La primera revolucion puso preso á vuestro padre y habeis contraido contra la democracia una aversion de origen; no importa: el siglo trabajaba en la emancipacion de la humanidad; ella os mira, os llama, os dice que la sigais, y vos la seguís. A pesar de

las protestas de nacimiento y la religion de familia, vos la seguís y hasta llegais á colocaros á su frente.

¡Bendito sea el viajero de la idea, y más benditos aún aquellos que vienen de más léjos y por el camino más escarpado! Pues el signo de una gran alma es amar la revolucion, cuando para amarla es preciso sacrificarla á la vez y ser holocausto de su culto, arrancar de su corazon lo que se ha creido hasta entonces ó aceptar bajo palabra todos los restos del hombre antiguo, aplastado como bajo una rueda para formar dolorosamente al hombre nuevo.

Vos habeis tenido ese mérito: habeis comprendido la intencion secreta de vuestro destino, y habeis pasado de la monarquía á la democracia.

Si no es ese un progreso, ¿qué es, pues, el progreso, y qué nombre podrá darse á esta evolucion de nuestro pensamiento?

Haceis vuestra entrada en la vida política por la gran puerta de la eleccion. Vuestros conciudadanos os envian á la Cámara de los diputados. Subís á la tribuna, teneis el dón de la elocuencia. Este es el momento de llegar á ser hombre de Estado, embajador, ministro, primer ministro.

Colocaos en uno de esos bancos de espera, á igual distancia del poder y de la oposicion. Amenazad y afianzad á un tiempo la corona. Escoged hábilmente el tiempo oportuno. Declamad contra el exceso de los gas-

tos. Intrigad en los corredores, creaos una banda de partidarios: contad con la cartera.

Pero no, sólo teneis que extender la mano para coger la fortuna, el gran cordon, y os retirais á un lado.

¿En dónde está vuestro partido? Respondeis:

No sé, mi partido es una idea. Mirais pasar ante vosotros con los brazos cruzados el flujo y reflujo de esos complots y conspiraciones para derribar ó conquistar un ministerio.

Los hombres sensatos, positivos, prácticos, debatían, según ellos, las únicas cuestiones dignas de las miradas de la posteridad: el último párrafo del discurso de la Corona, el tratado Bulow, el *imbroglio* indescifrable de la plata. La candidatura del príncipe de Coburgo ó del príncipe de Trápani para futuro esposo de la reina de España, aún de menor edad.

Cuando por casualidad mezclabais vuestras palabras en esos debates, ¿qué decíais? Decíais que la Francia aspiraba á alguna cosa más elevada, y mostrabais con el dedo en el horizonte el nuevo fulgor de la humanidad: pedíais sitio para la idea de la bandera tricolor.

La Europa tiene los ojos fijos sobre nosotros, espera nuestro ejemplo, decíais. Hagamos alguna cosa grande, volvamos la segunda hoja de la revolución, pongámonos á la cabeza de la verdad, por miedo que la ver-

dad no pase sobre nuestros cuerpos y continúe sin nosotros su camino.

Vos decíais esto á esos hombres sabios, á esos hombres graves como hechos, infalibles como cifras; ellos os escuchaban un minuto, y levantando los hombros murmuraban: «¿Qué nos quiere ese poeta? Desciende de las estrellas. No sabe ser ministro. ¡Elocuente inutilidad! Habla de libertad y de humanidad. ¿Quién piensa en la libertad ni en un segundo advenimiento de la democracia?» El viento llevaba vuestras palabras al pueblo, que las escuchaba, y de un extremo al otro de la Francia, involuntaria y tácitamente, por una especie de conspiración unánime, os nombraba su tribuno, colocando en vos su esperanza.

A partir de este momento, vuestro nombre llegó á ser el punto de reunión de todas las ideas, de todos los sufrimientos y de todas las tentativas del porvenir. Erais más que un poder, más que un partido: erais el hombre del pueblo, el hombre-pueblo, permitidme esa expresión, y un día la Francia se tragó de repente, como por efecto de un terremoto, trono, dinastía, ejército, fantasmagoría, política positiva, política práctica: todo rodó, todo desapareció en el abismo; la nación cayó entre vuestros brazos, y jamás su corazón ha palpitado más noblemente que en este momento y dado al mundo un espectáculo más grandioso.

Pues bien, ¿no habeis querido realizar el progreso?

¿Y qué era más que progreso el altar que ibais á levantar en la plaza de la Bastilla, y á quien ibais á llevar vuestra ofrenda?

La revolucion de Febrero, que trajo la República, ha desaparecido; debia desaparecer. Veo ahí, á lo léjos, un sacerdote cerca de una fosa; la multitud planta en este momento un árbol de la libertad. ¡La libertad en los brazos de ese hombre, ¡ah! es demasiado, sacadme de aquí; la libertad va á morir! No importa: la revolucion de Febrero habrá tenido su utilidad, dando la autoridad del hecho á lo que no habia sido hasta entónces más que una idea.

Y despues que poeta, orador-tribuno, hombre de Estado, dictador de la opinion un día, habeis dado la vuelta á vuestra gloria, paseis una mirada melancólica á vuestro alrededor y, como si no tuvieseis bajo vuestras plantas más que un desierto, os bajais en el camino y recogeis un puñado de polvo, diciendo:

«¡Ved aquí el pueblo!» Y sonriendo con lástima lo arrojaís por encima de vuestra cabeza.

¡Cómo! Vos, que habeis tenido durante vuestra vida la llama del Dante, una hora de Washington; de pié en la cumbre de una revolucion, que es el pedestal más elevado de la humanidad, habeis vuelto la cara á los cuatro vientos, y por todas partes donde se ha fijado vuestra mirada, como en Milan, en Viena, en Berlin, en Dresde, la libertad ha levantado las ma-

nos y os ha respondido con una inmensa aclamacion.

¡Cómo! Teniendo el hierro candente del poder entre vuestras manos ni siquiera os habeis quemado la epidermis, y léjos de él volveis á encontrar el sentido perdido del Evangelio, rompeis la cadena de la esclavitud, poneis el pié sobre el hacha del verdugo, significando que nadie tiene el derecho de matar por una idea.

¡Cómo! Vos golpeais por dos veces vuestro pecho ante el mundo; de la primera vez sale la poesia, de la segunda la república: y cuando, despues de haber alcanzado las dos grandes ocasiones del siglo, no os queda más que verter en nosotros, vuestros testigos, el cordial de vuestra fe, arrojaís en el silencio de esta tregua forzada del pensamiento tal grito de desesperacion, tal anatema al progreso, que los mejores y más fuertes podrian dudar.

¡Vos negais el progreso! pero no teneis derecho á ello. Para adquirir este derecho era preciso vivir muy léjos, en algun castillo, en el fondo de l'Anvergne ó del Quercy, protegido por el puente levadizo y por la poterna adornada de patas de lobos y cabezas de jabalíes; es preciso recitar el rosario en una gran sala cerrada, abovedada, sombría, silenciosa, cubierta de grandes tapicerías flotantes, oyendo el ruido de las ráfagas que entra por la chimenea, y hablar de los tiempos de Gabriela de Estree en compañía de las viejas

solteronas del castillo que hilan aún la rueca, y que, medio dormidas, dejan caer el huso al suelo.

Pero vos, desde vuestra trasfiguración de gentil-hombre en republicano, habeis vivido siempre en pleno siglo, en pleno sol, con los jóvenes, con los fuertes, con los obreros de la primera hora, los precursores de la civilización.

Desde el día en que habeis pensado por vos mismo, vuestra alma no ha sido más que un himno al progreso, vuestra vida más que un acto de progreso.

Negar el progreso, es negaros á vos mismo. ¿Teneis miedo de ser demasiado grande? Pero volved la cabeza y ved detras de vos todas vuestras acciones, todas vuestras obras, hijas de vuestro genio, cómo gimen en silencio con las manos apoyadas en la frente.

II.

¡Qué momento habeis escogido para lanzar á los aires el triste gemido de vuestro desaliento!

El momento mismo en que la Exposición Universal convocaba al mundo entero á la gloriosa olimpiada del trabajo.

Vos, lo mismo que cada uno de nosotros, al visitar el Palacio de la Industria, y bajo su techo de cristal,

como para dejar pasar la mirada de Dios, habeis podido contar obra por obra el inagotable genio del hombre creador.

Parece á primera vista una repetición del caos, pues la mirada vaga al azar sobre tantas formas, sobre tantos colores, arrojados, amontonados, confundidos, sin lógica de idea ni de lugar; á través de aquellos montones de cosas diversas, acopladas, unidas, se oyen ruidos vagos, sonidos inarticulados que mueren dulcemente en las profundidades de las galerías, ruidos de campanillas, acompañados de los suspiros que lanzan los órganos ó las notas metálicas de los pianos.

Después, de repente, á una señal dada, una larga fila de máquinas movidas por un alma invisible dan vueltas golpeando de alto á abajo, de derecha á izquierda, en diagonal ó espiral, unas lenta y otras frenéticamente, y todas con distintos movimientos.

Otras máquinas, en fin, profundamente recogidas en sí mismas, conservan una misteriosa inmovilidad, pareciendo una casa de fieras que rugen ó que se agrupan en un rincón, que chillan y permanecen silenciosos hipógrifos ó Leviatanes de acero fundido.

Peró al lado de todo este *pandemonium* se ven los mil caprichos, las mil sutilezas de la materia, los tejidos impalpables más ligeros que el humo, los tapices brillantes, parecidos á los parterres de la antigua Delly, el eden de las razas humanas, todas las piezas

justificativas de nuestros ingeniosos atentados contra la naturaleza para doblegar á nuestras necesidades todas las creaciones que han revestido una forma nueva bajo la mano del hombre ó de la máquina de hierro.

Los cuatro continentes, los tres reinos de la naturaleza han llevado sus innumerables muestras á aquel concilio maravilloso de obras y productos; éste sus perlas; aquél sus plumas; aquel otro sus corales, sus metales; aquel de más allá sus frutos, sus aceites, y, en fin, todos han acudido á una señal del hombre, desde los confines más lejanos, para alimentarle, vestirle, adornarle y curarle.

La industria provoca la colaboracion de todos los pueblos, de todos los climas. La Providencia les ha dado á todos un genio diferente y productos diversos para obligarlos á las diversas órdenes de trabajos y solicitarlos en los cambios mútuos de comercio.

Un descubrimiento, sea cual sea, como su madre divina la ciencia, pertenece indistintamente á la humanidad y tiende á hacer cada vez más á la humanidad, bajo el punto de vista del cambio, una sola y única familia.

No hay en esta galería un pedazo de madera ó de hierro, ni un grano de café, que no retrate al hombre á través del tiempo y del espacio que la mejor historia, aunque estuviese escrita por Bossuet.

Ved aquí, por ejemplo, una chimenea que acaba de

salir de las fraguas de Birmingham, pulida y brillante como una coraza; sin duda apénas la habeis mirado al pasar, y, sin embargo, si la hubierais interrogado os habria contado la historia del fuego; un mundo encerrado en una chispa, el sol prisionero sobre la piedra del hogar.

Ved ahí un reloj, que es una aguja que da vuelta sobre un cuadrante; un hecho que por su venalidad no merece ya más atencion que las piedras de un camino, y sin embargo, para el pensador como vos, esta péndola propone una pregunta. ¿Qué es el hombre sin la nocion del tiempo? ¿Y qué parte ha traído esta nocion á su destino? Aquí teneis una presa: paraos esta vez con respeto, ó más bien con reconocimiento, pues sin ella, ¿qué seria de vosotros? Vuestra propia gloria, la palabra multiplicada al infinito, la humanidad entera inclinada sobre un mismo libro y meditando como una sola alma y como un solo cerebro.

Pues bien, el glorioso inventario de herramientas y obras iluminadas con la antorcha de la historia, conciencia escrita del hombre, es el hombre mismo, el hombre desde luego,..... por la naturaleza despues, volviéndose contra ella y obligándole á servirle y á esparcir las espigas y la flor sobre los pasos de su marcha triunfal á través de la historia.

Ved aquí al hombre, pero no al hombre de hoy dia, sino al hombre siempre renovado y engrandecido en su

destino; ved aquí las historias de su genio extendidas ante vuestras miradas sobre la piedra y sobre el cobre, sobre la corteza y sobre los tejidos, sobre el cristal y la arcilla. La tierra, cual valerosa amante aplastada por él, sonríe por fin á su vencedor y le entrega generosamente sus joyas y sus perfumes.

Salvaje é inculta en los primeros tiempos, parecia decir al hombre: «¿qué vienes tú á hacer aquí?» Y ahora por do quier donde el sol brilla, madura la cosecha; por todas partes donde pasa el viento, balancea los viñedos; por donde el rio murmura, se retratan en sus aguas los contornos de una ciudad; por todas partes la mar mece en sus olas la caravana flotante de un continente, marchando hácia otro hemisferio.

Las frases que decís en este momento contra el progreso y que arrojais con velocidad sobre el papel, es el progreso mismo que os permite escribirlo, y hasta la pluma protesta en vuestra mano contra vuestras doctrinas; y hoy que estamos cubiertos de los piés á la cabeza de los beneficios del progreso, ¿os atreveis á renegar de vuestro bienhechor?

¡Y renegar de él al salir de aquel panteon de cristal, del Palacio de la Industria, construido para la gloria y la actividad del genio humano; vos, nuevo Virgilio de otro infierno, vais á respirar en la noche de la Edad Média, bajo los pórticos de un claustro, no sé que olor sepulcral de fosa reverentemente abierta!

Vos recogéis del suelo el sudario olvidado por la lúgubre piedad de un monje, y le apretais entre vuestras manos para hacerle destilar la muerte sobre nuestra generacion y convencerla de su nada; arrojais el anatema á la perfectibilidad humana y poneis la vida en entredicho, en nombre de no sé qué doctrina sacada de un libro titulado *La Imitacion de Cristo*.

¡Ah! Lo comprendo: cuando se baja de la colina donde se ha vivido, palabra triste de por sí, se puede encontrar cierta grandeza desoladora, como á la vista del cielo en una noche de otoño. No es más que la sombra sin duda, pero con la eternidad detras.

III.

Esta doctrina dice que el hombre, sér corrompido, mundo en un centro corruptor llamado Satanás, respira y suda continuamente la corrupcion. Haga lo que haga ó piense lo que piense, hace y piensa el mal, atrae y repele el mal sencilla, espontáneamente, por conformacion, por necesidad.

Inficionando con un soplo el mundo que él inficiona á su vez fraternalmente, vive con la naturaleza en asiduo comercio de tósigo. Su inteligencia es tósigo, su voluntad tósigo, el rayo del sol tósigo, el soplo de la primavera tósigo, la palabra tósigo, y, lo que es

peor aún, trasmision de tósigo; el ojo, en fin, el oído, la epidérmis, la sensacion, tósigo ú ocasion de tósigo.

Desde el momento en que el hombre es malo, el mundo es malo; y si estas dos cantidades malas no pueden obrar una sobre otra más que para agriar recíprocamente su levadura, la sabiduría divina ordena romper toda comunicacion del mundo con el hombre, de secuestrar al hombre del mundo, de encerrar al hombre en la piedra, de cubrir su cuerpo con la piedra y reducirle al estado de bivalvo sagrado, encerrado bajo la bóveda de la celda con sólo el espacio suficiente para respirar y dejar oír por fuera el murmullo de su plegaria.

Pero como debe ir y venir á causa de la imperfeccion de su organizacion, y como no puede arrastrar tras sí su celda, meterá su cuerpo en un saco, echará sobre su cabeza una máscara de lienzo, un capuchon para ahogar, para borrar cuanto sea posible á su alrededor todo lo que es hermosura, poesía, simpatía, armonía. Entonces solamente, simulacro informe, despojado cuanto es posible del tipo humano, impermeable á la sensacion bajo su cubierta de paño verde, se atreve á atravesar el aire ambiente con un paso lento, cadencioso, notando con el dedo sobre la cuenta del rosario, haciendo siempre la misma vuelta sobre sí mismo, murmurando la misma palabra, repitiendo el mismo gesto á la misma hora, de la misma manera,

invariable, infatigablemente, con la exactitud y la impasibilidad de la sombra, errante, silenciosa, como el sol alrededor del cuadrante.

¿Qué hace despues de esto? ¿Come tal vez? ¡Ay! Sí, pues la naturaleza le impone aún la obligacion de comer.

Però vale más ayunar y prefiere ayunar.

¿Luego se agita, se mueve? De ningun modo. La inmovilidad está más próxima á la perfeccion que el movimiento, y la inercia más que la accion.

¿Pasa su tiempo en dormir? No, vela, por el contrario, á la hora del sueño; pues para engañar la vida ésta se opone á la idea del Dios vengador, cayendo sobre su cabeza y devolviéndole reto por reto; él la contradice, la tiraniza, forzándola á ayunar cuando quiere comer y velar cuando quiere dormir.

Este suicidio en detalle y en longitud por vía de hecho sobre cada órgano, es probablemente entonces una manera ingeniosa de forzar al cuerpo á dar su dimision para volver al alma el pleno ejercicio de su voluntad ó de su pensamiento. ¿Su voluntad? Él la ha dado en garantía, es la campanada que le dicta lo que debe querer.

¿Su pensamiento? Lo ha dejado en depósito detras de la reja del confesonario, y no lo volverá á coger más que en el sepulcro.

¿En qué podrá ocupar su alma bajo los rayos del

sol? ¿En saber? Pero la ciencia es vanidad, curiosidad del espíritu, tentación, perdición.

¿En amar? ¿Amar qué, en esta vida pasajera? ¿La patria tal vez? Se eleva precipitadamente un muro entre ella y él para renunciar para siempre á la gloria de serviría. ¡Patria! Vanidad también, figura engañadora de la verdadera patria de la ciudad de Dios; aquí abajo, allá arriba: yo no sé dónde, en fin, detras del valle de Josafat.

¿Amar á una mujer? ¡La mujer! ¡Gran Dios! La hija de Eva, siempre Eva por algun lado, siempre con el oído atento á la palabra de la serpiente! Agotaría más bien el agua de la pililla que hacer el signo de la cruz. Si por descuido viniese á errar sobre el suelo púdico que cruza todos los días con el paso lento de su sandalia, iría á buscar un haz de leña para quemarlo en el sitio á un fresco en que su pié condenado habría posado.

¿Amar, en fin, la familia? Pero ¿qué es la familia según la carne? La mujer también en el estado de multiplicación, una distracción de la salud, un robo á Dios, un resto de voluptuosidad, un fondo de hiel del *vas infirmus* del pecado original. El celibato es la perfección. El eunuco el perfume agradable al Señor.

¡Ah! Habeis escogido bien vuestro libro, convengo en ello, como pretexto para tocar la campana de la civilización.

El monje, prosternado noche y día ante la imagen del Crucificado, debía escribir así, y si la tumba á su turno hablase, repetiría palabra por palabra la misma doctrina.

¿Habeis visto en la galería del Louvre una especie de espectro adornado con un bonete de doctor, que tiene una pluma en la mano y que parece pasearla sobre una página de pergamino? Este doctor es un cadáver, esta cabeza un cráneo, esta mano ocupada en escribir es la mano de un aparecido: de San Buenaventura.

¿Buscais al autor desconocido de *La Imitacion de Cristo*? Vedle ahí. Él no ve ya ni oye tampoco, y con su mano helada traza automáticamente una línea, como la araña teje su tela en una cueva.

Pero hay otro libro más verdadero, más cauto que el ruido de un stylete, melancólicamente sentado sobre la piedra de su Tebaida; un libro abierto en lo infinito de una curva al otro horizonte; un libro escrito por todos los sentidos del hombre á la vez, con la llama y el rayo, con el són y la electricidad.

¿Tengo necesidad de deciros cuál es ese libro? Es la inmensidad, el astro, la tierra, la flor, la hermosura, la juventud, la palpación de la sangre en las arterias, la ambición del espacio, la atracción del pensamiento hácia lo desconocido; Dios, en fin, pero no el Dios muerto, no el Dios en la cruz, sino el Dios vivo, el Dios relumbrante, el Dios de la creación, so-

licitándonos por do quier para buscar el misterio y recompensándonos de haber adivinado el misterio por la voluptuosidad severa de la ciencia.

Habéis leído este libro otras veces sobre vuestra colina de Saint-Point, y nos habéis traído aquí y allá una página flotante como la hoja de la Sibila. Os ruego volvais allá al primer soplo de la primavera sobre vuestras sienes doloridas bajo el golpe doloroso del pensamiento de un monje en vuestro pensamiento.

Pero mientras tanto vos decís, como el monje, que el dolor es merecido ó meritorio, que el dolor es el remedio del dolor, y que sufrir es el medio de cesar de sufrir.

¿El dolor es merecido? ¿El dolor es meritorio? ¿Qué lenguaje es el que habláis, y en qué siglo vivimos para oirlo? ¿El reloj del mundo está descompuesto, y andando en sentido inverso ha llevado á la humanidad seis siglos atras?

Y cuando vuestra propia conciencia os pregunte el por qué de ese sistema del dolor por el dolor aplicado á la humanidad, respondeis tímidamente: «Quizás»; no podeis disponer más que del argumento de la duda: «¡Quizás!»

Y sin embargo, con esta posibilidad, con esta hipótesis de posibilidad, combatís la doctrina del progreso y proclamais la excelencia del sufrimiento.

La inteligencia en semejante materia no se paga de

una suposicion. Quiere una demostracion completa, entera, por el hecho ó por el razonamiento. Si la teneis, dadla. Si no la teneis, cesad de afirmar; apénas si os queda el derecho de dudar.

Yo he merecido, decís, ántes de nacer el sufrimiento, y Dios me inflige la vida como un castigo. Pero ¿tengo derecho para pedir la vida al Creador? ¿Por qué me la ha dado si me castiga con lo mismo que me ha concedido?

¿Por qué no ha hecho estériles las entrañas de mi madre?

Y no es esto todo, pues él me castiga por una falta que yo no he cometido, por una falta que ignoro, como si el sér pudiese ser confundido con el sér, el yo con el tú, como si yo pudiese tener la responsabilidad de otro é infligirle la mia por yo no sé qué comunismo de accion.

Vuestro Dios me castiga, por consiguiente, en balde; me castiga únicamente para tener la ocasion de castigarme, sin duda aún más cruelmente en la otra vida; pues desde el momento que ignoro la explicacion de mi suplicio, me sublevo contra el golpe y pierdo, por consiguiente, el beneficio de la expiacion.

Otro Dios ha puesto en mí otra nocion de justicia que dice que toda falta es personal como la libertad, y que todo castigo debe tambien serlo; pero á esta nocion oponeis un protocolo de cuatro mil años que dice

que la falta de nuestros primeros padres caerá de padres á hijos hasta la última generacion; y cuando despues, extraviado entre estas dos contradicciones, que no son ni la obra ni el hecho de mi voluntad ó de mi pensamiento, escojo por nocion de justicia esta verdad de la naturaleza, vos insinuais en virtud del principio del dolor merecido, del dolor meritorio, que cometo una blasfemia y que me rebelo contra la Divinidad.

Blasfemia sea, rebellion, cuanto querais; pero en nombre de la inteligencia que piensa, de la mano que obra, la humanidad entera os dice en su historia que el dolor no es el remedio del dolor, ni la resignacion la palabra de nuestro destino. La resignacion, es decir, la inmovilidad, no puede ser más que la virtud del cordero que llevan al matadero.

En ninguna época el hombre se ha resignado á sufrir, pues por una especie de profecía divina ha presentado desde el primer dia que llevaba inagotablemente en su mente la continua redencion de lo que llamais dolor y de lo que la filosofia del progreso llama sencillamente una disminucion de existencia.

El hombre estaba desnudo el dia de la creacion. ¿Se resignó al frio? No; ha pensado, y la llama brotó de la piedra para calentarle.

Tenía hambre: ¿se resignó al hambre? No; pensó, y las espigas se maduraron para alimentarle.

Estaba herido: ¿se resignó á ver correr su sangre?

No; meditó, y el hierro curó su herida. Estaba aprisionado por el Océano: ¿se resignó á la implacable vigilancia del carcelero feroz, del centinela sobre el ribazo? No; reflexionó, y los buques le trasportaron á otro hemisferio.

Estaba aislado en medio del tiempo, y tampoco se resignó. No inclinó la cabeza, y la Escritura ha hecho de todas las generaciones pasadas una sola generacion, siempre en conversacion con ella misma de un extremo al otro del mundo.

Era esclavo del universo que le ahogaba por doquier en su rudo abrazo, y como no se resignó llamó en su auxilio á su inteligencia; y, volviendo la fuerza contra la fuerza, ordena ahora con un gesto á la naturaleza.

¿Qué hablais de resignacion y de santificacion en la humildad por la humildad, cuando nuestra grandeza consiste en pensar y vencer el mal por el pensamiento?

El mal es mi enemigo; ó le mato, ó él me mata á mí; pero no le doy voluntariamente mis costados para que los devore. La resignacion no es ni en política ni en moral una palabra del vocabulario del hombre del progreso. De la raza de Ajax, y á pesar de que una embravecida ola le arroja sobre un escollo, se endereza cuan alto es contra la ola y dice: *Etiam si*, todavía puedo salvarme.

Se concibe también que Prometeo, clavado por los cuatro miembros á una roca, deja caer de laxitud su frente y abandona en silencio su cuerpo á los cuervos, pues ya no puede sacar de su pecho más que un ronco grito de furor.

Pero el hombre no es Prometeo: ha roto su cadena hace mucho tiempo, tiene la cabeza y las manos libres. Esto basta; puede luchar con fuerzas contra su destino.

Se cuenta que despues de la batalla de Alma un soldado inglés de talla homérica yacía cadáver en tierra con la cara vuelta al cielo, el ojo abierto y la pupila fija, como si acechase con la mirada algun enemigo en el espacio.

Sin embargo, estaba muerto; una bala le habia herido en el costado y la sangre habia corrido en abundancia.

Pero mientras que agonizaba, palpitante aún sobre la yerba, volaba un cuervo alrededor de su cabeza para devorar la carne aún caliente de la víctima; el herido habia podido ver á través del velo de la agonía flotar en el espacio la sombra fúnebre del ala de este último enemigo.

Reuniendo en un supremo momento las últimas fuerzas que le quedaban, coge al cuervo por el pescuezo y le estrangula ántes de exhalar el último suspiro.

A pesar de estar muerto le tenía en su mano eter-

namente contraida, y los dos reposaban uno al lado del otro sobre el mismo campo de batalla.

Hagamos como el soldado. Estrangulemos al cuervo; vengüemos á Prometeo, y despues de esto ya podemos morir.

IV.

Digna de vos es, sin embargo, esta doctrina de perfectibilidad que dice á todos los hombres inclinados sobre el surco:

«Trabaja, es la ley; pero recuerda al trabajar que la humanidad de la que fornas parte, átomo de un minuto, está en perpétua colaboracion.

»Cuando has venido al mundo has encontrado formado alrededor de tu cuna el inmenso mobiliario intelectual y material de todas las invenciones y de todas las riquezas de la civilizacion; otros habian hecho estas cosas ántes para tí, sin saberlo, puesto que te las han trasmitido para tu uso; gracias á estos legados anónimos de millares de generaciones aparecidas ántes, desaparecidas hoy tú posees hoy seis mil años de pensamientos y participas al salir de la cuna de seis mil años de economía.»

Pues bien, por todos estos descubrimientos de nues-

Se concibe también que Prometeo, clavado por los cuatro miembros á una roca, deja caer de laxitud su frente y abandona en silencio su cuerpo á los cuervos, pues ya no puede sacar de su pecho más que un ronco grito de furor.

Pero el hombre no es Prometeo: ha roto su cadena hace mucho tiempo, tiene la cabeza y las manos libres. Esto basta; puede luchar con fuerzas contra su destino.

Se cuenta que despues de la batalla de Alma un soldado inglés de talla homérica yacía cadáver en tierra con la cara vuelta al cielo, el ojo abierto y la pupila fija, como si acechase con la mirada algun enemigo en el espacio.

Sin embargo, estaba muerto; una bala le habia herido en el costado y la sangre habia corrido en abundancia.

Pero mientras que agonizaba, palpitante aún sobre la yerba, volaba un cuervo alrededor de su cabeza para devorar la carne aún caliente de la víctima; el herido habia podido ver á través del velo de la agonía flotar en el espacio la sombra fúnebre del ala de este último enemigo.

Reuniendo en un supremo momento las últimas fuerzas que le quedaban, coge al cuervo por el pescuezo y le estrangula ántes de exhalar el último suspiro.

A pesar de estar muerto le tenía en su mano eter-

namente contraida, y los dos reposaban uno al lado del otro sobre el mismo campo de batalla.

Hagamos como el soldado. Estrangulemos al cuervo; vengüemos á Prometeo, y despues de esto ya podemos morir.

IV.

Digna de vos es, sin embargo, esta doctrina de perfectibilidad que dice á todos los hombres inclinados sobre el surco:

«Trabaja, es la ley; pero recuerda al trabajar que la humanidad de la que fornas parte, átomo de un minuto, está en perpétua colaboracion.

»Cuando has venido al mundo has encontrado formado alrededor de tu cuna el inmenso mobiliario intelectual y material de todas las invenciones y de todas las riquezas de la civilizacion; otros habian hecho estas cosas ántes para tí, sin saberlo, puesto que te las han trasmitido para tu uso; gracias á estos legados anónimos de millares de generaciones aparecidas ántes, desaparecidas hoy tú posees hoy seis mil años de pensamientos y participas al salir de la cuna de seis mil años de economía.»

Pues bien, por todos estos descubrimientos de nues-

tros padres desconocidos, sumidos ya en la noche, por todas estas riquezas gratuitas, saliendo á tu encuentro del fondo de los siglos pasados, devuelve á la humanidad lo que te ha dado á tu nacimiento, lleva tú también á la masa tu contingente de obras y de ideas.

Pues la sobras y las ideas están contadas, lo mismo las grandes que las pequeñas, el porvenir las volverá á encontrar todas en el inventario de su herencia.

Los hombres sin duda han sufrido mucho durante su rudo peregrinaje á través de la historia, y sufren aún por indigencia ó por ignorancia; pero todos los trabajos que se ejecutan para vencer esta doble miseria del cuerpo y del espíritu disminuye todo el trabajo acumulado desde el día del Génesis.

De suerté que el trabajo acumulado hasta lo infinito sobre el trabajo constituye el capital social de la humanidad. Este capital, acrecentándose de hora en hora por el simple hecho de la actividad humana, constituye el fenómeno histórico del progreso. El progreso es el redentor en detalle, convengo en ello, pero, en fin, es el redentor de toda sujecion ó de toda impotencia. ¿Qué importa el mal despues de esto? Existe seguramente, pero es cada vez menos, accidente de pasaje, ó más bien aguijon de nuestro destino.

Si el pasado ha tenido razon hasta el día, ¿por qué el porvenir le faltaria de palabra al pasado?

Valor, hijo mio, manos á la obra: ten confianza en la lógica del tiempo. Dá toda tu vida, que cada golpe de azadon, que cada relámpago de tu inteligencia irá indefinidamente, despues de haberte alimentado é iluminado el primero, á rescatar de siglo en siglo otra generacion de la servidumbre de la necesidad para elevarla á la dignidad del pensamiento.

Pero no; esta doctrina tan piadosa en el fondo, tan consoladora para esta vida de trabajo, pues que da un objeto, un fin á todo, un precio á toda accion, os impacientais con ella; vos, el hombre paciente entre todos por el sentimiento de vuestra fuerza, la tratais con rudeza; vos, el hombre indulgente hasta la manse-dumbre.

Vos la llamais una utopia: pase por una utopia, pero la llamais tambien en absoluto. Esto no os lo concedo, á pesar del respeto que debo á vuestras palabras.

Una idea puede ser un error, decia en semejante caso Juan Jacobo Rousseau, y, sin embargo, no es por esto un absurdo. El absurdo es una moneda preciosa. Con demasiada frecuencia puede uno gastarla en la vida para ir á esperarla por doquiera.

Y nosotros los creyentes del progreso, sus apóstoles, sufrimos bastante para volver á recuperar todos nuestros derechos, nosotros los malditos, los proscritos, los injusticiados, ved aún sobre nuestros cuerpos las heridas vertiendo sangre!

Vos nos llamais soñadores incorregibles, durmientes del siglo, y nos comparais, bajo la fe de un brahma, á los fuelles de la fragua, que habrán á lo sumo respirado, pero no habrán vivido.

Nosotros dormimos, sí, pero de pié: no nos negaréis al ménos la verdad de nuestra actitud. Nuestra convicción será una quimera, os lo concedo, pero quimera por quimera, puesto que, segun vuestra propia confesion, el porvenir es el gran *quizás* del filósofo, que profetizar es necesariamente soñar, preferimos aún la profecía que dice el desgraciado:

¡Levántate!

Y que al lado de su desgracia se instale la esperanza.

¿Lo oís? la esperanza, esa hija del cielo, esa primera virtud del sér llamado alguna cosa más grande que el presente, esta primera entrada del alma desde esta vida hasta su patria inmortal.

El hombre más grande es el que injuriado ó aplaudido, comprendido ó desconocido, atrae hácia sí la humanidad, pone la idea más grande en la perpetuidad de su obra, y arroja, si preciso fuera, su obra por encima de los siglos á la posteridad, como el náufrago al hundirse arroja su testamento por encima de las olas á las rocas de la costa.

Y ¿qué es, pues, la gloria, esta parte santa del genio, más que una parte de posesion de la duracion?

El hombre, al contrario, caido más bajo es aquel que vive por completo en el cuarto de hora que flota á todos los vientos, que va, que viene, sin otra razon de ir y venir que la explosion instantánea de la sensacion, que vende por la mañana la tienda donde ha dormido por la noche, sin pensar un instante que una nueva vuelta de la tierra bajo sus pasos va á llevar otra vez la sombra sobre su cabeza y con la sombra la necesidad del sueño.

El vicio no es otra cosa que esto: interrogadle bajo este punto de vista, y veréis que es siempre el sacrificio de la idea del dia siguiente en el pensamiento del momento.

Restringir á la humanidad su perspectiva no es, pues, restringirle la solitud á la actividad. Cuando el viajero ve elevarse ante sí una montaña á picó, murmura en voz baja: ¿Para qué ir más léjos? y cae desfallecido al borde del camino.

Cuando la peste descende sobre alguna ciudad, como un huracan desencadenado, hiriendo desde el primer dia una gran parte de la poblacion, y mata y arroja mezcladas en confusion tantas vidas al sepulcro, todos, hombres y mujeres, creen desde el primer momento llegada su hora. Puesto que es preciso morir, muramos. Alcanzarás con prontitud la nada. Saquemos aún un último goce de este cuerpo que vamos á perder y que no volverémos á recobrar. Y las

libaciones á la cabecera del padre moribundo, y las bugías del festín arden hasta la salida del sol, al lado del cadáver aún caliente del hermano, de la hermana, del pariente y del amigo, y todos, hombres y mujeres, buscan la muerte con las manos unidas y la frente coronada de las rosas ajadas de la orgía.

No creais que es una historia fantástica la que os cuento. No, es la historia de Atenas, la historia de Florencia, la historia de Marsella en el último siglo.

En esta ciudad de cien almas no se pudo encontrar más que tres ejemplos de virtud. Si tuviésemos la certeza de que, por ejemplo, mañana se acababa el mundo, veríais al momento á los hombres romper los rangos, y durante aquellas últimas veinticuatro horas cometer toda clase de excesos.

Quien dice moralidad, dice confianza en la duración; y quien dice duración dice esperanza. Es la voz del progreso.

El porvenir que la suerte nos reserva no es, pues, indiferente para nuestra condición en esta vida, pues todos obramos en el mundo conforme soñamos; y digo sueño, aunque en verdad debía decir ideal; pero no quiero apartarme de vuestra hipótesis. El tiempo de la verdadera palabra no ha venido aún.

Bajo este punto de vista, aunque la doctrina del progreso fuese una ilusión, debíamos bendecirla; pues abriendo al hombre un campo de acción sin límite,

engrandeciéndole por el pensamiento á la altura de la humanidad, persuadiéndole que no hace nada en vano, que no arroja nada al tiempo perdido, ella le anima, le excita al perfeccionamiento de sí mismo, al de su semejante, á la actividad, á la virtud, á la gloria, á todo aquello que efectivamente es duradero.

No sé dónde he visto la divisa de los fuertes *Spes illorum immortalitatis plena est*. Dejados por favor esta esperanza llena de inmortalidad.

El progreso es un sueño, decís. Llamais sueño al progreso: pues bien, sea, puesto que os place llamarle así.

¿Es, pues, este mundo tan encantador que no podamos suponer otro mejor, aunque no fuese más que para justificar la Providencia? Pero si este sueño influye en bien sobre la suerte de la humanidad, deber es mirarlo con atención antes que mofaros de él.

Y, sin embargo, mirad. En el momento en que os hablo hay hombres que afirman el progreso y otros que lo niegan.

¿Qué imperio ejercen en unos y otros la influencia de sus doctrinas?

Escuchad á los enemigos del progreso, y veréis qué altaneros están desde que una ráfaga de viento ha arrojado el crimen al poder bajo la figura de un César.

No son ellos, á juzgar por sus homilias, los fariseos

del presente, siempre dispuestos á esparcir las tinieblas sobre la humanidad, á mirar la ciencia como una herejía, á maldecir todos los descubrimientos, á responder, no á la verdad, sino á poner una mordaza al pensamiento, á colocar el derecho sobre la punta de la espada, á dar el brazo al verdugo, á llevar al pueblo á la esclavitud, á resucitar la casta, reconstruir el fisco; maldecir el fisco, proscribir la democracia, besar la mano al primer Maquiavelo coronado que tenga detras de él una dinastía, gritando al hombre desgraciado, segundon de la sociedad :

«Sufre, llora, no te conozco, no te escucho: tu suerte es gemir y pudrirte en la miseria para siempre. Entre tú y yo, entre tu raza y la mia, el gran ordenador de lo justo y de lo injusto ha echado una raya inflexible, una frontera infranqueable. Para tí la paja, para mí la seda; para tí la desnudez, para mí la capa. Dios lo ha querido así: acata sus designios con la misma resignacion que yo los acepto.

»Despues de haberte creado de un soplo, ha cerrado una puerta de acero sobre tu destino y el destino de tu posteridad hasta la última generacion, y en lo más alto de esta puerta ha puesto la inscripcion del Dante:

DEJAD AQUÍ LA ESPERANZA.

AHORA VOLVED LOS OJOS POR OTRO LADO.»

Ved aquí los hombres del progreso; ellos no pretenden sin duda renovar la sociedad con un golpe de su varita mágica, ni sustituir en un abrir y cerrar de ojos, por un milagro de su genio, la ciencia á la ignorancia, la abundancia á la pobreza. Precisamente porque ellos son los hombres del progreso, es decir, de la sucesion de la hora tras la hora, de la transformacion á medida, creen que la civilizacion marcha al paso del tiempo como la gravitacion en el espacio.

Pero marchan con ella, dándole la mano para ayudarla á marchar, aman á la Providencia, y en ella y por ella aman á la humanidad, aman la causa del pobre, inclinan su corazon hácia el que sufre y quisieran con todas las gotas de su sangre levantarle de su lecho de dolor, partir con él el pan del cuerpo y del espíritu, verter la luz sobre su frente, el derecho en su conciencia, haciendo de la sociedad entera una sola familia, diversa seguramente por la aptitud, pero marcada por todas partes por el signo de la inteligencia y de la justicia.

Ved por qué todos sin excepcion han levantado su tienda en el campo de la democracia. Podrian, sin duda, como sus vecinos, transigir con el pasado, sacar partido del poder reinante, figurar en el Almanaque oficial con una cinta en el ojal de la levita; pero no, arrojados á un lado, fieros con su aislamiento, preparan con toda abnegacion el bien de una generacion

que no les conocerá, pues dormirán desde mucho tiempo el sueño de la muerte, ántes que este germen del bien se haya levantado, como cultivadores desinteresados que siembran para que otros recojan la cosecha.

Ved aquí los hombres que niegan y allí los hombres que afirman el progreso.

Aplicad á unos y á otros las reglas del Evangelio, juzgad sus doctrinas y sus frutos, pues cualquier otro juicio es engañoso. Pues bien; la doctrina de negacion no lleva más que frutos muertos, miéntras que la doctrina del progreso no lleva más que frutos de vida. Y, sin embargo, es contra nosotros, fieles devotos de esta religion de la humanidad; contra nosotros, que queremos en política lo que vos quereis, que vamos siguiendo vuestras huellas, porque vimos un día sobre vuestra cabeza la columna de fuego en camino hácia el horizonte; contra nosotros, los vuestros, por nuestra creencia y en nombre de nuestra creencia, contra quien os volveis con la sonrisa de la compasion en los labios, ¡desechándonos á nosotros y á nuestras ideas á la region de las fantasmas!

¡Oh! Bien sé que no daréis la razon á nuestros adversarios comunes, y que para arrancarles una página de su teología no iréis á reposar vuestra frente sobre la piedra del pasado.

Entre ellos y nosotros, os colocais en una posicion

mixta, y nos ofrecéis la teoría del progreso relativo como una especie de transaccion.

¡Progreso relativo! Poca cosa en verdad. Esto es una tabla corta que alcanza de uno á otro borde. La humanidad tiene necesidad para pasar el abismo de un puente de un solo arco, cuya curva armoniosa se apoya en ambas orillas.

El progreso no puede existir sino con la condicion de ser una ley de la sociedad, ley hecha para obrar siempre sin intermitencia y sin contradiccion. Pero progreso relativo, el problema reservado. Pronto trataremos este asunto y examinaremos si semejante sistema es susceptible de ser adoptado por la humanidad.

Hasta el presente he razonado en la hipótesis de que la creencia en el progreso era una quimera, procurando demostraros que, aunque fuese una quimera del siglo XIX, debia merecer vuestra simpatía.

Pero esta creencia, ¿es verdaderamente una quimera, como lo afirmáis, es una bola de aire desvanecida al primer soplo de la realidad?

Cuando un hombre como vos condena una de nuestras creencias, experimentamos tal turbacion que penetra hasta la más profunda raiz de nuestra conviccion; y al examinar vuestro anatema debemos replegarnos sobre nosotros mismos, interrogarnos de nuevo en silencio, para procurar ver si no nos hemos engañado en la eleccion de nuestro símbolo.

UNIVERSIDAD DE LEON
BIBLIOTECA DE LEON
"ALFONSO"
1625 MONTERREY, MEXICO

Pues bien, ya lo hemos hecho; habiendo salido de este exámen de conciencia más confiados que nunca en la gran ley de la humanidad, y alentados por el choque de la contradicción, hemos repetido el grito del apóstol del movimiento:

E pur si muove.

¡Sí, el progreso es siempre el progreso! ¡Sí, el progreso es la señal del mundo! Sí, la Francia y vos, y nosotros, mientras existamos, mientras asentemos nuestros piés sobre esta tierra, tenemos que cumplir cada uno el progreso según nuestra medida; y si por casualidad caemos un minuto con nuestras ideas en el lazo que nos tienden los acontecimientos, no nos queda otro recurso que levantarnos por medio del progreso.

V.

Pluguiese á Dios, mi ilustre maestro, que yo tuviese realmente la suerte de poseer el lenguaje de Platon, como decís para adularme, pues hablaría entonces un lenguaje digno de vos, y con tal claridad que hubiera disipado de vuestro espíritu toda falsa interpretación.

Desde el momento en que un príncipe del pensamiento como vos se ocupa de cualquiera, le colma

desde el principio de su munificencia; pero yo no merezco la más pequeña partícula del elogio con que me honrais.

Pues prestais á la escuela del progreso una doctrina tan en contradicción con lo que he pensado ó escrito en mi vida, que cuando os oigo reprocharme mis sueños creo que en efecto sueño, y cuando me interpelais por el nombre de mi creencia vuelvo involuntariamente la cabeza para buscar entre la multitud á quién hablais en aquel momento.

Reprochais en general á los hombres del progreso haber fabricado un sistema para relegar á Dios en el abismo de la abstracción y de la inercia, y en seguida para hacerle absurdo al hacerle progresivo, es decir, sometido á la condición de pasaje, consecuencia de límite, confundiendo así lo que se acaba con lo infinito, el tiempo con la eternidad.

¿No veis que la acusación cae por la misma contradicción, puesto que en conciencia no podíamos tener la pretensión de condenar en Dios, al mismo tiempo que la inercia por la abstracción, al movimiento por el progreso? No importa; necesito declarar una vez más que, lejos de confundir por mi propia cuenta lo que tiene fin con lo infinito, he protestado siempre contra semejante confusión de ideas, y que, lejos de separar á la criatura del Creador, he querido siempre, por el contrario, aproximarlos cada vez más por el

dogma de la perfectibilidad; pues ¿dónde iría la perfectibilidad si no fuese del lado de la perfección?

Nuestro Dios es un Dios limitado, decís, y, por consiguiente, absurdo; pero ved aquí la respuesta que yo hacía el primero á este absurdo en la *Profesion de fe del siglo XIX*, como si hubiese previsto vuestra crítica para refutarla por adelantado:

«El infinito en el tiempo y en el espacio, constituyendo la personalidad de Dios y reposando exclusivamente en Dios, no puede nacer de la multiplicidad, ni caer en la división» (1).

Nuestro Dios, decís, es un Dios inerte, relegado en la indiferencia de la abstracción; pero ved también la respuesta que yo daba de antemano en el mismo capítulo:

«Dios es el ser vivo, activo, de toda eternidad, que brilla sin cesar en vida y en acción á través de la incommensurable profundidad del espacio» (2).

Nosotros definimos al hombre de tal suerte al oírlo que hacemos de él casi un vegetal. *Estoy asombrado, añadís, de ver que los filósofos, al buscar una definición del hombre, no hayan encontrado esta que es la primera de todas: el hombre es el sacerdote de la creación.*

Esa es precisamente la fórmula que, bajo mi res-

(1) *Profesion de fe del siglo XIX*, 3.^a edición, pág. 6.

(2) *Idem*, pág. 9.

ponsabilidad particular, me he atrevido á confesar hace ya mucho tiempo, no porque la crea la única verdadera, la única justa, sino porque la creo verdadera, la creo justa con respecto al instinto de la religión.

«Tal es el hombre *sacerdote* del mundo, he escrito, testigo é interlocutor de Dios sobre el planeta. Antes de su aparición Dios conocía sin duda la tierra, pero la tierra no se conocía en Dios; uno de los términos de aproximación se había roto. El hombre ha venido, por consiguiente, para comprender la creación y saber que procede de su Creador.»

Según vos, nosotros aprisionamos al hombre para siempre en esta vida pasajera, condenándole á arrastrar al lado del trabajo su vida de inmortalidad.

El hombre, seguis diciendo, divinizado, perfeccionado indefinidamente, immortalizado aquí abajo en la felicidad y en la vida, es un contrasentido á todo lo que nosotros conocemos.

Os ruego me disculpeis por salirme á cada momento de las filas para responder en nombre propio á todas vuestras objeciones; pero puesto que me poneis en evidencia, estoy en el deber, por la pequeña parte de responsabilidad que me cabe, de declinar en voz alta la solidaridad del error que atribuí á la escuela del progreso.

«Nuestro destino, he dicho otras veces, ¿está para siempre confinado sobre un átomo? No; la humanidad

cree y ha creído siempre con una creencia irresistible en la vida futura. ¿Dónde? Lo ignoro; pero en virtud de la lógica creo poder afirmar que la vida inmortal tendrá el espacio infinito por lugar de peregrinaje, pues la eternidad y la inmensidad están tan unidas una á otra que, apenas nombrada una, llama á la otra y la arrastra en su compañía como inseparable amiga.»

Un escritor publica un libro bueno ó malo, eso poco importa; no está ahí la cuestión, pero publica un libro sobre el destino de la humanidad. Expone su alma toda entera con el inagotable candor de la convicción; lo que dice lo piensa, lo que piensa lo dice sin equívocos, sin reticencias. Si no tiene otro mérito al menos conoce el sentido de su idioma y sabe que *si* significa otra cosa distinta que *no*, y *materia* otra cosa que *inteligencia*.

Vos creéis que la crítica, aunque sea una crítica benévola, va á juzgar al autor sobre la doctrina de su libro, y únicamente sobre esta doctrina, tal como él la ha desenvuelto, demostrada tal como él desenvuelve aún y la demuestra en la propaganda el día de la publicación.

No, fíaos más bien del humo ó de la hoja del otoño. Cada uno ve en el libro la idea que quiere ver, la idea que quiere encontrar para tener el derecho de combatirla y de convencerla de error. El libro ha desapare-

cido, pero se tiene el simulacro y se le ejecuta sin piedad por contumacia.

Un crítico educado en la escuela de Bonald le dice en nombre del catolicismo: «Tú afirmas el progreso, entónces tú niegas el bien y el mal, ó, por mejor decir, metes en el mismo saco el bien y el mal, como metían antiguamente en Roma el gallo y la víbora; tú levantas al dios Pan sobre su altar. La materia es tu religión, la voluptuosidad tu sabiduría. Predicas, pues, la teoría de la rosa deshojada, de la copa vacía, de la lámpara apagada á media noche sobre los cojines de púrpura perfumados con los sueños de Safo.»

El autor ha declarado al pensamiento la facultad madre del progreso, y á este título le reserva la plaza de honor en nuestro destino. Por consiguiente coloca en la jerarquía del mérito la inteligencia por encima del cuerpo, un descubrimiento por encima de un goce; luego un discípulo de la escuela de San Simón le interpela con una sonrisa irónica:

«Palabra de monje, me dice, tú no comprendes nada del hombre; gozar y pensar es todo para un discípulo de Enfantin; vuelve á tu convento, ayuna, acuéstate sobre la ceniza y mortifícate noche y día para enseñar á tu carne la maravillosa superioridad del pensamiento.»

¿El autor dice en alguna parte que el capital es el redentor de la humanidad, y le llama así porque el ca-

pital representa el trabajo ya hecho, porque el trabajo ya hecho dispensa á la sociedad de una suma de trabajo igual á hacer, y, por consiguiente, permite á una parte de la sociedad consagrar esta suma de descanso á la cultura de su inteligencia para gozar egoístamente de su instruccion en el éxtasis solitario del estudio? No, sino para verter el pensamiento en el trabajo, bajo la forma de descubrimiento y para elevar sin cesar al trabajador á la funcion del espíritu.

Se queria desunir el capital con el trabajo; yo los he reunido con una palabra de conciliacion. Si la propiedad engendra el pensamiento, éste, á su vez, engendra la propiedad.

Y ved cómo desde el púlpito un reverendo padre de la Compañía de Jesus me acusa de adorar el oro y de hacer un dios del escudo. ¿Por qué no me acusaria más bien de ateismo, puesto que, si yo tengo el culto del escudo, el Dios podria muy bien faltarme?

Pero para adorar el oro en esa forma, dice, un pedazo de oro acuñado en la Casa de la Moneda y con el busto de algun miserable tunante llamado rey ó emperador, debes tener en el fondo del corazon un apetito desordenado de materialismo, siguiendo la doctrina de Epicuro que dice: «Comamos y bebamos, y cuando ya quede poco vino en nuestros vasos, arrojemus el resto al suelo y muramos riendo.»

Otros en fin..... pero ¿á qué cansaros en seguir ha-

ciendo esta enumeracion? Básteos sólo saber que la verdad ha conquistado su puesto en los diversos cargos de acusacion á que voy á intentar contestaros, respondiendo á los argumentos que opondéis á la religion del siglo XIX. Lo haré con mesura y respeto; si por casualidad dejo escapar una palabra más, nada he dicho, de antemano la retiro; pero si en la discusion profiero sencillamente alguna frase un poco enérgica, cuento con vuestra equidad y vuestra bondad para que disimuleis mi situacion.

La cuestion del progreso me toca, y dispensadme de que me atreva á decirlo así, más cerca que á nadie, mientras que para vos no es más que una tesis de paso con la anotacion: ¡pieza para revisar! es para mí toda mi vida, desde la primera á la última fibra: toda mi obra aquí abajo, mi fe y mi esperanza.

No tengo razon de ser intelectual y moralmente, sino por la doctrina del progreso y por el apostolado de esta doctrina. Si es falsa, he errado, he mentido; miento, ó más bien el estudio, la reflexion, la voz de toda certeza ha mentido en mí; no tengo en esta tierra más que hacer que huir de la eterna ciudad del pensamiento, y decir como no sé qué escéptico al ver caer á un héroe: «Vamos á cenar, la farsa ha concluido.»

Podeis comprender desde luego con qué temor y estremecimiento de ánimo he debido levantar el guante arrojado al progreso por una mano que lleva la mayor

parte de las veces la vida ó la muerte en toda discusion filosófica. Empero creemos tambien que lo mismo ántes que despues de esta controversia, os lo digo con toda la efusion del corazon, he colocado y colocaré siempre vuestro nombre muy alto para llevar en nuestra vida de esta primera vision intelectual otra cosa: que un sentimiento de profunda veneracion á vuestra persona y de compasion á vuestro genio.

PRIMERA PARTE.

I.

El progreso, habeis dicho con todas sus letras es un mentís á la naturaleza y á la historia.

Interroguemos primero á la naturaleza; despues nos ocuparemos del segundo mentís, y para proceder con orden tomemos el planeta desde su principio *ab-Jove*, como decian los antiguos.

El origen del mundo no es ya por ventura la ficcion más ó ménos poética de tal ó cual teogonia. La ciencia de nuestros tiempos ha encontrado el proceso verbal del primer génesis auténtico, incontrastable, oculto bajo nuestros piés por las distintas capas de terreno. Ahora ya podemos leer página por página en ese archivo subterráneo, esto es, en la Biblia, y seguir con nuestros sentidos todas las trasformaciones sucesivas de la creacion.

parte de las veces la vida ó la muerte en toda discusion filosófica. Empero creemos tambien que lo mismo ántes que despues de esta controversia, os lo digo con toda la efusion del corazon, he colocado y colocaré siempre vuestro nombre muy alto para llevar en nuestra vida de esta primera vision intelectual otra cosa: que un sentimiento de profunda veneracion á vuestra persona y de compasion á vuestro genio.

PRIMERA PARTE.

I.

El progreso, habeis dicho con todas sus letras es un mentís á la naturaleza y á la historia.

Interroguemos primero á la naturaleza; despues nos ocuparémos del segundo mentís, y para proceder con orden tomemos el planeta desde su principio *ab-Jove*, como decian los antiguos.

El origen del mundo no es ya por ventura la ficcion más ó ménos poética de tal ó cual teogonia. La ciencia de nuestros tiempos ha encontrado el proceso verbal del primer génesis auténtico, incontrastable, oculto bajo nuestros piés por las distintas capas de terreno. Ahora ya podemos leer página por página en ese archivo subterráneo, esto es, en la Biblia, y seguir con nuestros sentidos todas las trasformaciones sucesivas de la creacion.

La tierra ha empezado por ser una bola de fuego ó de granito fundido á la temperatura de las lavas volcánicas. Era tan grande su calor que aquella masa candente al girar sobre su elipse conservaba suspensa y en estado gaseoso toda la inmensa masa de agua que forma hoy el Océano y toda la masa calcárea que constituye la corteza del planeta.

Pero á medida que la tierra irradiaba su calor en el espacio, el granito, fundido hasta entónces, iba enfriándose, endureciéndose y abovedándose de tal suerte que aislaba la atmósfera del fuego interior del planeta.

Entónces la calcárea masa y el Océano, volatilizados y confundidos ántes en la atmósfera, pasaron con el enfriamiento de la corteza del planeta del estado de gas al estado de vapor, y sucedió un día que la inmensa nube, atraída á causa de su peso, descargó de un solo golpe é inundó la tierra.

Cuando el agua y la masa calcárea tomaron sus respectivos puestos, la una por derrame, la otra por depósito y acumulacion, fermentó el humus, esa primera levadura, brotó la vida y entre el fango germinó la planta y salió á la luz.

Pero la flora de aquella época era la infancia de la vegetacion. Musgos, algas, helechos, es decir, las tentativas vegetales más elementales y más uniformes; hé aquí, poco más ó ménos, las muestras de botánica

fósiles escrita en los herbarios de aquel primitivo período. Nada que se parezca á riqueza de organizacion, ni una flor. Si por casualidad alguna planta florecia como el áloe, moria como esta flor al impulso de su poético esfuerzo.

Los volcanes rezumaban por todas partes al través de aberturas de granito y derramaban en el aire nubes de ácido carbónico; las plantas, rebotando carbono y con una vegetacion sobreexcitada además por el calor de su vaso tibio, aún crecian rápidamente hasta llegar á prodigiosas alturas. Los helechos, hoy encadenados á flor de tierra, eran en aquel exuberante crecimiento más altos que las cimas más elevadas de nuestros bosques; pero aquellos bosques primitivos no eran más que la gigantesca inexperiencia de un mundo aún novicio en la multiplicacion y variacion de decoraciones de sus paisajes.

Después de la planta siguió en el órden el animal; pero ¿cuáles fueron sobre aquellas aguas enturbiadas, al través de aquellas plantas empujadas por una delirante savia más allá de toda exageracion en aquellos dias, ó mejor dicho, en aquellos ahogados crepúsculos por el vapor, los primeros testigos vivos, los primeros comensales del planeta? Los moluscos, gérmen grosero de la materia animal; pescados anfibios, tortugas aplastadas por su inmensa concha; cocodrilos de desmesurado cuello; megalosauros, especie de reptiles tita-

nes condenados á rastrear, á sacar sus cortas patas de sus pesadas armaduras, á cavar en el lodo ancha huella.

Más tarde la bruma del planeta se evaporó, y el aire solidificó el suelo, y desde aquel momento se pudo andar sobre la tierra. Aquella era la hora de los cuadrúpedos, pero de los cuadrúpedos monstruosos, masas diformes apenas vivientes: la hora del mastodonte, del hipopótamo, del elefante, del búfalo, del rinoceronte y del dromedario.

El pájaro hace su aparición, si toda vez puede llamarse pájaro á una especie de avestruces gruesos y enormes como las jirafas. Diríase al contemplar todo aquello que fueron los sueños trabajosos y los fantásticos espectros de una naturaleza, sumidas aún en la noche del primer sueño. Empero soñando encontró el secreto de aquel mundo feto hasta cierto punto, de donde se sacó el mundo que hoy existe.

La experiencia le hace proceder magistralmente y poner en escena una creación perfeccionada. Tapar la mayor parte de las grietas y bocas de los volcanes y encerrar en sus gargantas su venenoso aliento. Deposita dos capas de aluvion sobre la primera corteza de la tierra, aislándola así más por la atmósfera de la siempre candente fragua de Pluton, aglomerando en las profundas bases del globo numerosas riquezas minerales cubiertas por rocas ya formadas, unas por agrupación, otras por secreción del granito sobre la

masa caliza. Estas, fundidas misteriosamente en el crisol de la gran alquimia; aquéllas, formadas simplemente por la presión del terreno; los mármoles, los metales, las piedras preciosas, en fin, el carbon de piedra, todas provisiones proféticas llamadas un día á ascender á la superficie del globo para uso de la civilización.

Después de rehacer así por una nueva base, por un nuevo plan, la vida terrestre, la naturaleza creadora, como ha dicho un filósofo, continuó más despacio la vegetación, y esta vez esparció en el espacio millares y millares de plantas aisladas y sociales de distintas formas y actitudes varias, más ricas unas que las otras en organismo y en funciones.

Estas plantas florecieron y fructificaron, es decir, que al renovar su pacto por medio de la regeneración, con el tiempo esparcían al aire sus perfumes, se vestían con sus trajes de fiesta para celebrar dignamente aquel solemne instante de su existencia.

Algunas veces llegan hasta venderse á sí mismas, descubriendo un secreto instinto imitando la sensibilidad. Las hay que en el momento de ser fecundizadas suben desde el fondo del agua hasta su superficie para buscar un rayo de sol. Otra especie de árbol viajero brota, haciendo nacer una rama donde acaba la punta de la otra, formando una colección de arcos que simulan la toma de posesión del espacio.

El animal viene á alternar con el vegetal en esta especie de frontera. Primeramente es el pólipo, bastardo hasta cierto punto de dos reinos naturales; á éste sigue el pez, luego el reptil, despues el mamífero, despues la inmensa falange de todas dimensiones, de todos colores, animales nómadas, sedentarios, diseminados en el espacio ó reunidos en grupos ó rebaños. De esta inmensa promocion del sér viviente á un tipo más elevado cada vez, y cada vez más perfecto, que vemos realmente.

Vemos gradualmente ascender al animal, pasar de una especie á otra en poder, en funciones, en instinto, en memoria, en longevidad, hasta que alcanza por fin de círculo en círculo la familia del mono, precursor grotesco destinado á hacer bajo las hojas de los bosques los gestos del supremo tipo del génesis.

Entónces el círculo se cierra. El hombre aparece el primero en el órden de la serie y no en el órden de los tiempos, y descendiendo el hombre del mastodonte, es el primero y sólo entre todos á introducir la razon en el planeta.

Así la fuerza plástica, creacion, naturaleza ó providencia, que nada importa su nombre, empleada en la direccion de la tierra, caminó siempre de sér en sér, y de órden en órden, de lo ménos á lo más, del sencillo al múltiplo. Empezó por el mundo primitivo con su excesiva pobreza de invencion. Si es allí donde es-

taba el paraíso de la leyenda, no tenemos ya que lamentar el pecado original, porque sin él viviríamos todavía al lado del mastodonte y del iguanodon.

Mas la ley del progreso, más inteligente que todas las fábulas, ha hecho justicia á la primera creacion. Ha precipitado durante largo tiempo en una incesante metamórfosis y bajo un cataclismo la incorrecta obra, dejando sólo sobre el nuevo teatro de vida algunos ejemplares de los reinos vegetal y animal anteriores, como para enlazar un mundo al otro, mostrando así su religioso respeto hácia la regla de transicion.

El globo actual, comparado con el antiguo, hace ver un inmenso progreso en el ordenamiento y en la escultura de la vida, á juzgar por la coleccion completa de mónstruos que en otro tiempo formaban el cortejo y compañía del hombre sobre el planeta. Los huesos del osario primitivo se han estremecido en el polvo, y reunidos, entrelazados como en el día de su existencia, han hablado para proclamar su inferioridad á las razas errantes que hoy alumbrá el sol.

Empero cuando nos fundamos en su declaracion, cuando como una prueba del hecho la presentamos, y como prueba sin réplica la dirigimos á todas las fábulas mitológicas que por el mundo circulan, descansando sobre un solo golpe, sobre el origen de éste todas las gracias, todas las armonías del Eden y la edad de

oro, vos me respondeis sencillamente: «Hechos dudosos», y pasais á adelante.

¿Sería la ciencia una quimera como la teoría del progreso? Cuvier sería un visionario; y los séres apagados que resucitaron con el soplo de aquel genio, ¿serán espectros inventados por su imaginacion? ¡Pues qué! cuando la tierra vomita por sí misma los esqueletos de sus primeros monstruos, de aquellos primogénitos de la creacion, ¿pasais por encima de todos esos restos, les haceis volver al abismo con el peso de vuestra autoridad y como falsos testigos los mandais callar?

Sea así; abandono el argumento sacado del mundo anterior, argumento que en rigor no necesito. Tomo la tierra tal cual hoy está, y aún así, en este estado veo la ley del progreso, la ley de la creacion resplandecer con toda suntuosidad. La tierra ha devorado su primer hijo. La aurora de su nuevo engendro se descubre ya en el horizonte. El génesis, el génesis actual empieza su trabajo por el reino mineral, punto de partida simple; extraccion del sér difuso, confuso, impersonal destituido de funciones sometido tan sólo á la accion química, destituido de forma determinada ó encerrado en la cristalización de forma geométrica.

Desde el reino mineral pasa el génesis al reino vegetal, porque el suelo precedió á la planta en virtud del axioma que pone la causa ántes del efecto, y en este momento entra el sér en el mundo, quiero decir,

el sér individual, el sér circunscrito, configurado, organizado, complejo, aunque funcionando en un mismo sitio; pero por restringida que esté su accion y por mucho que se parezca la de un individuo á otro, aquel se le enseña ya silenciosamente su modo particular de existir, es decir, el primer signo de la vida.

Del reino vegetal, el principio generador ó trasformador mejor dicho, pasa al reino animal; la planta ha precedido al cuadrúpedo, del mismo modo que la mesa precede al convidado; entónces se presenta ya la vida organizada en toda su magnífica amplitud, personalidad, forma diversa, multiplicadas funciones, calor, electricidad, audicion, color, voz, mirada, hasta el pensamiento, sombra de pensamiento, atencion y educabilidad, que el animal tomaba en la jornada suprema de su desarrollo; posee todo eso, presenta todo eso, como el precursor de una cosa que aún no ha llegado, pero que va á venir inmediatamente: la humanidad.

Para resumir, pues, tenemos progreso del vegetal sobre el mineral; progreso del animal sobre el vegetal; progreso del hombre sobre el animal, esa es, y únicamente esa, para el espíritu como para la vista, la respuesta escrita en rasgos visibles por la naturaleza sobre la faz del planeta. La ciencia ha atestiguado esta respuesta, calcando sobre ella su clasificacion.

Buffon sospechó el primero este dogma de la histo-

ria natural. Geoffroy-Saint-Hilaire lo demostró hasta la más completa evidencia. Humboldt aceptó la teoría de Geoffroy-Saint-Hilaire como una verdad conquistada para la fisiología, y en apoyo de esta teoría cita las frases de un gran hombre, á la vez poeta y naturalista: «La naturaleza, dice Goëthe, en el desarrollo orgánico de los seres, marcha sin detencion ni descanso, y maldice todo lo que retrasa ó suspende su movimiento.»

El poeta ha dicho bien esta vez: la naturaleza es como el sembrador que, marchando, arroja á un lado y á otro la semilla de la vida, da el primer paso y hé ahí la tierra sin más actividad, sin más vida interior que la de una química sorda.

El segundo paso está dado y la planta brota; la sávia se trasmite de fibra en fibra, y forma la flor y los colores.

Un paso más y se presenta el animal, para el que arde la sávia al contacto del oxígeno, derramando en sus arterias la vida.

Un paso más todavía y aparece el hombre y la inteligencia sobre la tierra para continuar el progreso bajo la forma de civilización.

En presencia de tan admirable progresion, de esa admirable jerarquía de los seres que siempre caminan en busca del tipo más perfecto, quereis poder afirmar que la naturaleza ha desmentido nuestras teorías des-

de lo alto de su majestuosa sinceridad. ¡Qué! ¿tendrá la naturaleza dos fases para que partidarios ó adversarios de la perfectibilidad juren á un mismo tiempo sobre su evangelio, y provistos de iguales títulos cuenten con su aprobacion?

Ha de suceder, sin embargo, una de estas dos cosas: ó todos los seres del planeta son iguales entre sí y tienen las mismas dotes, ó designalmente están provistos de medios de existencia.

Cerremos el debate si los seres son iguales. Evidentemente entónces no hay progreso. Me engañé, lo reconozco, y no me queda más que guardar silencio. Pero nadie, al ménos que yo sepa, ha llevado la intrepidez de la paradoja hasta defender que vegetar y vivir sea una misma cosa, y que el cardo sobre su pedazo de tierra despliega la misma vida que al través del espacio vemos desplegar al águila.

Si, por el contrario, los seres son desiguales, se ve mi verdad proclamada por el exceso de su evidencia: la naturaleza para crearles debió preceder indispensablemente á la casualidad, lo cual no puede servir de texto á un debate sostenido entre nosotros, ó debió, por el contrario, seguir el orden del tiempo, ó, si quereis mejor, el orden de sucesion.

¿Ha seguido este orden? Sí, puesto que el raciocinio de la lógica es contemporáneo de todas las épocas, ese testigo ocular de todas las cosas que nos enseña, tan

claramente como si hubiéramos asistido al drama del Génesis, que la naturaleza hizo el suelo antes de hacer la yerba, la yerba antes que el animal herbívoro, éste antes que el carnívoro, antes que el hombre, por ejemplo, considerando á éste un solo instante, por un solo minuto, bajo el punto de vista de su animalidad.

Está bien, me diréis. La naturaleza ha progresado en tanto que creó; mas terminada su obra ha cerrado el libro de la vida, y como los eclépticos negais el progreso de la naturaleza, desechando los sistemas planteados por Cuvier y Geoffroy-Saint-Hilaire, y sin atender á razones, apartais con la mano este primer episodio de la vida, episodio dramático de generacion y de progreso.

SEGUNDA PARTE.

II.

El inminente poder de la creacion en nuestro universo ha arrancado sucesivamente al sér de la inercia de la vegetación, de la vegetación al movimiento, del movimiento á la sensacion, de la sensacion al instinto, último escalon de la escala puramente animal. ¿Romperá ahora de repente con el planeta, detendrá su marcha, abdicará su obra, desaparecerá de su creacion para caer en el reposo?

Nada de eso pasa sobre el hombre y se refugia por entero en el hombre; le arrastra en su seguimiento, con toda la cantidad de vida acumulada en ella, en una nueva carrera del progreso. Solamente, como el hombre es un sér que piensa y siente, continúa la evolucion en el orden de esta doble naturaleza, es decir, del sentimiento y del pensamiento.

claramente como si hubiéramos asistido al drama del Génesis, que la naturaleza hizo el suelo antes de hacer la yerba, la yerba antes que el animal herbívoro, éste antes que el carnívoro, antes que el hombre, por ejemplo, considerando á éste un solo instante, por un solo minuto, bajo el punto de vista de su animalidad.

Está bien, me diréis. La naturaleza ha progresado en tanto que creó; mas terminada su obra ha cerrado el libro de la vida, y como los eclépticos negais el progreso de la naturaleza, desechando los sistemas planteados por Cuvier y Geoffroy-Saint-Hilaire, y sin atender á razones, apartais con la mano este primer episodio de la vida, episodio dramático de generacion y de progreso.

SEGUNDA PARTE.

II.

El inminente poder de la creacion en nuestro universo ha arrancado sucesivamente al sér de la inercia de la vegetación, de la vegetación al movimiento, del movimiento á la sensacion, de la sensacion al instinto, último escalon de la escala puramente animal. ¿Romperá ahora de repente con el planeta, detendrá su marcha, abdicará su obra, desaparecerá de su creacion para caer en el reposo?

Nada de eso pasa sobre el hombre y se refugia por entero en el hombre; le arrastra en su seguimiento, con toda la cantidad de vida acumulada en ella, en una nueva carrera del progreso. Solamente, como el hombre es un sér que piensa y siente, continúa la evolucion en el orden de esta doble naturaleza, es decir, del sentimiento y del pensamiento.

Hasta entónces habia creado y marchado materialmente á grandes pasos de una especie á otra, porque el animal es tan parecido uno á otro que el género sólo constituye, propiamente dicho, al individuo. Una abeja es toda la colmena molécula viviente: cada abeja reproduce igualmente el organismo, copiando el trabajo de su vecina.

Pero una vez encarnada, fusionada en la humanidad el alma motriz del planeta, deja detras todas las razas anteriores, como creaciones agotadas, y vuelve á tomar la série de estos progresos, creando, no sólo cuerpos, sino ideas; no sólo razas, sino civilizaciones.

Una misma ley del progreso, diversa en sus resultados, pero única en sus principios, abraza así la tierra y la humanidad á la vez. En la cadena de oro de sus creaciones ha querido unir por una série de eslabones la historia natural á la historia.

Y en la historia natural como en la otra historia revela su evolucion el mismo carácter; el aumento de vida demostrándose en el animal, sér puramente fisiológico, sensible ó instintivo; el aumento de vida por mayor número de órganos, de sensaciones ó de instintos; en el hombre, sér sensible, también moral y más inteligente, por mayor número de fuerzas, por más grandes simpatías, por mayor suma de conocimientos.

Definido de este modo el aumento ó acrecentamiento

de vida es la fórmula del progreso que ha estado, por otra parte, bastante justificada.

Si vuestro contradictor hubiera tenido el derecho de contar, aunque no hubiese sido más que un minuto, con la atencion de la multitud, esta verdad hubiera tal vez brillado en este mundo como la humilde flor al sol. Pero os pido compasion para ella. Respetad este tesoro del pobre, vos que contaís á millares las flores á vuestro alrededor para incensar vuestra existencia.

En fin, lo dicho dicho. El progreso, repito, es el acrecentamiento de vida. Yo respiro, pues vivo más que el sér que vegeta; ando, pues vivo más que el sér que se arrastra; pienso, pues vivo más que el sér que recibe la sensacion en el fondo de su cerebro sin poderla resolver en idea.

*Si la fórmula es verdadera, á ménos de negar la evidencia, no se podría negar ni una sílaba de ella; la historia natural da plenamente razon á la teoría del progreso.

Pasemos al contrapartido y veamos si realmente en el hecho confirma la historia la palabra de la naturaleza.

La segunda creacion está acabada; la tierra reposa del trabajo de haber creado y adornado de verdura, proveyendo con su inmenso mobiliario animado ó inanimado desde el mármol hasta el mineral, desde el

insecto hasta el toro, despues de haber separado las aguas y arreglado todo en orden.

El viento sopla, el rio se desliza suavemente, la planta florece y el animal, tipo único en realidad, pero radiante, progresando al infinito de transformacion en transformacion, se desliza, nada, corre, salta, vuela sobre la yerba, bajo el agua, en la pradera, en el bosque, en la nube.

Y ved aquí que, en medio de esta variedad de seres errantes, surge un animal perpendicular marcado con un signo aparte, arrojado allí probablemente como una prueba, y, al juzgar por su primer aspecto, en estado de desgracia.

La naturaleza habia hecho todo por sí misma para los otros animales: pensaba por ellos y los proveia para siempre de una armadura ofensiva y defensiva, necesaria para su existencia, designando tal ropaje para cierta latitud, tal elemento para tal organizacion.

El leon, con un salto, extiende sobre la arena su festin.

El halcon, con rápido vuelo, arrebatara una presa en el espacio.

El caballo padece tranquilamente la yerba que brota por todas partes.

El animal vive siempre, perpétua é irrevocablemente de la misma manera, de una generacion á otra, en un equilibrio perfecto de medios y de destinos.

Pero al introducir al hombre sobre la tierra, la naturaleza parece haberle tratado con una especie de preferencia severa. Le ha formado el cuerpo derecho, sin duda para que lleve la cabeza alta y pueda con su mirada dominar al mundo. Pero la gloria de su actitud no es definitiva, segun la ley de la gravedad, mas que una ocasion de caer más pesadamente.

La majestad de su estatura le expone continuamente á la vista de su enemigo.

¿Cómo hará para huir, no digo del tigre, ni la pantera, sino sencillamente del lobo ó de la hiena? Y en caso de ataque, ¿cómo podrá luchar? No tiene ni uñas, ni garras para sostener el combate, y siempre presenta la parte más vulnerable del cuerpo, el costado ó la garganta, al choque del agresor. Cada golpe contra él le da la muerte con la herida.

Hasta le ha rehusado el destino la fuerza del débil, es decir, la velocidad. Por el tamaño de sus piernas y por su dificultad de equilibrio, no puede correr libremente mas que sobre un terreno llano, y no puede alcanzar á ningun animal á la carrera, ni evitar que éste le alcance.

Y como si no fuesen bastantes tantas desgracias acumuladas sobre una sola cabeza, la naturaleza, tan pródiga en vestidos para los primeros seres nacidos del planeta, ha olvidado cubrir al hombre el día de su nacimiento. Le tiene menos amor que al tigre, menos

orgullo que al alcion, pues le lanza desnudo sobre una tierra acre, expuesto al viento, á la lluvia, á la nieve y á la canícula, abrasándole ésta la epidérmis, helándole aquella hasta el aliento. A cada variación de temperatura, el sufrimiento le envuelve en toda su circunferencia como una segunda atmósfera.

Este es el hombre en su origen.

De pié, inmóvil, poste vivo, levantado sobre la creación, desarmado, despojado, el más inferior en fuerzas, débil entre todos sus precursores de vida, y sin duda temeroso de su propia debilidad, debió en el primer momento arrojar á su alrededor una mirada de angustia.

¿Qué podía ser, en efecto, para sí mismo este sér incompleto, insuficiente, inexplicable, con su dorso, su doble balancín flotando á ambos lados de su cuerpo y terminados por un palmo en cada extremidad?

¿Para qué podían servirle aquella mano, aquel brazo? ¿Para andar? no. ¿Para coger la víctima? Méenos aún. En todas partes cada miembro tiene su función; en el hombre, por el contrario; este miembro es inútil; tiene una función desconocida. En verdad, la naturaleza, al crear al hombre, ha hecho una paradoja. ¿Puede vivir? ¿Va á desaparecer? A no ver más que su cuerpo, la cuestión no es dudosa: debe morir.

Sin embargo, esperad. Ha puesto allí su dedo y con un gesto ha revelado su destino. Ha reflexionado

y el misterio se ha aclarado; el hombre está consagrado como rey de la creación. La Providencia había pensado exteriormente en el animal por el animal, y su pensamiento ha quedado en el estado de obra muerta en su organismo.

Ahora va á pensar en el interior del hombre y darle día por día el nuevo órgano necesario á la revocación incesante de su destino. La Providencia le entrega su obra para que la continúe, y crea, á medias con él, otro mundo á la vez divino y humano: el mundo de la civilización.

Y para esta magnífica colaboración le da dos cosas: su propia inteligencia y en seguida la mano, órgano reservado, órgano intelectual, premeditado, combinado con una delicadeza infinita y una maravillosa agilidad de movimiento y de tacto para el servicio del trabajo.

¿Que es el trabajo? Es el movimiento dirigido por el pensamiento, y superior al movimiento por la parte del pensamiento. El animal va y pasa, esto es todo, y el viento borra sus huellas sobre el polvo. Él no puede arrancar á su instinto un solo movimiento de más, ni fijarle sobre la tierra para la mejora de su especie.

El hombre va también, pasa también, pero no pasa por completo como el animal; deja tras sí una suma de movimiento incorporada en su obra que sobrevive

despues de su desaparicion. Tiene el poder del trabajo por cuenta de su posteridad.

¿Quién ha llamado castigo al trabajo, cuando el trabajo es el movimiento y el pensamiento? ¿En dónde está, pues, el castigo?

¿En el movimiento? ¡Cómo! porque el molusco yazea en el suelo y el halcon vuela, ¿podría la ostra reivindicar su título de superioridad sobre el pájaro?

¿En el pensamiento? ¡Ah! bendigamos el instrumento de nuestro suplicio, pues nuestro castigo constituye precisamente nuestra grandeza.

El hombre piensa, y por consiguiente reina sobre la tierra como Dios en la inmensidad.

Aunque sobrevenga la tempestad, el viento sople, la lluvia azote, la nieve caiga, el mar ruja, la tierra se erice de abrojos y de espinas, las fieras del desierto bramen, el hombre desafía todos los insultos y todas las injurias de los elementos y de los animales sublevados contra él.

Sacude en el aire su cabeza olímpica, frunce el ceño y de su mirada brota una chispa: ha pensado, y el signo ha seguido á la palabra, y la tempestad ha reconocido á su amo y señor, y el viento ha huido, y la ola se ha aplacado, y el abrojo ha cedido su puesto á la cosecha, y el leon, destronado del imperio de la fuerza, se bate en retirada.

Dejad correr el tiempo, los siglos, y siglos tambien,

y vedle aquí con los ojos de la profecía, rey de la creacion, elevado sobre el prodigioso amontonamiento de todas sus obras, y sentado sobre un trono más alto que el Himalaya, llevar el globo en su mano y dominar la inmensidad.

Lo que debe hacer lo ha hecho ya, puesto que lo hará segura y necesariamente, y lo mismo que el príncipe que, apenas nacido, lleva sobre sí el signo de la majestad desde su nacimiento, con mayor razon proclamo yo al hombre como rey de la tierra desde su origen, y le saludo con el signo sagrado de la majestad.

III.

Y sin embargo nos acusais de empezar por envilecer al hombre para tener luego el derecho de engrandecerle. Nosotros podríamos, á nuestra vez, volver la oracion por pasiva y reprocharos el empezar por glorificarle en la infancia de la creacion para precipitarle en seguida en el dogma de la decadencia. Nosotros hacemos, decís, de la raza humana, en su origen, un puñado de tierra calentado al sol. Estamos demasiado orgullosos del signo que llevamos escrito sobre nuestras frentes para haber tenido nunca semejante pensamiento.

Pero aunque hubiéramos inferido al hombre semejante injuria, no hubiéramos hecho, en verdad, mas que seguir vuestro ejemplo, pues habeis sido el primero en escribir en ese lenguaje cuyo secreto solo poseeis:

«El sueño pasa y el hombre queda; su nombre es Adán, tierra, es decir, fragilidad.»

Todos estos reproches en el fondo, de una y otra parte, no significan más que la diferencia de vuestras doctrinas.

Desde el momento en que colocamos el Eden en dos polos distintos, vos en el pasado, nosotros en el porvenir, debemos, por el irresistible sistema de la lógica, exaltar vos al hombre en el pasado, nosotros en el porvenir.

¿Por qué procurar convencernos recíprocamente de error? Podemos oponer indefinidamente nuestras tesis unas á otras sin avanzar la solución del problema, pues si queremos resolverle es preciso que conozcamos los motivos. ¿Cuáles son los vuestros para poner la última palabra del hombre en el principio del Génesis?

«Sueño por sueño, decís, preferimos mejor soñar con los *Brahmanes*, esos *precursores* de la filosofía cristiana.....»

¡Ah! Aquí, mi querido maestro, corto vuestra frase en dos para señalaros la irresistible dominación de la verdad sobre nuestro espíritu, por más que queráis

negarla. Llamais á los *Brahmanes* los *precursores* del Evangelio.

¿Constituye, pues, el Evangelio un progreso sobre el brahmanismo?

«Sueño por sueño, repetís, preferimos soñar con los brahmanes, esos filósofos teólogos de la India presuntiva, esos *precursores* de la filosofía cristiana; preferimos soñar que el Creador, tan sabio, tan poderoso y tan bueno entonces como hoy día, ha creado desde el primer momento todo ser y toda raza de seres en el grado de perfección que comparta la naturaleza de esos seres ó de esa raza de seres en la economía divina de su plan perfecto. Preferimos soñar y creer que el hombre estuvo mejor dotado y fué más completo en su infancia que en su vejez.»

Descomponiendo este razonamiento, ¿qué encontramos en su análisis?

Que Dios debió ser tan bueno y tan poderoso el día de la creación como al presente. Nosotros admitimos de buen grado que Dios, para ser consecuente consigo mismo, debe ser necesariamente tan bueno y tan poderoso la víspera como al día siguiente. Sin embargo, vos añadís:

«Que el hombre fué mejor dotado y más completo en su juventud que en su vejez.»

Ved, pues, por ese *más* al Dios del universo caer en inconsecuencia.

Segun vos, tiene dos pesos y dos medidas, puesto que concede ménos al hombre en la vejez que en la juventud.

Puesto que quereis de todos modos comparar la vida del hombre á la vida de la humanidad, comparacion forzada á nuestra opinion, pues el hombre muere y la humanidad no muere, debeis al ménos dar su verdadero nombre al dia de su nacimiento. El nombre de este dia no es juventud, es infancia. Pero la infancia no hacia antítesis con la caducidad, y saltando por encima del calendario la habeis cambiado en juventud.

¿A qué llamais caducidad ó vejez? Si la caducidad es precisamente la tésis en litigio, si nosotros la negamos cuando vos la afirmáis, no teneis el derecho en buena lógica de oponérselo como argumento, puesto que vos respondeis á la cuestion por la cuestion misma.

En seguida pretendeis que el hombre, acabado de salir de la mano de Dios é impregnado aún de los rayos de su aurora, debía vivir, por esta misma razon, en toda la plenitud de hermosura, virtud y dicha.

Pero ¿qué concepto teneis de lo infinito si creéis que Dios pueda poner su mano más cerca del hombre un dia que otro, y tenerle más caliente un dia que otro al contacto de su celeste esencia?

Ahora mismo acabais de reprocharnos que nosotros

hacemos un Dios progresivo y vos lo haceis retrógrado. Ni uno ni otro puede ser. Separemos toda idea de cantidad y de contingencia.

Dios es el sér universal, absoluto, omnipresente, immanente en la Creacion, igualmente universal á toda hora, igualmente absoluto, igualmente omnipresente hoy que ayer, igualmente immanente en la humanidad mañana que hoy, para inspirar y calentar á cada minuto la evolucion de su perpétua palingenesia. Él no ha creado al hombre una sola vez; le crea tantas veces cuantas nuevas generaciones ven la luz del sol. Y cuando un niño nace, sea en la época en que sea, trae un alma tan nueva como la de nuestro primer padre.

Si el hombre, como vos creéis, posee verdaderamente desde su entrada en la vida toda la perfeccion comparativa de su naturaleza, toda la plenitud de su destino; si llegado al término ántes de la partida, si encontrando el fin al principio no tiene nada más que desear, nada más que gozar y saborear compendiosamente la misma copa sin una gota más ó ménos de ambrosia, ¿qué razon tendria para vivir y pasar del dia de hoy al de mañana, puesto que el mañana no debía traerle absolutamente nada de nuevo ni en hechos ni en conocimientos?

El poderoso Demiosergos daba indefinidamente el tiempo al hombre, y de este tiempo acumulado en vano

sobre su cabeza, el hombre no podía sacar otro partido que volver á empezar el mismo papel de felicidad con el mismo gesto y en la misma actitud. Inteligente, pero sin aplicacion posible de su inteligencia; activo, pero sin ocupacion posible de su actividad; libre pero sin ocupacion posible para ejercer su libertad; anda invariable y metódicamente de una hora á otra, como la aguja sobre el cuadrante. Repitiendo al dia siguiente lo que ha hecho el dia anterior con implacable exactitud, á la segunda vez que el sol se ponga en el horizonte él habrá vivido toda su existencia.

¿No repugna á la lógica que un Dios perfecto haya creado un sér imperfecto? Somos de vuestra opinion.

Dios sin duda, al crear al hombre, le ha dotado de toda la suma de perfeccion adherente á la humanidad.

¿Consiste la perfeccion, como pareceis creerlo, en una plenitud de dicha inconciliable con el órden finito? ¿Dios nos libre! Consiste únicamente para el sér limitado en la concordancia perfecta del fin y del medio. ¿Tendremos nosotros un fin que alcanzar y una organizacion en armonía con este fin? Entonces Dios ha satisfecho la ley de su bondad marcando con un sello su obra. Segun esto ha creado al hombre perfecto desde Adán, puesto que Adán llevaba en gérmen toda la humanidad al estado virtual.

Para encontrar la palabra suprema de la humanidad

no es preciso mirar á la leyenda en el primer momento de su existencia, pues ese momento no nos podria dar idea del tiempo ni de la fraccion de la unidad. Es preciso, como Dios, abrazar con su mirada la humanidad entera, desde el alfa hasta la omega, en todo su magnífico esplendor de desenvolvimiento.

La humanidad ha empezado, es verdad; todo principio es pequeño, pues si no no sería principio. ¿Esta pequeñez es una indignidad para la especie, como vos afirmáis?

Lo sería seguramente si durase; pero como el progreso la rescata de dia en dia, y la lleva á su apoteosis, se convierte en honra y gloria del hombre, en vez de ser su humillacion.

Cuanto más baja es la partida, más alta es la cima; y cuanto mayor tambien la inmensidad de la ascension, proclama más claramente la inmensidad del destino.

¿Tiene ménos mérito el imperio romano por haber vencido el universo, habiendo salido de la cabaña de un pastor, que el cristianismo por haberle convertido al Evangelio á pesar de haber nacido en un establo?

Si os cito la leyenda del Eden, es únicamente para descargo de mi conciencia; pues aunque os conceda ese hecho mitológico, no tendréis por eso más argumentos que oponer á la teoria del progreso.

Si os empeñáis absolutamente en defender aquel

primer momento de beatitud, os abandono la partida para abreviar entre nosotros el capítulo de los incidentes.

Pues bien el hombre ha empezado por vivir: como nosotros soñamos, mejor aún de lo que podríamos imaginarnos, rodeado de una naturaleza tierna, amorosa, sonriente, ocupada únicamente en mecérle de una manera dulce de la mañana á la noche, y de la noche á la mañana, de voluptuosas caricias, de éxtasis y de ensueños.

Al pasar, la tierra le abría ella misma el camino; si pisaba el áspid, el áspid le besaba el talon; si tenía hambre, la rama sacudía el fruto que caía á la tierra; si tenía sed, la náyade inclinábale hácia la urna de cristal; si reposaba, la flor perfumaba su sueño; si ponía la mano sobre su corazón, todo un mundo de bellezas flotaba en su imaginacion; si pensaba, la ciencia dejaba caer su velo ante su mirada; si hablaba, el himno flotaba en sus labios; si caía, la gravitacion suspendía para él el rigor de su ley de ponderacion; si dormía, una brisa desconocida, envolviéndole en tan dulce atmósfera como en una tienda invisible, apartaba cuidadosamente de aquella cabeza preciosa llena de un gozo divino el trueno y la lluvia, la nieve y el viento.

En una palabra: Dios encaminaba al hombre de felicidad en felicidad, á través de un perpétuo milagro,

para ahorrar al favorito de la tierra hasta la apariencia del dolor y la insolencia de un pliegue de rosa sobre su epidérmis.

Yo acepto y creo todo esto: yo tambien he visto en sueños esta puerta cerrada en donde el ángel está de centinela con una espada de fuego en la mano. Está bien, estamos acordes, repito. El hombre del Eden sabe todo de repente sin haber aprendido nada; lo conoce todo sin haber visto nada; posee la plenitud de la sabiduría, y el primer uso que hace de ella es perderla al momento; posee la plenitud de la virtud, y el primer empleo que hace de ella es cometer un crimen tan grande que Dios, para igualar el castigo á la culpa, no solamente castiga al culpable, castigado ya en la eternidad de su vida futura, sino á los hijos de sus hijos hasta la última generacion.

Y despues de todo, partimos los dos del mismo punto de partida, es decir, de que el hombre salvaje, el hombre indigente, el hombre ignorante, hambriento, débil, está entregado sin defensa á la enemistad de la naturaleza.

Sin embargo, hay una pequeña diferencia entre nosotros: vos llegais la sitio señalado por el rodeo de la doctrina de la falta, y yo llego allí directamente por la doctrina del progreso; vos interponeis entre la creacion primitiva y la humanidad actual la tentativa desgraciada de perfeccion, sin razon de ser relativa-

mente al presente, puesto que el presente es una afirmacion elocuente, y yo procedo como la misma naturaleza, por vía de continuidad, empezando por colocar un germen, y sacando de este germen toda la vida envuelta en él, evolucion por evolucion; vos, por el contrario, marchais en sentido inverso del tiempo, hácia el fantasma de un mundo desvanecido, miéntras que yo vuelvo la cara del lado del porvenir que marcha en la direcccion de la vida, y que, si la vida tiene una lógica, tengo la esperanza de alcanzarla por el fin misterioso marcado por la Providencia.

Nosotros no tenemos accion alguna sobre lo que ha sido, pero podemos tenerla sobre lo que será. Pongamos, pues, vuestro ideal de ese lado si queremos escapar á la ilusion, pues de todas las quimeras la más quimérica es, sin duda; la de volver á empezar la experiencia de Orfeo y de dar media vuelta á la muerte, para ensayar, como él, retener el humo.

Vos y yo estamos acordes en un punto: el del hombre salvaje, ó por mejor decir, del hombre reducido al minimum de su existencia. ¿Qué importa, pues, que sea salvaje un poco más tarde ó un poco más pronto, que nazca ó que caiga en el salvajismo? El hecho es que es salvaje, sea en el primero ó en el segundo origen: Partamos de ese hecho uno y otro para argumentar en pro ó en contra del progreso.

IV.

La naturaleza, hemos dicho, toma la existencia del animal para sí, le guía, le escolta, paso á paso le envuelve á cada momento con su previsoras asistencia, y el animal, conducido siempre así, hundido en la indiferencia del instinto, vive como la naturaleza le manda vivir y va como la naturaleza le manda ir.

La sensacion aprieta el resorte, la llave se escapa y la accion sigue á la impulsión.

Pero la naturaleza abdica en la mano del hombre su derecho de historia, le abandona á sí mismo, le confia á su libertad, le encarga proveer á su propio destino y conquistarse por medio del trabajo el sustento y el abrigo, y poco á poco el bienestar y el placer.

Solamente ha puesto al mal á su lado, como esfinge misteriosa, para decirle: «Adivina el enigma y yo te prometo el imperio»; y al mismo tiempo, y por una admirable simetría, coloca en él la inteligencia para adivinar la esfinge y matarla.

El primer mal del hombre, si se le puede llamar mal, era la necesidad de comer, sobre todo en su origen, con la debilidad nativa de su epidérmis. Pasaba entónces su vida en perseguir su presa ó más bien en esperarla

al acecho. La dificultad de alcanzarla á través de los bosques y los pantanos le hizo reflexionar.

Reflexionó y dedujo:

« Aunque tú eres un animal carnívoro y debes alimentarte de carne, como no tienes ni el pico del águila, ni las garras del león, ni el cuerpo resguardado como los otros animales, es preciso inventar alguna cosa que supla al olvido de la naturaleza. »

Y el hombre frotó el pedernal contra el pedernal, y le afiló en forma de hacha. Esta es la edad de piedra.

Este fué el primer progreso del salvaje, pero un progreso lleva á otro; el pedernal condujo su pensamiento al cobre, brotando á flor de tierra, pero el cobre implicaba una nueva invención: el descubrimiento del hierro.

El hierro, ¿lo oís? desde el momento en que el hombre tuvo en su mano el hierro, ese poderoso metal, no fué ya un animal, sino un hombre, aunque salvaje en verdad.

Pero que le den tiempo y él cambiará la edad de bronce en la edad de hierro, la edad de hierro en la edad de oro ó plata.

Hasta entónces se vió obligado á pensar para tener el derecho de vivir; despues ya unió una idea á otra, una cuerda á una rama encorvada. Tiende el arco, ajusta la flecha sobre el arco y tira á distancia. Vive entónces de la vida del cazador, primera etapa de la

civilización, se acuesta sobre la yerba y duerme al aire libre.

En esta civilización al aire libre ó en el fondo de una caverna no hay ningún lazo que una al hombre con el hombre, ni al hombre con la tierra. Cada uno caza por su cuenta, ó á lo sumo se une á otros un instante para batir el bosque y acorrallar las reses; la asociación cae por sí misma con la causa que la ha reunido, y desaparece; con la caza muerta no hay trazas de familia, propiamente hablando; el amor es un encuentro; el hombre por su lado vuelve á seguir la pista de las bestias, y la mujer deposita donde puede su fardo.

Nemrod el cazador, con el carcax y la piel de cabra sobre sus espaldas, vive solo, errante, aislado, precisado á devorar su presa, sin poder reservar la más pequeña parte para el día en que su flecha no encontrase nada en el espacio. Hoy la abundancia: mañana el hambre.

El grito de ésta le hace reflexionar, y la reflexión le muestra sobre su camino ciertas razas sociales, lentas, indolentes y fáciles por consiguiente á reducir al estado de domesticidad.

A partir de este momento, Nemrod toma el cetro, es decir, el palo, y conduce de prado en prado, y siempre á su vista, el rebaño de ovejas, presa en reserva para el día de la necesidad. Entra entónces en el

período pastoral, segunda etapa de la civilización.

El pastor ha empezado por retener la oveja bajo la guarda de su cayado; la oveja en cambio retiene al hombre en su aproximación. El pastor acampa donde el rebaño pace y vivaquea, en el parque, á la puesta del sol.

Desde entonces tiene un centro de reunión, centro movable, sin duda, centro nómada; pero no importa: siempre es un punto de reunión. De esta reunión nace, al mismo tiempo que la sociedad, su razón determinante: la propiedad.

El hombre conserva su mujer y la mujer su hijo; la familia queda agrupada alrededor del primer padre, que data del patriarca; luego se multiplica, y al multiplicarse constituye la tribu.

La tribu guarda en común el ganado, y por este motivo lo posee en común. Así, pues, como la carne sobre la brasa es del tiempo de Homero, un hecho admitido en el alimento, la mesa común es de rigor. No se puede comer un carnero, y mucho menos una vaca en familia y de un día para otro.

La tribu sola, reunida alrededor de la misma mesa; puede consumirla toda entera en el tiempo prescrito sin pérdida ni derroche. De ahí proviene la institución de la comida pública en la antigüedad y por todas partes de la antigüedad. La *andris* en Esparta, el *convivium* en Roma, la *phitidie* en Creta y la *Pascua* en

Jerusalén. La institución ha sobrevivido sin duda á la tribu; pero tiene siempre por causa primera la necesidad de devorar rápidamente una comida que seguramente se echaría á perder.

La vida común halla en esta época de pobreza tanta mayor facilidad de aplicación, cuanto que el pastor hace por todas partes la moneda del pastor, y la historia señala tan sólo una sola diferencia: la igualdad de la fuerza física. Esta desigualdad no es gran cosa, pues lo que diferencia á los hombres no es el mayor ó menor vigor, es la inteligencia.

Pero la inteligencia no existe verdaderamente más que en plena civilización. El pastor es, pues, semejante al pastor en la tribu, que el carnero al carnero en el rebaño.

Lo que el uno piensa, el otro lo piensa; lo que uno quiere, el otro lo quiere; lo que hace, el otro lo hace; lo que siente el otro, lo siente también; el mismo trabajo, el mismo carácter, la misma uniformidad de existencia partiendo de la comunidad, pues la comunidad es la asociación de cantidades iguales, superpuestas y unidas como las moléculas en las rocas. Así es que el comunismo tiene exactamente el mismo sitio en la historia del hombre que el mineral en la historia del mundo, figurando en el grado inferior de la escala, es decir, en el punto de partida.

Sin embargo, á pesar de las ventajas que tiene el

rebaño como modo de subsistencia, tiene aún al hombre sujeto al régimen forzado de la ración. La producción de la carne exige tiempo, y por esta razón su consumo es más ligero que la reproducción. El hombre ayuna aún á menudo. Pero como la necesidad es el agente provocador del progreso, el hombre entra en sí mismo bajo el golpe del sufrimiento, y la meditación le enseña una planta social cuya espiga, incorruptible al aire seco y reproductible hasta lo infinito, puede alimentarle todo el año en cambio de una estación de trabajo.

Esaú vende su derecho de primogenitura. El patriarca pasa de la vida pastoral á la vida agrícola, y penetra en la cuarta época de la civilización.

El hombre siembra, labra y concluye, en fin, con la tierra un pacto de alianza perpétua. Hasta entonces habia flotado en el espacio en el estado de vagabundo; pero desde el momento en que traza el primer surco se une á un país, escoge una residencia, construye su vivienda en el límite del campo, y el límite del campo le fija á su vez en el círculo del mismo horizonte.

Trasportado de un género de vida á otro, la tribu le lleva á su lado su sistema de organización.

Posee el terreno por indiviso y le cultiva en comun.

Pero la cosecha, ostentándose al sol, tentaba la mirada de la tribu refractaria al progreso, que prefería

mejor merodear que trabajar. Un día, una banda robó á mano armada á Job su cosecha. La desgracia despierta el espíritu; Job en definitiva era ménos fatalista de lo que afirma la Biblia. Comprendió que el pillaje de su campo le daba un problema que resolver. Se fué solo á meditar sobre la montaña y redactó de memoria, artículo por artículo, un tratado de seguridad mútua del trabajo contra el pillaje.

Como consecuencia de este tratado el hombre trabajador se une á su compañero de existencia para defenderse mutuamente contra toda tentativa de invasión. La casa nace por doquier al lado de la casa, sobre el promontorio de la colina para mayor seguridad, y para mayor seguridad aún con un muro que la rodea. Así nació la ciudad, cuyo nombre en griego es *polis*, es decir, colina.

El hombre vivió puerta con puerta, y pudo cambiar fácilmente sin gastos de transporte su producto por el producto de su vecino. Por consiguiente, cada uno se dedicó al oficio que mejor sabía, y la industria brotó, como de una varita mágica, de la división del trabajo.

De este modo pasó la humanidad por la necesidad de la seguridad de la vida agrícola, propiamente dicha, á la vida civil, franqueando el límite de la quinta civilización.

La ciudad, sin embargo, cultivaba aún el suelo en comun, y le cultivaba con descuido, pues el hombre es

inclinado naturalmente á echar sobre otro su parte de fatiga. El hombre visitaba con frecuencia la poblacion detras de sus murallas. Para impedirle morir de hambre, la religion hizo del ayuno una institucion.

Pero poco á poco un sábio más habituado á reflexionar que la multitud, aquí Moisés, en otra parte Solon, comprendiendo que el hombre trabaja tanto mejor cuando tiene algun interés más directo para trabajar, repartió el terreno por porciones iguales y poner un límite al campo dividido.

Sustituyó así el régimen agrario al régimen comunista, y reconociendo lo tuyo y lo mio, reconoció al mismo tiempo lo tuyo y lo mio en la sociedad. Cada uno podia tomar en adelante consejo de sí mismo y dar libre curso á su inteligencia. Nacido de la propiedad, el pensamiento individual creó á su turno la propiedad inventando sin cesar un nuevo instrumento de trabajo. Y cuanto más desenvolvía el pensamiento la propiedad, más la propiedad iba desenvolviendo el pensamiento, y más tambien la funcion variaba en la sociedad y el individuo diferia del individuo en ciencia y poder.

La guerra que hacian á la cosecha habia forzado á la tribu agrícola á subir de la llanura á la altura, y hasta elevarse hasta la fortaleza. La misma necesidad obligó á la ciudad naciente á entrar en asociacion con la ciudad vecina para repeler á un enemigo cada vez más

numeroso, atraído al pié de las fortificaciones de la ciudad por una mayor eventualidad de botin. Pues el mal, fuerza es decirlo, y decirlo hasta la saciedad; pues la necesidad, este otro mal tambien, mientras que no está satisfecho, es la cuchilla de fuego que arrojó al hombre del estéril reposo del Eden y le precipitó en el trabajo.

«Comerás el pan con el sudor de tu frente.» Es la ley de la humanidad. La accion del sufrimiento sobre el hombre, la reaccion del hombre sobre el sufrimiento.

La filosofía de la historia está resumida por entero en el va y viene perpétuo de ese dualismo. El mal provoca el hombre al progreso, y el progreso á su turno devora al mal.

Así, pues, lo mismo que la tribu asociada á la tribu habia fundado la ciudad, ésta, unida á la ciudad, fundó la nacion.

El hombre tuvo desde entónces una pátria, es decir, todo un nuevo orden de sentimientos nuevos. Agrandando el horizonte de su existencia más allá del muro de su pequeña villa, agrandó al mismo tiempo el horizonte de su pensamiento.

Hoy la patria es el último relevo de la civilizacion, y el progreso continúa aún. El siglo empieza ya á poner la idea de la humanidad por encima de la idea de la pátria.

Vos marchais á la cabeza del siglo bajo este con-

cepto, puesto que el partido del pasado cree injuriosos llamándoos poeta humanitario. ¡Poeta humanitario! ¡Ah! Este es vuestro primer título de honor.

En fin, para resumir, la humanidad evalúa sin cesar de una forma á otra forma, de la caza del ganado á la agricultura, y de la agricultura á la industria; pero en esta perpétua emigracion de un estado á otro no sacrifica jamás el pasado al presente, y no deja nunca caer ningun progreso detrás de sí sobre el polvo del camino.

Puede pasar de la vida cazadora á la vida pastoril; pero, léjos de romper su arco en el momento del pasaje, acumula al contrario el rebaño á la caza.

Puede pasar de la vida pastoril á la vida agrícola, pero no licencia por eso el rebaño; por el contrario, le coloca al lado del surco.

Puede pasar de la vida agrícola á la vida civil, pero subiendo la rampa de la ciudad no dice adios á la cosecha, acumulándola, por el contrario, á la agricultura con la industria.

Procede, en una palabra, como su propia vida, por agregacion, por complexion, por armonía, arrastrando en su seguimiento, á través de su eterna marcha todas las riquezas adquiridas para vivir en ellas y por ellas de una vida más múltiple y más intensa á la vez.

Os cuento la historia de la formacion de la humani-

dad desde el punto de partida del salvajismo, que es la última etapa de la civilizacion actual.

No creais que es una historia inventada complacientemente por la necesidad de la tésis de la perfectibilidad. No; pues teneis á vuestro alrededor el comentario aún palpitante de cada metamórfosis anterior á la humanidad. Podemos ver aún en funcion en el espacio todos los estados que el hombre ha sucesivamente atravesado en el espacio de tiempo ántes de llegar á la última palabra del actual progreso.

¿El estado de cazador?

Ved al salvaje errante de los confines del Canadá.

¿El estado pastoril?

Ved al cosaco condenado por la naturaleza del desierto á vivir únicamente del producto de su rebaño.

¿El estado agrícola combinado con el estado pastoril?

Ved al beduino acampado sobre el anverso del Atlas.

¿El estado civil, en fin, brotando del estado agrícola?

Ved al kabila refugiado en las alturas.

¿Y quién ha arrastrado al hombre de una vida inferior á una vida siempre superior sino el progreso?

¿Y quién ha dado al hombre el medio de operar cada revolucion sino la facultad progresiva de su espíritu?

Este descubrimiento ha perdido, por la vulgaridad

del uso, una parte de su gloria y de su derecho al reconocimiento.

Así nosotros destrozamos todos los días el pan con indiferencia, sin pensar un momento que una sola migaja caída de nuestra mesa es todo un mundo nuevo.

Pero volvamos piadosamente con el pensamiento á la primera aparicion de la carreta.

¡Qué día tan grande, Dios mio, aquel día en que el hombre por vez primera hendió la tierra del campo, confiando al seno humeante de ésta el grano de espiga!

¡Ah! Comprendo ahora por qué la antigüedad ha divinizado al primer inventor del surco, que haya hecho del pan una cosa sagrada y que, despues de haber llevado al altar la carne del cordero, lo haya servido desde la Páscoa sin levadura, pues el pan ha rescatado al hombre del hambre, y al rescatarle del hambre le ha emancipado de la barbarie.

La Grecia decia, en su poético buen sentido, que Cérès habia inventado la ley; hubiera podido añadir la civilización, pues para comprender la sublimidad de la invencion tomamos la idea al revés. Suprimamos la cosecha, y la humanidad se hunde al momento.

¡Oh! Tú, seas quien seas, niño que pasas, ó mi hijo querido, mi lazo con el porvenir, como yo soy tu anillo con el pasado: cuando por casualidad veas pasar ante tus ojos sobre el sendero umbroso, en una bella

tarde de Agosto, á la jóven labradora llevando en su delantal y sobre su frente curtida el último beso del sol, mira en aquel momento una sacerdotisa, la primera sacerdotisa de la religion del trabajo; inclínate y adora en espíritu, pues por ella tu padre ha sido lo que ha sido y tú serás un día lo que seas.

V.

Pero el hombre no tiene más que una sola necesidad: la necesidad de comer; no tiene otras necesidades que le impelen, que le aguijonan hácia el progreso. Tiene, sí, otras necesidades, y, por consiguiente, otras ideas que le inducen á ponerse á prueba, y otros progresos necesarios para completar la existencia de su cuerpo y vivir en equilibrio con la naturaleza.

La naturaleza, al crear al hombre desnudo y expuesto á los caprichos de los cambios de la atmósfera, hizo una excepcion. Al girar sobre su cabeza la rueda de las estaciones, siente en unas ocasiones la temperatura fria y nevada y en otra los caniculares calores.

Cada día, un poco ántes ó un poco despues, la noche arroja sobre él su negro manto y lo coge al hombre como en un lazo. La oscuridad le condena á la inaccion y pierde una gran parte de su existencia.

del uso, una parte de su gloria y de su derecho al reconocimiento.

Así nosotros destrozamos todos los días el pan con indiferencia, sin pensar un momento que una sola migaja caída de nuestra mesa es todo un mundo nuevo.

Pero volvamos piadosamente con el pensamiento á la primera aparicion de la carreta.

¡Qué día tan grande, Dios mio, aquel día en que el hombre por vez primera hendió la tierra del campo, confiando al seno humeante de ésta el grano de espiga!

¡Ah! Comprendo ahora por qué la antigüedad ha divinizado al primer inventor del surco, que haya hecho del pan una cosa sagrada y que, despues de haber llevado al altar la carne del cordero, lo haya servido desde la Pascua sin levadura, pues el pan ha rescatado al hombre del hambre, y al rescatarle del hambre le ha emancipado de la barbarie.

La Grecia decia, en su poético buen sentido, que Cérès habia inventado la ley; hubiera podido añadir la civilizacion, pues para comprender la sublimidad de la invencion tomamos la idea al revés. Suprimamos la cosecha, y la humanidad se hunde al momento.

¡Oh! Tú, seas quien seas, niño que pasas, ó mi hijo querido, mi lazo con el porvenir, como yo soy tu anillo con el pasado: cuando por casualidad veas pasar ante tus ojos sobre el sendero umbroso, en una bella

tarde de Agosto, á la jóven labradora llevando en su delantal y sobre su frente curtida el último beso del sol, mira en aquel momento una sacerdotisa, la primera sacerdotisa de la religion del trabajo; inclínate y adora en espíritu, pues por ella tu padre ha sido lo que ha sido y tú serás un día lo que seas.

V.

Pero el hombre no tiene más que una sola necesidad: la necesidad de comer; no tiene otras necesidades que le impelen, que le aguijonan hácia el progreso. Tiene, sí, otras necesidades, y, por consiguiente, otras ideas que le inducen á ponerse á prueba, y otros progresos necesarios para completar la existencia de su cuerpo y vivir en equilibrio con la naturaleza.

La naturaleza, al crear al hombre desnudo y expuesto á los caprichos de los cambios de la atmósfera, hizo una excepcion. Al girar sobre su cabeza la rueda de las estaciones, siente en unas ocasiones la temperatura fria y nevada y en otra los caniculares calores.

Cada día, un poco ántes ó un poco despues, la noche arroja sobre él su negro manto y lo coge al hombre como en un lazo. La oscuridad le condena á la inaccion y pierde una gran parte de su existencia.

Tiene en verdad, en la sábia configuracion de la mano, una excelente clave de movimiento para el trabajo; pero siendo como es un simple instrumento de carne, se secaría en las operaciones del trabajo ántes de lograr perforar la piedra ó cortar la rama.

La mano tampoco sirve para contener líquidos; éstos se resbalan y escapan entre sus dedos, y hasta nueva orden el hombre se ve privado por sí mismo de ejercer su dominio sobre el mundo líquido.

En fin, el tiempo huye tambien con silencioso paso, sin que el hombre pueda coger jamás la cadencia de su paso y arreglar á las horas el trabajo del día.

Hé aquí el problema que habia que resolver; la necesidad apretaba y era preciso ponerlo en práctica, ponerlo por obra.

El hombre empieza por cubrir su desnudez, y al principio, en el estado de cazador, lleva sobre sus hombros la piel de un animal seca y curtida á los rayos del sol. Del estado de cazador pasa al estado pastoril, y el hombre hila la lana y forma de ella su capa.

Pasa despues á la vida agrícola, y un día observa cerca de un campo una planta social tambien, cuyo tallo, blanqueado por el rocío de la mañana, da una fibra más fresca y ligera que la lana, y entonces inventa el lienzo.

La mujer data desde la aparicion del vestido: ántes era solo una hembra. Pero el día en que, cubierta con

el velo sagrado de la sacerdotisa y consagrada ángel guardian de sí misma, tuvo ella sola la facultad de atar y desatar el nudo de su brial, entónces la mujer adquirió la verdadera propiedad de su persona, conoció el pudor.

Las horas corren velozmente; la civilizacion crece todavía, y va á buscar allá en Levante, bajo las hojas de las moreras, una tela aérea, sobre la cual esparce los colores la poderosa paleta de la aurora. Y la mujer, esclava hasta entónces, domina á su Señor, y ejerce sobre él la seducccion terrible de aquella nueva belleza nacida bajo la mano del arte, belleza misteriosa y armónica hecha de curvas y colores, de placeres y perfumes.

Tal era el precio de la libertad de la mujer y el de su dignidad. Ántes abandonaba su amor, y desde que es libre lo conoce; y majestuosa, y arrogante, y dulce en su majestad, ostenta todos los fuegos del prisma recogidos en la seda de su chal.

El traje no solamente alejó á la mujer de la promiscuacion, sino que tambien impidió al hombre hacerlo, marcando con un signo diferente cada distinta funcion. Tal traje para el sacerdote, tal traje para el magistrado; así pudieron ocupar cada uno su posicion, su sitio desde la primera mirada, sin desórden, sin tumulto, interpretar con la sola luz del sol la armoniosa diversidad de las jerarquías.

Después del traje, llegó la necesidad de la casa. Al hombre le hacían falta dos abrigos.

En su primitivo origen, cuando vivía de la caza, habitó una choza ó el hueco de una roca. Pero luego, pastor, hila la lana de sus rebaños, la teje, y al presentarse el crepúsculo de la noche la tiende sobre su cabeza, durmiendo así al abrigo de una tienda, flotante y vaga habitación que fija y levanta sin cesar, á medida que el ganado le arrastra de región en región en busca de alimento. Pero apenas el hombre hecha raíces en el campo que habita, edifica la casa de piedra y su techumbre la cubre con una armadura de madera. La casa aquella era una sola habitación vacía y desnuda, construida á imagen de aquella época de pobre y simple civilización.

Por fin el hombre sacude el polvo del campo y penetra en la ciudad. Su existencia entonces se acrece con la industria, con la ciencia, con el arte, con la simpatía, con el estudio, con la conversacion y con el amor. Para dar cabida á este complejo y múltiple aumento de sentimiento, de idea, ensancha su morada, á medida que avanza en sus progresos; la distribuye, la organiza, la divide, la subdivide en tantos cuartos cuantas son las personas á quienes por diversos conceptos tiene que dar hospitalidad y á los diversos usos á que los destina. Aquí la cocina, allí la sala del festín, en otro lado la biblioteca, la galería, los lavaderos,

un poco más lejos el horno, y más separado aún la cuadra, el establo, los pajares, los patios, los corrales, y por último el jardín y la huerta.

El hombre procede siempre así en lo complejo de la dilatación, mejor dicho, en la creación continua de su crisálida. Emplea primero el lujo en su persona, mas á medida que aumentan los grados de su civilización, ensancha más y más el gusto suntuario y lo emplea en su casa, en sus habitaciones, que es hasta cierto punto una continuación de su traje.

Por fin, agotado todo lo que en muebles y adornos ha podido dar el arte de un siglo, la ambición del hombre se desarrolla más y más cada día; y siendo límite estrecho los de su morada, inventa y realiza nuevos proyectos, campos, parques, jardines, parterres é invernaderos.

Pero la casa representa algo más que piedras colocadas unas sobre otras y entrelazadas á la tierra por el cimiento. Tiene también su vida, su alma especial, y este espíritu es el reflejo del fuego que juega en el suelo con las tinieblas.

¿Qué es el fuego en la humanidad? Es la prenda y el signo de su dominio sobre la naturaleza. El hombre reina con ayuda del fuego, y lo conduce triunfante en la senda de la civilización. Que la pura vestal, que la virgen guarde bajo pena de la vida el sagrado fuego del altar de Vesta, pues si por una casualidad

éste se apagase, el hombre volvería otra vez á caer en la barbarie, quedando á igual distancia de los brutos y de Adán. Promoteo halló el secreto de encender su antorcha, y con la llama en la mano toma el papel de Dios sobre la tierra, reemplaza al sol, nivela los climas, barre los bosques, ablanda el hierro, lo hace útil, flexible, según le conviene usarlo, y lo transforma en tierra, en barrena, en azada, en podadera, en pala, en hacha, en lanza, en espada y coraza.

Deposita el fuego primero en el hogar, foco primitivo de la infancia, de la humanidad y de la reunión de la familia. Cada tarde se agrupa ésta alrededor de la hoguera; la mujer hila en la rueca, el anciano refiere una leyenda, una tradición origen de la historia, y los niños pequeños se distraen viendo subir y bajar, menguarse ó crecer, las azuladas llamas que produce la rama de olmo que arde en el hogar.

La familia progresa, y la vida interior, la vida del sentimiento, ahogada ó desconocida en la antigüedad, gana en expansión y en influencia; el fuego asciende del hogar á la chimenea, y ésta resume todavía hasta nueva orden la etapa del progreso, porque delante de este mármol simpático, como ante un santuario, es donde al fin del día cada uno de nosotros, al chisporroteo de la llama, en confianza, emite sus opiniones, sus ilusiones, sus esperanzas, su amor.

Nadie puede decir esto mejor que vos, poeta cos-

mopolita, que haceis de vuestro hogar el sitio de reunión para toda la Europa, mientras que la péndola que adorna vuestra chimenea señala con el dedo mudo la hora sobre el cuadrante.

No sé qué princesa maldecía en el siglo XVII la invención de un reloj que marcaba los cuartos por primera vez. Aquel perpétuo martillazo, decía la princesa, dividía la existencia en demasiados pedazos; pero ¿cuál no sería su asombro hoy si viera la aguja febrífuga, que no sólo marca la hora sino el minuto y hasta el segundo, pues á proporcion que más se apresura la vida impulsada con la mayor rapidez, con toda la vehemencia del progreso, tiene el tiempo que seguirla, y para esto necesita apresurar el compás?

¿Qué es el tiempo? ¿Dónde estaba ántes? ¿Cómo ha podido el hombre conquistarlo en esta época confusa de la historia en que vegeta lentamente sobre una tierra que gira bajo sus piés, que le arrastra á pesar suyo, le sepulta en las sombras, le conduce nuevamente á la luz, sin prestarle otra señal ni otra noción de las horas que la salida y puesta del sol?

¿Qué geometra hoy desconocido fué el primero que graduó el día, clasificó la existencia, ordenó al hombre desde la mañana hasta la noche, indicándole cuándo había de velar y cuándo dormir, esto es, trabajar y reposar? ¿Pero qué nos importa el nombre del inventor si poseemos la invención?

El inventor, sabed su nombre, es el progreso.

Primero el gnomon escribió la hora en la plaza pública con la sombra del sol, hora de un día, hora mudable, pasajera, colectiva, comun á todo el pueblo, precaria, incierta, borrada por la lluvia ó por la más ligera nube. Pero cuando la natural evolucion de la historia llevó al hombre á aumentar la vida del hogar, la vida de la familia, las horas se midieron por el reloj de arena y su uso quedó introducido.

Más tarde desterróse el reloj de arena, abriendo paso al reloj propiamente dicho, y desde entónces la mano de hierro marca la hora en la esfera y suena en lo más alto del campanario como si con el aumento de vida adquirido por la humanidad tuviese ella tambien necesidad de adquirir mayor existencia y cantar en el espacio.

El progreso encontró la forma de reglamentar el tiempo; pero á pesar de esto sólo habia cumplido con la mitad de su mision, porque á la postura del sol el hombre quedaba condenado á la inmovilidad.

El sol desaparecia al ponerse y dejaba detras de sí las tinieblas. La fuente corre de llano en llano, y arrastra su murmullo de flor en flor, y el hombre necesitaba llevar al interior de su casa el agua y la luz.

Recoge del suelo el hombre un poco de arcilla, la pulveriza, la humedece, la labra y encuentra el secre-

to de poseer el agua. Oprime el racimo de la vid, lo hace fermentar y chispea la eléctrica llama del vino que circula en el festin, y de labio en labio propaga el entusiasmo y la simpatía.

Pues bien: miéntras que la juventud en la mesa reanuda los pactos de amistad en medio de la alegría del banquete, una jóven, hermosa como la Grecia, grave como una musa, penetra discretamente y de puntillas en la casa apartada allá bajo los plátanos en el extremo de la ciudad; derrama el aceite de oliva en la lámpara colocada sobre la trípode, anima con el dedo la mecha medio apagada y vuelve á salir silenciosamente sin que su vestido agite el aire y haga vacilar la llama.

Bajo una trípode de bronce hay un anciano que, recogido en sí mismo y absorto en la aureola de luz que arroja la lámpara en medio de la bóveda, reflexiona profundamente, apoyada la mano en su mejilla, y de cuando en cuando escribe sobre una tabla. Lo que escribe lo sabremos más tarde cuando hagamos la historia de la ciencia. Notad, sin embargo, como recuerdo que la lámpara, al dejar caer sobre la frente del anciano su dulce claridad, ha abierto una nueva ocasion para que pensára.

La noche es la hora del silencio, el trabajo de la tierra ha concluido y el silencio es el genio de la inspiracion. La antigüedad tenía razon; Minerva, al

plantar el olivo, derramó la sabiduría entre la humanidad.

Ahora os preguntaré: desde el día en que el hombre, descalzo y sin armas, vino á buscar á una tierra erizada de asperezas el misterio de su destino, ¿ha multiplicado los medios de su existencia hasta lo infinito? Los hechos hablan: escuchad.

El día de su llegada ó de su caída, como gustéis, vivía errante persiguiendo su alimento, y vedle seguro de encontrar su alimento; era un gusano que se estremecía en su desnudez, y vedle vestido; vivía azotado por los vientos, y vedle al abrigo de ellos; estaba entumecido por el soplo del invierno, y vedle calentándose; estaba sumido en las tinieblas desde el anochecer, y vedle aquí alumbrado inermemente contra el peligro y vedle armado; estaba perdido en el tiempo como en un caos buscando la hora en el suelo como el ciego con los pies su camino, y vedle astrónomo que relaciona ya con el compás la marcha del astro y arregla en cadencia con el péndulo la vida.

Pues bien; con la mano sobre la conciencia decid quién ha dado al hombre el arco, el rebaño, el arado, la tienda, la casa, la ciudad, el vestido, el fuego, el hierro, la lanza, el casco, la coraza, la copa, el reloj, para no citar más que estos sublimes anejos de la humanidad, sino esa providencia interior llamada perfectibilidad, descontenta siempre del día pasado, in-

quieta del que le sigue, y desde el origen encargada de colocar sobre una naturaleza no concluida la segunda naturaleza de la civilización.

Vos affirmáis, bajo la fe de la leyenda, que el Creador hizo al hombre completo desde el primer día y destinado definitivamente á un orden de existencia definitivo. ¿Por qué, pues, le había impuesto entonces como incomprensible paradoja una alma eterna, investigadora de un nuevo complemento, y le había dado la mano, órgano especial, extraño casi al cuerpo y que no tiene razón de ser por consecuencia más que con relación á la inteligencia?

Si la desnudez es la ley del hombre, ¿por qué se ha vestido? si el lecho de paja es la última palabra de su destino, ¿por qué ha edificado la casa? si su cuerpo, tal como está en la naturaleza, y ésta está á su alrededor, ¿por qué ha arrancado el fuego al cielo, labrado los campos, forjado las armas, acumulando descubrimiento sobre descubrimiento y busca sin cesar nuevos medios de existencia?

Tendrá el hombre en sí dos naturalezas completamente contrarias: una física, acabada é irreprochable, como os lo figuráis, y otra intelectual, superior á la primera sin duda, pero inquieta, indomable y abusiva y sin ninguna perfección; acepte el que quiera esta anarquía de la naturaleza; en cuanto á nosotros, aceptamos y creemos con religioso respeto las armonías de

la creacion, que tanta parte toman en la direccion de nuestro destino.

VI.

Y en presencia de esta continua metamorfosis del hombre á través del tiempo y de este aumento incesante de vida en la historia, vos preguntais á la escuela de la perfeccion, con una ligera sonrisa de ironía, si el progreso ha hecho alguna vez del cuerpo humano, revisado, corregido, aumentado y ampliado, una especie de dios mónstruo á la manera de Brahma, con no sé cuántas cabezas, piernas y brazos, para pensar mejor sin duda, mejor marchar y mejor estrechar al mundo en un abrazo.

«En estos libros, en estos vestigios, en estos esqueletos del hombre primitivo, ¿se encuentra algun indicio que señale el menor progreso en la construccion física de la humanidad?

»¿Qué sentidos faltaban á los hombres de los primeros tiempos? ¿Qué sentidos tienen ahora más los hombres del día?

»¿Existe un nervio, una fibra, una uña, un músculo, una articulacion distinta entre el hombre de hoy y el hombre de hace 4.000 años?

» Probadme que vuestra naturaleza, eternamente progresiva en el trascurso de ese prodigioso número de siglos, haya dado un órgano, un dedo, un diente, un cabello de más á su criatura favorita, una línea á su estatura, un día de más á la duracion de su vida!....

» No, nada; ni siquiera un átomo más de materia organizada para su uso.

» Tal es, tal ha sido, tal será el pedazo de arcilla pesado por la misma mano y en el mismo molde.»

Sin duda que el progreso no ha añadido al cuerpo humano ninguna excrecencia como *post scriptum*, ni una uña, ni un músculo, ni un pié, ni un diente, ni un cabello, porque no cree que lo necesite; y piensa así porque ve que la Providencia, que ha creado el tipo humano virtualmente perfecto, es decir, en equilibrio perfecto de medio y de destino, no tiene que volver á hacer el tipo de nuestra cuna sobre otro marco, y no ha hecho más que continuar desenvolviéndolo en el límite de nuestro organismo.

El progreso nunca ha tenido la pretension de deslizar en el cuerpo humano nuevos sentidos, sino de comunicar á los sentidos ya existentes mayores sensaciones. No de sobreponer á la máquina muscular rodajes supletorios, sino de comunicar á los actuales mayor potencia de accion; no de introducir en la inteligencia verdades desconocidas en las facultades in-

telectuales, sino de iluminar estas facultades consagradas á mayores conocimientos.

Plantear de otra manera la cuestion, es ponerla fuera de su lugar. ¡Ah! ¿qué importa, despues de todo, que la música no pueda añadir una nota á la escala si de esta escala inflexible ha sabido sacar, por la diversidad de combinaciones, una inagotable riqueza de armonía?

Pues lo mismo es el progreso; no añade una nota más á la escala inviolable del tipo humano, sino que la modula á lo infinito, con un aire siempre nuevo, sobre el mismo registro.

Pero, sin embargo, acepto la cuestion tal cual la proponeis.

Me preguntais si el progreso ha dado al hombre un dedo ó un órgano más, y os respondo que no uno, sino diez, ciento, mil, diez mil, que no tienen cuenta.

¿El hombre no tiene más que la mano para obrar? No es verdad. ¿Qué es la mano? apenas una onza de carne; con un grano de arena se llena, el menor empuje la destroza al caer. Esperad, sin embargo. El hombre pasa al pié de los cedros del Líbano. El árbol gigante..... le atarde con el peso de su grandeza, que, elevándose hasta lo infinito en la atmósfera, va á buscar á la altura del vuelo del águila los vientos de paso, balanceando su cima á través de una perpétua tempestad. Pero de repente el tronco majestuoso va-

cila en su base con un estridente chirrido, y rueda sobre el flanco de la montaña. ¿Por qué ha caído? El hombre ha levantado esta mano de carne tan frágil como una flor y todo ha concluido. El cedro ha sido derribado como una débil caña.

Es que el hombre, por el hecho del progreso, y sólo del progreso, ¿ois bien? ha sabido añadir á la armadura muscular de su mano un apéndice nuevo, un miembro, un músculo más duro que el granito, más agudo que el diente del tigre, y que de un golpe y un revés de ese músculo hace caer al suelo el bosque más espeso y poblado.

Este músculo es el hacha, órgano especial destinado á un orden especial de trabajo. Pero queda, despues de echarle al suelo, dividirlo en porciones.

Para esta nueva operacion el hombre hará venir, por el solo efecto de su voluntad, otro instrumento de hoja estrecha, larga, llena de puntas como la espada del espadon. Este instrumento es la sierra, de diente de acero, y con el va y viene de este diente, á lo largo, á lo ancho, de alto á bajo, el árbol cae hecho mil pedazos en forma de planchas ó de vigas.

Para pulimentar estas planchas ántes de que puedan servir, el hombre comprende que necesita para agujerearlas el formon, para clavarlas el martillo, para esculpir las el cincel, para barnizarlas el pincel, para arrancarlas las tenazas. ¿No son todas estas cosas en

realidad piezas de conexión del mecanismo humano, fibras facultativas que puede dar ó quitar segun le convenga?

Si la naturaleza hubiese dado al hombre el hacha como ha dado las aletas al tiburón, el hacha hubiera constituido desde entónces parte integrante del cuerpo, y sujeta, sin duda, al puño, hubiera servido seguramente para una acción determinada, pero le hubiera embarazado extraordinariamente una vez llevada á cabo aquella acción. El progreso ha obrado con más acierto de lo que hubiera podido hacer la naturaleza.

Cuando inventa su órgano, lo presta solamente para un acto, para un momento. El hombre entra luego en su libertad de movimiento y acción.

Aunque el progreso tuviese á su disposición el proceder sin límites del Creador y pudiese dar al hombre el vestido, como la naturaleza se lo ha dado al corde-ro, ó una concha, como la naturaleza se lo ha dado á la tortuga, se hubiera guardado bien de usar de semejante privilegio; pues en lugar de allegar un beneficio á la humanidad le infigiría en realidad un suplicio, condenando al hombre para siempre á llevar su techo sobre su espalda, sin poder pasar ni repasar alternativamente de la vida de la naturaleza á la vida de intimidad, y de la vida del hogar á la vida de acción, obligándole á conservar siempre sobre su cuerpo el mismo forro, estando privado de conservar, siquiera

fuere por una hora, su derecho de desnudez, es decir, de sensibilidad exquisita esparcida sobre toda la superficie de la epidérmis.

Pero parece una broma llamar músculo á un simple pedazo de hierro, á un simple instrumento.

Y sin embargo no lo es. Vos conjurais á la doctrina de la perfectibilidad para que os diga qué nueva fibra ha dado de más al cuerpo humano.

Yo os enseño la sierra y el taladro. ¿Qué importa que la sierra y el taladro le llamis pedazo de hierro ó utensilio?

Desde el momento en que una y otro representan el papel del músculo nuevo, una y otro pueden muy bien pasar en realidad por un músculo nuevo, puesto que hacen su oficio aumentando la acción del hombre sobre la materia.

Vos podeis, ciertamente, condoleros con Juan Jacobo Rousseau de la debilidad del brazo del hombre comparado á la garra del león y á la trompa del elefante.

Pero un día Arquímedes, tranquilamente sentado en su debilidad, traza con ese brazo impotente y con la punta de una varita un signo cabalístico sobre la arena, y bajo la invocación de su genio hace correr en el brazo del hombre la fuerza de lo infinito y surgir de tierra una palanca capaz de levantar el mundo si tuviese un punto de apoyo.

De modo que cuando pedís un brazo de más para el hombre, yo creo no sea bajo el punto de vista del arte por el arte á fin de que tenga un miembro más, sino el de un poder más á su servicio.

Reconozco tambien de buen grado con vos que el hombre posee un aparato para andar más pobre y más lento que algunos otros animales de la creacion. Por una combinacion particular de estructura, el peso del cuerpo, repartido sobre cuatro pilares y puesto en el hombre sólo en dos, aumenta así con el doble la carga de las caderas.

Para llenar su cometido el progreso debia dar al hombre un suplemento de ligereza, y por consiguien- te otro procedimiento de locomocion, y ha cumplido sus promesas, pues en su origen el hombre no tenía más que dos piernas y ahora tiene cuatro. El coge con una mano la crin del caballo, pasa de un salto al estado de centauro, galopa aún y levanta en señal de triunfo sobre su camino un torbellino de polvo.

Pero hé aquí el mar, mugiente y aterrador, que balancea sus olas de un continente á otro como para repeler al hombre hácia la tierra y decirle: «Tú no irás muy lejos.» ¿El progreso, va, pues, á doblegar la cabeza y aceptar el anatema? No.

Recapácita, calcula la grandiosidad de la empresa, y un dia el hombre, vencedor del abismo, atraviesa los mares con la ligereza del delfin y espar-

ce á derecha y á izquierda como él un rastro de espuma.

¿Qué nuevo poder podría dar al cuerpo humano el poder de la vela del buque?

El pájaro, sin embargo, hiende el aire con mayor rapidez. Teneis razon.

El progreso comprende esta inferioridad del organismo, acapára el tiempo para conquistar al hombre mayor fuerza de impulsión. Contempla durante un siglo en una especie de éxtasis científico el vapor exhalado de la caldera, le encierra en una triple hoja de hierro, y arrastrado por una gota de agua prisionera que bate con un soplo la pared de su prision, huye, vuela, la colina aparece y desaparece alternativamente, el horizonte da vuelta á su alrededor y llega á una hora fija, con el mismo paso con que Júpiter otras veces atravesaba el Olimpo.

A pesar de esta viveza el hombre veria escapársele su presa, pues tiene el espacio entero á su disposicion y puede dar vueltas segun su instinto.

Pero el progreso ha previsto el caso desde hace largo tiempo, y el hombre ha inventado la pólvora, es decir, el rayo; es verdad que esta invencion le será á sí propio perjudicial, pero él llama gloria á este acto de locura. Pero, paciencia; si álguien puede abolir la guerra de conquista, es seguramente el progreso.

Sea, decimos con frecuencia; nosotros os concede-

mos que nuestro cuerpo haya podido conquistar á la larga, aquí ó allá, una fuerza, un instrumento que llamais músculo, que llamais órgano, como una metáfora, y que nosotros llamaremos órgano y músculo para abreviar la discusion. Pero aparte de esta adquisicion de un mecanismo más ó ménos ingenioso comprometido á nuestro servicio, ¿qué otra sensacion ha traído el progreso á nuestros sentidos? ¿qué puerta ha abierto á la inteligencia sobre el universo? ¿Vemos con más claridad que nuestros abuelos y nuestra pupila contiene más rayos luminosos?

¿Dudais de ello? Galileo vuelve hácia el cielo el cristal de su telescopio y hace saltar la bóveda del firmamento, fijando una mirada en lo infinito que va á sorprender á la estrella estremecida de su desnudez hasta detrás del velo de plata de la vía láctea.

¿Qué es, pues, el telescopio sino un sentido nuevo que extiende la vision del ojo, ántes circunscrita en un estrecho horizonte, hasta el fondo de la inmensidad, esta urna de flancos eternamente en fuga, como decia la teogonía india?

La ciencia quiere, por el contrario, explorar el mundo infinitamente pequeño, toma el microscopio y sigue paso á paso sobre una gotita de agua las evoluciones y rivalidades encarnizadas de aquellos monstruos informes que se lanzan en la vida un minuto y se disputan entre ellos, con un heroismo militar digno

de la *Iliada*, la posesion de una molécula. Si no es ese un nuevo órgano de la vida, que el hombre ha ganado al número siempre dichoso de la lotería del progreso, dadnos entónces una nueva definicion del órgano, una definicion de la mirada. Yo no veia, veo ahora; por consiguiente he adquirido una facultad, he hecho un progreso.

Yo voy más léjos, y digo que los sentidos que conducen el mundo exterior á la inteligencia, que tocan por consiguiente á la inteligencia, único poder progresivo en la humanidad, participan en cierto grado de la naturaleza de la inteligencia é incidentalmente del poder del progreso. Por ejemplo, el ojo del salvaje, cerrado al sentimiento estético de la línea y del color, adquiere con el desenvolvimiento del arte la nocion de la simetría y de la armonía.

Que Pitágoras haya creído antiguamente, prestando el oído al viento de la montaña, escuchar por encima de su cabeza el concierto aéreo de los astros gravitando en cadencia á través del incommensurable océano del éter, nosotros podemos, vos y yo, clasificar de leyenda esta maravillosa finura de percepcion. Pero lo que no pertenece á la ficcion, lo que no sale de la leyenda, es el oído moderno del músico, que en la multitud y la huida rápida de todas las notas de la orquesta exhaladas del arco ó del cobre, coge al paso hasta la más ligera, hasta la más fugitiva intencion

de melodía. ¿Por qué série de iniciaciones ó perfeccionamientos ha tenido que pasar ántes de conquistar todo un órden de sensaciones misteriosas, divinas, que la naturaleza no le da ni podría darle?

Y la voz, ¿qué es? ¿Un sonido? El hombre moduló el són y salió la palabra, y luego la poesía, y llega un día en que Orfeo tiene suspensa á la humanidad de la vibración de su lira. El viento oye las palabras y se las lleva. Entónces el progreso fijó con un signo la sílaba errante sobre la hoja de papiro, y la hoja, cargada con el pensamiento del genio humano y arrastrada por el soplo del viento, cae indefinidamente de generacion en generacion.

Pero ¿qué es la escritura? Una palabra aún lenta, dispendiosa, limitada á un pequeño número de elegidos.

Guttenberg halla en su genio el secreto de mover las letras de cualquier modo, y á partir de este día la prensa da á la voz humana tal ondulación que apenas dice una palabra cuando esta palabra resuena instantáneamente por todas partes á la vez sobre el universo.

Vos me preguntais cuáles son los órganos que el progreso ha añadido al cuerpo humano, qué milagros ha realizado en el órden de la materia. Hélos aquí:

Brotan y suenan en el espacio; no tenemos necesidad de sentidos nuevos para verlos y oírlos. Pero

cuando voy por la plaza pública escoltado de todos estos prodigios, mis espectadores y mis defensores para abogar por la causa de la perfectibilidad humana, ¿me dices qué es eso?

Ese hombre sueña seguramente.

Si esto es soñar bajo la casta mirada y la frente apoyada en la dulce mano de la verdad, ¡ah! por piedad, os ruego que no me despertéis, pues la perspectiva que ofrecéis al hombre en cambio del progreso no vale la pena de vivir; vale más morir.

Y puesto que encuentro una ocasion, permitidme notar de paso que haceis prodigios de la palabra pensador, soñador. Verdad es que esta palabra ha tenido una época de gran celebridad, y que ha sido el único argumento contra vos, durante quince años, de vuestros adversarios.

Cuando oís profetizar el porvenir á estos hombres de Estado desde lo alto de sus tribunas, ellos sonríen de piedad y os llaman soñador, y hoy vos os bajáis para recoger del suelo la injuria que otros os han arrojado para enviárnosla á nosotros, vuestros segundos en la lucha, habituados desde largo tiempo á arrostrar esta respuesta.

Si vuestra palabra hiriese tan sólo al modesto escritor sepultado en la humildad de su trabajo, el epígrama, convengo en ello, podría á lo sumo ser de poca importancia. Pero cuando veo sobre qué cabezas de ele-

gidos ha tenido que pasar la acusación antes de llegar al pequeño de los pequeños, os aseguro que experimento cierta inquietud, pues veo alineado en mi pensamiento el concilio augusto que ha predicado la doctrina de la perfectibilidad, desde Pascal hasta Turgot, y desde Turgot hasta Lessing, y no puedo menos de decirme á mí mismo:

Si sueño, sueño al menos en buena compañía.

Pero no. El buscar la verdad desinteresadamente tiene en sí algo de sagrado; pero cuando un pensador devorado de aquella sed divina, por pequeña que sea, va á caer en un error, vos debeis el primero, precisamente porque sois el más grande, levantarle con bondad y tratarle con respeto.

Dejemos á los sabios del momento, á los sacerdotes de la cifra, á esos pretendidos espíritus positivos, siempre cogidos por el acontecimiento en flagrante delito de mistificación, la pueril dicha de encogerse de hombros á la aparición de una idea, y decir á la muchedumbre enseñándosela con el dedo:

«¡Todavía una utopía más!»

TERCERA PARTE.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO LAMARTINE"

I. 466. 1626 MONTANREY, MEXICO

Nosotros vamos lentamente; la afirmación tiene el vuelo ligero, el espacio libre, mientras que la refutación tiene el soplo corto y arrastra en su seguimiento una carga de hechos y de razonamientos. Pero no importa, continuemos; con un poco de paciencia llegaremos pronto al desenlace.

Acabais de interpelar al progreso con respecto al cuerpo humano, y le habeis conjurado os diga bajo qué forma y con qué fin á esa masa de cinco pies y algunas pulgadas ha añadido un órgano más, un miembro más, un átomo más, en fin, de materia.

Creo haber respondido ya á esa primera objeción que tiene su valor, pues á lo que parece ha encontrado un admirador en uno de los profesores de la Universidad.

gidos ha tenido que pasar la acusación antes de llegar al pequeño de los pequeños, os aseguro que experimento cierta inquietud, pues veo alineado en mi pensamiento el concilio augusto que ha predicado la doctrina de la perfectibilidad, desde Pascal hasta Turgot, y desde Turgot hasta Lessing, y no puedo menos de decirme á mí mismo:

Si sueño, sueño al menos en buena compañía.

Pero no. El buscar la verdad desinteresadamente tiene en sí algo de sagrado; pero cuando un pensador devorado de aquella sed divina, por pequeña que sea, va á caer en un error, vos debeis el primero, precisamente porque sois el más grande, levantarle con bondad y tratarle con respeto.

Dejemos á los sabios del momento, á los sacerdotes de la cifra, á esos pretendidos espíritus positivos, siempre cogidos por el acontecimiento en flagrante delito de mistificación, la pueril dicha de encogerse de hombros á la aparición de una idea, y decir á la muchedumbre enseñándosela con el dedo:

«¡Todavía una utopía más!»

TERCERA PARTE.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO LAMARTINE"

I. 466. 1626 MONTANREY, MEXICO

Nosotros vamos lentamente; la afirmación tiene el vuelo ligero, el espacio libre, mientras que la refutación tiene el soplo corto y arrastra en su seguimiento una carga de hechos y de razonamientos. Pero no importa, continuemos; con un poco de paciencia llegaremos pronto al desenlace.

Acabais de interpelar al progreso con respecto al cuerpo humano, y le habeis conjurado os diga bajo qué forma y con qué fin á esa masa de cinco pies y algunas pulgadas ha añadido un órgano más, un miembro más, un átomo más, en fin, de materia.

Creo haber respondido ya á esa primera objeción que tiene su valor, pues á lo que parece ha encontrado un admirador en uno de los profesores de la Universidad.

Pasais en seguida á tratar de la materia á la sociedad, y áun allí nos desafiáis á que os enseñemos sobre el polvo del tiempo una sola traza del progreso. Y marchando á grandes pasos en la historia, nos arrojaís los siglos á la cara con admirables explosiones de elocuencia, pues vos trataís la cuestion únicamente por apóstrofes, y en el magnífico tumulto de vuestra palabra podría responderos desde ahora:

«Nuestra causa está ganada, pues donde sólo se necesita reflexionar os fuerza continuamente á refugiaros en la elocuencia.»

Vos os dirigís á la ancianidad, sin querer por eso darles el monopolio de la razon, y en vuestro brusco apóstrofe al progreso haceis excepcion de la industria, nombrándola apenas con la punta de los labios, como un descargo de vuestra conciencia:

«Excepto en algunas industrias puramente mecánicas que cambian la forma de una civilizacion sin cambiar el fondo, ¿en dónde se encuentran esos síntomas tan notables de la perfectibilidad indefinida de la especie humana?»

¿Industrias puramente mecánicas? Decid más bien ciencias aplicadas, pues son necesarias la geometría, el álgebra, dinámica, física, cálculo diferencial, todos estos conocimientos, todas estas hijas austeras del genio humano para remover y levantar el más pequeño piston.

¿Será, pues, verdad que las industrias, esas perpétuas invocaciones del hombre á las fuerzas de la naturaleza para escapar á los rigores de nuestras miserias, cambian sólo el modo sin cambiar el fondo de la humanidad?

¿Es que la arquitectura, que es la primera industria que se ha inventado, construyendo las casas y sacando á la humanidad de aquel estado de vagancia y de vida en medio de los campos para llevarla al orden regular de la ciudad habia modificado solamente una forma insignificante de la civilizacion? Volved á leer la etimología. Civilizacion, ciudad, es la misma palabra en su origen. De suerte que si la civilizacion tiene alguna ventaja sobre la barbarie, es por haber cambiado el fondo bárbaro de la humanidad.

Al sustituir á la fuerza muscular del esclavo, condenado á la del molino, la fuerza mecánica de la rueda impulsada por la corriente, ¿no ha contribuido á la emancipacion de la esclavitud más que todas las teorías hasta ahora tan decantadas?

Predicad la libertad, haceis bien; pero la predicaréis en vano si no encontráis desde luego el medio de cambiar al trabajador por la máquina, pues la sociedad tiene necesidad de vivir de una cantidad de trabajo fatalmente determinado.

¿Qué importa, diréis tal vez, y si vos no lo decís otros lo han dicho, que la industria haya ayudado en

cierto momento á la humanidad á franquear el paso de una civilizacion, si desde entónces, y sobre todo en nuestro tiempo, ha desenvuelto en la sociedad la avaricia del goce, la podredumbre del corazon humano?

¿Qué ha hecho en definitiva para merecer un himno en su honor? Un poco más de ruido ó de humo bajo el nombre de máquina de vapor; ha inventado tambien el gas hidrógeno; el dorado por el procedimiento Ruolz; ¿pero en qué pueden contribuir á la sabiduría ó á la inteligencia humana estos dos inventos?

El mundo no fabrica por eso más algodón, no destila más alcohol, no refina más azúcar, no viaja más rápidamente, no come mejor, ni bebe mejor, ni practica mejor la felicidad, si podemos llamar felicidad al baile, la ópera, el lujo bajo todas las formas, lujo de flores, de muebles, de tocadores.

¿Para qué ha servido el progreso de la mecánica? añadís, para hacer del obrero la máquina de la máquina, pues ántes el obrero trabajaba sobre el suelo y vivía al sol entre el perfume de la vendimia y la cosecha, y ponía en su trabajo una parte de sí mismo, de su voluntad, de su perspicacia.

Pero el dia en que, instigado por el progreso, sacudió el polvo del surco y desertó de su pueblo, ¿dónde ha ido á parar?

Ha ido al fondo de la tierra á labrar á la luz de una

lámpara un infierno de carbon; este carbon se enciende y brota una columna de vapor silbando de una trampa.

A esta señal, la máquina en reposo entra en actividad; la rueda da vueltas; el piston sube y baja cadenciosamente, y el obrero de pié, con la mano puesta sobre la de hierro de la máquina, lucha desde por la mañana hasta por la noche con este terrible compañero de trabajo. Rivalidad implacable de la materia con el hombre, ó más bien absorcion de la materia con el hombre, ya no tiene pensamiento ni voluntad, ha entregado su alma á un balancin.

Y ahora la economía política y su digna hermana la filantropía golpean su pecho con dolor al ver á la clase proletaria buscar un olvido de la existencia en la bebida.

¡Es preciso, sin embargo, que el hombre, arrancado al cultivo de la agricultura, halle al ménos una vez por semana en el espejo mágico del alcohol el sendero de su país y el camino cubierto de flores de su infancia!

¿Y por qué la industria pone todo un mundo de hierro en movimiento? Para multiplicar la alegría del cuerpo, el harapo dorado de esas mil pequeñeces agradables de la vida; pues nacido de la materia la industria, debia necesariamente alcanzar la glorificacion de la materia en la decadencia de todas las virtudes, y por consiguiente en la agonía de la sociedad.

Este es el fondo de vuestro pensamiento, ¿no es verdad? Bien lo he confesado, y permitidme que os diga que cometeis un error.

Léjos de nacer de la materia para abundar en el sentido del materialismo, la industria nace, al contrario, de la inteligencia para desenvolver el contagio. Todas las máquinas en este mundo han empezado por ser una idea, y porque veis hoy esta idea encarnada en una forma material la llamais materia y goce de la materia al goce de esta idea.

Es decir, que la máquina inflige únicamente en el obrero el suplicio de Majencio, atándole vivo, no á un cadáver sino á una especie de suplicio que le arrastra de día sobre la rueda, y por la tarde le arroja al suelo rendido de fatiga.

Sí; sin duda, hasta el presente, la máquina inflige al proletario una ruda tarea. Pero tambien esta fuerza supletoria de la humanidad le libra á la larga de la necesidad del trabajo manual para elevarle al descanso de la inteligencia. Insensible pero infatigablemente, con la constancia y la regularidad de la ley de la naturaleza, eleva el salario al capital y por consiguiente al pensamiento.

Supongamos por un instante que pudieseis con un rasgo de pluma suprimir todas las máquinas que funcionan sobre nuestro territorio, y que por caridad á vuestra doctrina cedieseis á la tentacion. Pues bien:

no haciendo ya más ruedas, ni cilindros, se veria el hombre reducido á su mano; una onza de carne para luchar contra la naturaleza. ¿Qué sucederia despues?

¿Habeis pensado en ello? La clase pensadora representa á una cabeza que, cifra por cifra, contiene la cantidad de fuerzas complementarias concedidas á la humanidad por la mecánica, y la humanidad tiene necesidad de todas sus fuerzas para abastecer las múltiples existencias de la vida moderna.

La sociedad deberia, pues, necesariamente volver á echar sobre sus hombros la carga que ha echado sobre la máquina, y de ese modo volveria la civilizacion á la servidumbre y á la esclavitud en seguida.

La industria, sin embargo, añadís, engendra la riqueza, la riqueza el lujo, y el lujo el desenfreno. Ciertamente que vuestro contradictor está bien desinteresado en la cuestion, puesto que no posee ni hôtel, ni carruaje; todo su lujo es un libro. Convengo con vos que la pasion exclusiva del lujo varia el carácter de una nacion.

¿Pero merece el lujo vuestros anatemas? ¿Qué es en definitiva? Lo bello añadido á lo útil: un instinto del alma de tal modo irresistible que, del dia mismo en que el hombre ha arrollado la materia á su servicio, ha procurado verter allí la hermosura de la forma y del calor; gracias á esta forma y al color así modulados,

y matizados hasta lo infinito sobre su cuerpo, alrededor de su cuerpo, escapa á la humildad del estado de la naturaleza y va marcado con el signo visible de su título real.

A medida que el sér sube en grados en la creacion, se reviste de una nueva riqueza.

Colocado el reino vegetal en el último escalon de la vida, lleva la librea uniforme de la verdura; subid á otro reino con el pensamiento y veréis al animal revestido de un lujo inextinguible de tocado.

¡Y quereis que el hombre, el sér de los séres, arrastre miserablemente sobre su persona el luto de una existencia desheredada del derecho de brillar!

Desengañaos; el hombre investido del derecho de crear, y creador sobre sí mismo en virtud de su inteligencia, prosigue de siglo en siglo el complemento de su sér en la poesía de su vestido. Sin duda sufre aún y lleva aún impresa la traza de su miseria. Pero dejad correr el tiempo, y la humanidad, cada vez más libre por medio del trabajo, brillará á su alrededor con todo el esplendor de su metamorfosis.

Entónces el tejido radiante, la seda eléctrica, el záfiro, el diamante, el oro, la plata, el mármol, el pórfido, trenzados, cincelados, esculpidos, esparcidos sobre el cuerpo del hombre ó en su morada, dirán á su espíritu por todos los ecos de la mirada que si cual otro animal respira y digiere, tiene tambien el privi-

legio de poetizar y espiritualizar su sér, elevándole por el lujo á la idea de lo bello.

Por otra parte, extendido el lujo sobre él como la decoracion de su existencia refluye en él y le inspira una recrudescencia de dignidad. Un filósofo miraba la propiedad como una virtud, pues el lujo no es más que la última palabra de la propiedad, la propiedad elevada en todo su esplendor.

Ciertamente de todos los lujos el más fútil en apariencia es la flor, que nace y muere de un soplo, y sin embargo, la pobre obrera que coloca sobre su ventana un rosal comprado casi siempre á costa de su pan cotidiano, contrae en el fondo de su buhardilla no sé qué nueva naturaleza.

Un rayo de gracia ha tocado su frente, y entra con un vaso en la mano en el mundo de lo bello, ese lirismo de la mirada.

II.

Pero, replicais: tambien estamos léjos de creer que el progreso en la industria y el progreso en política prueba, al contrario, su incompatibilidad de naturaleza ante el espectáculo del mundo, pues el uno vive de ideas y el otro de goces.

De suerte que para gozar convenientemente el industrialismo aconseja desechar toda preocupacion de espíritu. No es el industrialismo quien ha procurado este partido de vientre satisfecho que se llama el partido conservador, y que yo llamo el partido limitado. Este partido egoista de por sí y para sí; este partido poltron y feroz por poltronería, mira una idea como una rebelion y una reforma como una catástrofe.

En una sociedad dirigida por el espíritu de industrialismo el escudo basta, y el gendarme puede conservar el escudo; y cuanto más interviene el gendarme más la cosa pública toca á su perfeccion. No habéis de libertad á un millonario salido del caoutchouc ó del animal negro, pues os considerará como un asesino, irá á buscar su revolver, ó más bien el revolver de lo que él llama un poder fuerte, de un matamoros coronado que le persuadirá que salva la fortuna pública gastándola en remunerar millares de talentos de segundo orden y en asalarinar convenientemente los cortesanos y cortesanías de su palacio.

Esto es lo que decís, y si no lo decís lo pensáis, y debo confesar que al presente teneis razon; sin embargo, aún os engañais. Tomais un cuarto de hora por un argumento.

Que el progreso marcha á paso de carga en industria, corriente; pero que marcha forzosamente en sentido inverso de la libertad nosotros lo negamos, pues

sería preciso maldecir el nacimiento de Watt, romper la máquina de vapor y volver á la rueca.

La dignidad importa más al hombre: entra más en la ley de su destino que la tela barata ó la locomotora á gran velocidad.

Así, pues, nada de libertad, nada de dignidad, nada de moralidad, pues el hombre no es un sér moral porque es un sér libre, y el día en que pierda una parte de esa libertad pierde incontinentemente una parte equivalente de virtud.

Homero ha sido el primero que lo ha dicho. Ved al esclavo.

El vicio prende más fácilmente sobre el alma pasiva; el alma activa tiene sólo contra él la fuerza de reaccion.

Sin duda á primera vista la industria desenvuelve desmesuradamente el espíritu de egoismo en cierta porcion de la sociedad. Jugar al alza, jugar á la baja, tratar la vida como una California de paso, recoger apresuradamente su lingote en el lodo y despues devorar aparte su botín, sin contar un instante con el corazón, con la idea, con el derecho, con la justicia, con todo lo que hace al hombre grande; tal es, en efecto, el hecho corriente de esta multitud innumerable, que se ingenia únicamente en poner una cifra sobre otra cifra, en vender con prima un cupon de una accion ó en ganar ó tocar un dividendo.

Pero si la industria mal entendida sobreexcita en un rincon de la sociedad una necesidad de bienestar, de reposo, falsamente llamado orden, como si el orden pudiese existir fuera de la vida para un sér viviente, preciso es convenir que rescata de una manera ámplia este inconveniente por el concurso que, sin saberlo, y por una especie de ley de la naturaleza, trae incesante al espíritu de la libertad.

Que tenga ó no tenga conciencia de ello, que tenga ó no tenga la voluntad, multiplicándose cada vez más el trabajo, y un trabajo cada vez más sabio, atrae cada dia sobre la escena del fondo del pueblo una masa cada vez más numerosa de trabajadores instruidos, viviendo á la vez del salario y de la inteligencia; geómetras, ingenieros, mecánicos, dibujantes, decoradores, ópticos, tipógrafos, artistas del cincel, del compás y de la luna, contra maestros de la civilización moralizados por el trabajo, que es el primer moralista del mundo; corazones ardientes, espíritus nuevos, abiertos á toda idea, deslumbrados al salir de la sombra á la claridad, pero sinceros con ellos mismos y prontos á retractarse y á seguir los pasos de la verdad.

Esta es la infatigable democracia, la segunda capa de la medianía llevada á su verdadera expresion. Los hombres de inteligencia, y por consiguiente de libertad salidos del proletariado, apenas eran ayer cien

mil, hoy son un millón, dos millones, y el número va siempre creciendo.

Cada vez que oimos la máquina de vapor batir el aire con su ritmo perdido en su vuelo tan rápido como el de la golondrina, la bendecimos desde el fondo de nuestro corazón con un religioso respeto, pues propaga la causa de la libertad, la causa de la democracia, más que ninguna palabra de cualquier hombre viviente. El camino de hierro es más que un medio de transporte: es el apóstol de la libertad.

Hasta este momento de la historia, hasta el perfeccionamiento de la mecánica aplicada á la industria, el trabajo no exigía del trabajador más que un gasto de fuerza, sin más idea que la que el buey tiene del arado. El obrero es, propiamente hablando, el apéndice de la máquina. Pero en nuestro tiempo, gracias al refinamiento de la mecánica, el trabajo exige del trabajador cierta acción de su inteligencia: el estudio de la aritmética, de la física, de la química y del dibujo.

Por la tarde, á la salida del taller, el obrero vuelve á encontrar esta inteligencia, ya desenvuelta una primera vez, curiosa é inquieta de un nuevo desarrollo.

El obrero lee, reflexiona, escucha las voces del siglo, aprende á contar con las ideas, y sin querer adular á uno con detrimento de otro, aprende á filosofar y á pensar.

Por una misteriosa concordancia de la civilización, todo nuevo orden de trabajo introduce una nueva clase en la sociedad, y esta nueva clase es otra arma intelectual de la libertad.

Cuando en medio de la Edad Media la multitud confusa y anónima de la servidumbre pasó á ejercer la pequeña industria del oficio de mano, del oficio de domicilio, la libertad dió su primer grito en Europa y sonó su primer clarín. Esta fué la hora de las corporaciones; la hora de los republicanos, tejedores y herreros de Gand, de Lieja, de Amiens, de Florencia. El tercer estado acababa de nacer, y debia crecer hasta llegar aquel dia en que dijo: «La nacion es mia.»

Cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo revolucionó la vida material del hombre, provocó un continuo va y viene de un lado al otro del Atlántico, acumulando la actividad social al borde del mar é improvisando en el límite movable de la ola otros capitales destinados á hacer frente á las colonias nacientes; el nuevo orden de trabajo suscitó aún una nueva clase, la clase comerciante, y esta clase comerciante dió la señal de una nueva expansion de libertad, no de libertad limitada ó puramente comunista, reducida á la sombra del campanario del pueblo, sino de libertad política, de libertad general, extensa, como la marcha del navío á través de la circunferencia del universo.

Las naciones marítimas han sido las primeras en dar el ejemplo de esta emancipacion en grande escala: primero en Holanda, luego en Inglaterra, después en la América del Norte, y por fin en Francia el dia glorioso de la toma de la Bastilla; en este dia las ciudades que más se distinguieron por su intrépido amor á la Revolucion, fueron precisamente las grandes metrópolis del comercio. El viento soplabá del lado del mar.

Al presente el trabajo de la mecánica ha esparcido sobre toda la superficie del país una actividad mil veces más considerable que toda la labor reunida del pasado, y ha improvisado una poblacion jóven como el siglo, progresiva como él, nacida de la libertad y hecha para la libertad.

Pues bien: cuando todo lo que trabaja en el mundo, desde el origen del mundo, trabaja para libertar al hombre y deponer sobre el suelo una nueva capa de libertad, y cuando hoy el vapor, la electricidad, esta creacion de ayer, puesta en movimiento por el genio humano; cuando la tierra removida hasta sus entrañas y estremecida como por el sacudimiento de un alma nueva; cuando esto conspira fatalmente para la libertad y trae á la libertad una fuerza capaz de levantar el planeta, ¿es este momento, hombre de poca fe, el que escogeriais para dudar del porvenir y decir como el otro vencido: «muramos»?

Nosotros estamos tan ciertos de la victoria del derecho por la sola fuerza de las cosas, sin la asistencia de ninguna otra fuerza, que aplazamos para el porvenir la causa de la Europa, y mientras tanto esperamos en silencio. Pero ved los pasos que ha hecho en la vida del hombre por el sólo poder de los principios latentes, y nosotros llamamos principios latentes todos los progresos, todos los trabajos de la sociedad, lo mismo los trabajos manuales que los trabajos del pensamiento.

Inmediatamente despues de la fúnebre reaccion á mano armada de la Monarquía contra la Revolucion, la Europa duerme bajo la mano de hierro de la Santa Alianza. Apenas la Francia, y la Francia es la Europa en cuestion de libertad, cuenta un pequeño grupo de ideólogos, últimos sobrevivientes de la Revolucion, fieles á su inmortal divisa. Quince años despues el grupo es toda la medianía. La masa ha cogido la levadura. Quince años despues la libertad ha descendido al pueblo, y el sufragio universal viene á consagrar la victoria. La libertad ha ganado millones de votos y vos gemís por algunas defecciones de minorías pequeñas, condenadas á llorar sobre sus viejos principios como sobre desvaríos de la juventud; os cubris la cabeza de ceniza y vais gritando por las plazas públicas: «¡ Todo se ha perdido !....» Al contrario, todo se ha salvado.

¡ Echad una mirada á la Europa !

A fines del último siglo la Francia proclama el principio de la soberanía nacional, y sin embargo, á pesar de la profecía de que la bandera tricolor daría la vuelta al mundo, ninguna voz responde á nuestra llamada, ninguna nacion corrige su gobierno; por todas partes, al contrario, pueblos y reyes marchan de comun acuerdo contra la Revolucion francesa para ahogarla en su cuna.

Veinticinco años despues estalla otra revolucion en París, y la Europa, indiferente al movimiento del 89, prende fuego, si no por todas partes á la vez, al ménos en Bélgica, en Polonia, en Portugal, en España y en Italia. La Alemania guarda silencio: escucha á Hegel.

La Hungría hacía su exámen de conciencia; respetaba aún al Austria.

En fin, cayó un trono en una mañana de Febrero. Vos sabeis algo de eso, y al momento, desde el Rhin hasta el Danubio y desde el Vístula al Tíber, todos los demás tronos de grandes y pequeños soberanos temblaron ó cayeron al mismo sacudimiento.

¿ Es que la Francia lleva la bandera en la Europa? Si la Francia duerme, la Europa duerme; si la Francia se mueve, la Europa se estremece.

¿ Es que la Francia ejerce sobre la Europa el poder de la iniciativa y la dominacion del ejemplo? No es

eso precisamente, sino que el movimiento del trabajo ha provocado por doquier el mismo movimiento de ideas, el mismo movimiento de libertad.

III.

¿En dónde están las pruebas, decís? Y precipitando pregunta sobre pregunta con un ardor que en cualquier otro parecería querer ganar la objecion de velocidad para escapar á la respuesta, nos preguntais acaloradamente en dónde, cuándo, bajo qué forma, en qué ocasion hemos sorprendido la historia en flagrante delito de progreso:

¿Es en los libros?

¿En las ideas?

¿En las artes?

¿En las pasiones?

¿En las instituciones?

¿En la felicidad pública?

¿En la dicha individual?

Y cerrais sobre este último capítulo el interrogatorio del pasado, como si hubieseis agotado en realidad todas las hipótesis del progreso.

Hablais de abundancia y teneis más derecho que nadie á la poesia, á la elocuencia, á la arquitectura, á la escultura, á la biblioteca de Persépolis, de Job, de Salomon, de Ciceron, de Napoleon. Pero de la religion ni de la ciencia ni una palabra, ni de la legislacion tampoco, y ménos aún de la suerte de la mujer.

¿Como habeis podido olvidar en el camino esas primeras funciones del problema? Teneis demasiada lealtad para buscar las ventajas sobre vuestros adversarios por reticencias, ó, como se dice en lenguaje de colegio, por omision.

¿Pues qué! ¿la religion será para la humanidad ménos que una estatua, la mujer que una columna corintia, el Código que un vaso etrusco, la astronomía que una pagoda india, la medicina que un período de Ciceron y la química que un gemido de Job en el muladar? Solamente aquel que no os conozca podría calumniaros gratuitamente suponiéndoos semejante pensamiento.

¿Por qué capricho ó por qué lapsus de pluma toda una parte de la humanidad, y la más importante, la habeis olvidado en esta rápida enumeracion de las condiciones del progreso?

Segun una presion secreta de vuestra tésis, sobre vuestro espíritu habeis sentido, ó más bien vuestro error ha sentido en vos sin vos saberlo, que si pronunciáis una sola de estas palabras de ciencia ó de re-

ligion el argumento iba á rebotar contra vos y á heriros con vuestra propia flecha como Philocteto.

No importa; mutilado ó no, yo acepto el debate tal como me lo habeis propuesto.

Vos escogéis el terreno, medís en el progreso su parte de campo y de sol; la verdad no puede sin peligro haceros esta concesion; no es verdad más que á condicion de ser verdadera, tanto en el conjunto como en los detalles.

Voy á señalaros todas vuestras objeciones una á una, en los términos mismos en que las habeis formulado.

¿Están en los libros, preguntais, estos monumentos escritos del pensamiento de los pueblos? No, pues juzgando por los sublimes fragmentos que se han podido descifrar de la China, de la India primitiva, de la Grecia y de Roma, no vemos que sean inferiores estos monumentos escritos á las páginas de la Edad Media, oscurecidas por las tinieblas, y de los dos ó tres últimos siglos, que son el crepúsculo del renacimiento del pensamiento. Las cenizas de la biblioteca de Persépolis ó de Alejandría no nos han dejado más que algunas chispas, pero estos chispazos atestiguan una hoguera tan luminosa como la de nuestra joven Europa.

En dónde está el progreso, ¿en los libros?

En ellos mismos, os contesto.

Los libros marcan probablemente un progreso sobre

los recitados ambulantes de las rapsodias. La lógica misteriosa de las cosas ha fundido de tal manera la lengua en su timbre, que no podreis tocar á una sola nota sin que ésta os dé el sonido del progreso.

Podemos, es verdad, en una hora de fatiga despedir al progreso y echar la cortina sobre la claridad para tomar un instante de reposo, pero no deja por eso de estar siempre allí velando el progreso que nos rodea, nos estrecha en sus brazos y nos penetra por todas partes y por todos los poros á la vez.

A la misma hora en que, sentado á vuestra mesa, ensayais negarlo con la pluma en la mano, sentado á vuestro lado os mira y se sonríe de vuestra ilusion; pues esta mesa, esta pluma, este tintero, este cuarto, esta ventana, este grabado, este espejo, todo lo que veis, todo lo que tocais, os recuerda el progreso de dónde procede, y teneis que predicar el progreso.

Cualquier cosa que hagais, cualquier cosa que digais, haceis acto del progreso ó la llamais conquista del progreso.

Vos atacais al progreso con la prensa, que es un arma del progreso. Renunciáis al progreso, pero la palabra misma de que os servís dice progreso.

Si el libro es un perfeccionamiento sobre la rapsodia, la multiplicacion del libro es tambien una conquista de más en la civilizacion, puesto que aumenta el número de los convidados de la inteligencia.

Al vomitar la imprenta por millones de ejemplares la palabra escrita sobre el mundo entero, ha puesto hoy, ó tiende á poner por todas partes al hombre al nivel de la más alta concepcion posible de la humanidad.

¿Pues qué es el hombre al salir de la cuna?

Un ser formado que necesita, para su desarrollo moral, un complemento llamado instruccion.

Por la instruccion solamente mantiene á respetuosa distancia al salvaje, su igual en físico. Por la instruccion solamente multiplica su alma tantas veces cuantas adquiere una idea.

Gracias á esta adquisicion reviste la naturaleza universal de la humanidad, que es la última y suprema expresion del progreso.

Roma tenía razon en dar el nombre de humanidad al estudio. El estudio es el ensanche del individuo y la medida de la especie.

Si la imprenta ha dado pruebas de progreso multiplicando el pan del alma, las ha dado aún más arrancando al libro, por efecto de su multiplicidad misma, de todos los eventos de la destruccion.

¿Por qué la biblioteca de Persépolis ó la de Alejandría ha sepultado para siempre una parte del ingenio humano?

Porque la dificultad de la escritura y su lentitud condenaban al pensamiento del sabio ó del poeta á circular en el mundo en un pequeño número

de ejemplares, algunas veces de un solo ejemplar.

Pero al presente, ¿qué antorcha incendiaria ó qué temblor de tierra puede destruir la obra escrita, la obra impresa esparcida con profusion sobre toda la superficie del planeta?

La difusion de la obra escrita por la prensa y la indestructibilidad de la obra por la difusion, son dos progresos que hemos llevado á cabo sobre la antigüedad.

¿Es decir por eso que haya perecido la antigüedad en su genio en Persépolis ó Alejandría, y que de esta hoguera luminosa, como decís, no ha salvado el tiempo más que una chispa?

Pues bien: esta chispa es la que la humanidad ha perdido salvando á la hoguera.

La antigüedad no ha conocido de seguro, y el viento no ha echado en olvido con las cenizas de Sераpeum, las de los poetas más grandes de la antigüedad, Homero y Virgilio; de los más grandes dramaturgos, Eschylo y Sófocles; de los grandes filósofos, Platon y Aristóteles; de los grandes oradores, Demóstenes y Ciceron; de los grandes historiadores, Thucídides y Tácito.

Nosotros en el dia poseemos las obras de nuestros antepasados en las civilizaciones, más ó menos completas, pero lo suficientes para juzgar su genio con conocimiento de causa y su genio en el pasado.

Sea cual sea la pérdida de la literatura de segundo

orden sustraída á nuestra curiosidad por un accidente cualquiera, no deja por eso de ser una pérdida para la pedagogia, y la imprenta ha merecido bien de la humanidad y de la civilizacion poniendo en adelante el pensamiento humano fuera del alcance del saqueo y del incendio.

Pero por esta palabra «libro,» palabra vaga, arbitraria y de doble sentido, no entendeis solamente, y me apresuro á reconocerlo, el libro material, el proceder material, más ó menos ingenioso; más ó menos rápido, de incorporar la palabra bajo un volumen dado y esparcir á la multitud esta moneda del entendimiento, sino toda la idea contenida en el libro, vulgarizada por el libro, pues la idea es la que principalmente constituye el valor del libro, y atestiguar el progreso por el hecho del libro es atestiguarlo en realidad en el hecho de las ideas.

Sobre este último terreno vamos á llevar el debate para justificar el dogma de la perfectibilidad.

¿Sabeis, mi ilustre maestro, que por vuestra manera de plantear las cuestiones arrojais á cada momento la réplica en crueles perplejidades?

Ahora mismo confundiais el libro y la idea, y luego confundís la idea con la poesía. La idea tiene, sin embargo, un sentido determinado en la lengua de la filosofía, en tanto que la idea, propiamente dicha, significa nocion y únicamente nocion. Buscar el progreso

en el orden de ideas es buscarle en el orden del conocimiento; ni la poesía, ni la elocuencia, ni esta ni la otra tienen que intervenir aquí en el debate: separo, pues, respetuosamente á Homero y á Job por causa de incompetencia.

Pero después de haber apartado este primer obstáculo, tropiezo con un nuevo impedimento.

Se podría aún en rigor replicar á estos argumentos, porque en el orden de la lógica yo abogo ante la razon, y la razon no acepta en su tribunal más que razones. Pero á los nombres propios, á las estatuas, á los ídolos levantados ante nosotros desde la altura de los siglos y perfumados con el incienso de todos los pueblos, cubiertos de todas las guirnaldas y de todos los aceites olorosos de los pedagogos y de los gramáticos, consagrados y santificados desde los bancos del colegio por todas las adoraciones y las genuflexiones de diez, veinte y treinta generaciones, ¿qué tenemos qué responder, qué tenemos qué decir sino caer de rodillas y humillar nuestra frente en el polvo?

—¿Ves esto? decia un dia en plena sinagoga un rabino á Spinoza.

Y le enseñaba un instrumento misterioso y terrible que nadie hasta entónces habia osado mirar, pues era por este instrumento, como por la trompeta del juicio final, por donde Dios en persona soplaba su cólera y lanzaba la excomunion.

—Lo veo, respondió friamente Spinosa, es una corneta.

El filósofo dijo aquella palabra del misterio, y el anatema perdió su prestigio.

Pero ¿quién podría hoy reivindicar contra el fetichismo de la antigüedad la independencia de espíritu de Spinosa sin hacer estremecer de horror la sinagoga y hasta hacer gritar á la piedra: «sacrilégio»?

No puedo, sin embargo, dejar de notar que para juzgar sabiamente los géneos del pasado, debemos, tanto unos como otros, precaver nuestra imaginación contra los efectos de lo lejano. El espíritu también tiene su ilusión de óptica. La gloria remonta á la antigüedad; á su mérito intrínseco el tiempo añade un reflejo de suplemento. El tiempo basta para formar una gloria á falta de otro mérito.

Ciertamente que la Minerva de Fidias podía desde el primer día pasar por la personificación más hermosa de la sabiduría armada. Pero la multitud la había visto salir del mármol bajo el cincel del artista, la había visto conducir por una caballería desde el taller á la Acrópolis, y con preferencia á esta divinidad de ayer, nacida á la vista, si así puede decirse, va á adorar en un rincón del templo no sé qué Pálas antigua, esculpida en los buenos tiempos de la Grecia sobre un tronco de peral salvaje y embadurnada de

bermellón. Pero allí estaba siempre y exclusivamente para el pueblo la verdadera diosa.

¿Qué es un fetiche? Un pedazo de madera viejo.

¿Qué es un noble? Una tira cortada de pergamino.

El tiempo, y sólo el tiempo, es el que constituye sólo todo su valor.

¿Habeis notado alguna vez en el Museo del Louvre un grano de trigo cuidadosamente guardado en una urna de cristal? ¿Qué ha hecho aquel grano de trigo más que los otros para figurar así en el estado de monumento sagrado en el fondo de un relicario? Que ha reposado por espacio de tres mil años bajo los pliegues de las vendas en una necrópolis de Egipto. Tiene tres mil años de fecha, y esta fecha alcanza á los Faraones.

Los nombres de los hombres no atraviesan impunemente treinta siglos, pues adquieren á través de esta peregrinación, á través del tiempo, no sé qué mágica aureola, independiente de las obras de su ingenio. Nosotros no poseemos ni un solo verso de Orfeo, y sin embargo, ¿quién se atrevería á comparar á Orfeo el poeta más grande de la actualidad? El amante de Eurídice flota siempre á las miradas ofuscadas entre el cielo y la tierra, entre las estrellas y las flores de los prados.

No pensamos poner en parangón el génio de la víspera con el génio de la antigüedad para demostrar el progreso de las ideas, porque en el paralelo tendría-

mos en contra el tiempo, es decir, las preocupaciones.

No buscamos si un filósofo ó un moralista de nuestra época ha pensado más profundamente que Job, como decís, ó soñó mejor que Platon. No podríamos hacer chocar entre sí nombres propios sin que de este choque saliese una chispa sobre la discusion.

Planteemos la cuestion de otra manera si queremos resolverla.

Preguntamos sencillamente si los hombres de hoy tienen más ideas, más ideas justas, bien entendidas y no huecas, como los hombres de otras veces, y si las ideas de nuestro tiempo brillan sobre mayor número de inteligencias que en el tiempo del paganismo.

Acrecentamiento de conocimientos y difusion de estos conocimientos adquiridos, son las dos condiciones del progreso de las ideas. ¿La Europa las ha realizado una y otra desde el Renacimiento? Hagamos el balance de la verdad.

Pero veo ya, al reflejo de la lámpara encendida en este momento sobre mi mesa, salir de la sombra el triste y austero espectro de Pascal, que reclama la primacia. ¡Pobre génio turbado, arrojado bruscamente á la entrada del porvenir y estremecido con un sentimiento de terror! Él conservó toda su vida la majestuosa melancolía de la aurora de Miguel Angel. La naturaleza le habia hecho profeta; él fué el primero que penetró con su mirada en el mundo del progreso;

pero despues de haber entrevisto la luz entró en la noche de la Edad Media con un grito de desesperacion. Sin embargo, no por eso deja él de ser el primero que ha desgarrado el velo del santuario.

Le dejo, pues, la palabra; la verdad en su boca tendrá mayor autoridad.

«No solamente cada uno de los hombres, dice él, avanza de dia en dia en las ciencias, sino que todos los hombres juntos hacen un continuo progreso á medida que el universo envejece; porque lo mismo sucede en la sucesion de los hombres que en las edades diferentes de un particular. De suerte que los hombres que se suceden durante el curso de tantos siglos deben ser considerados como un mismo hombre que subsiste siempre y que aprende continuamente; de donde se ve con cuánta injusticia respetamos la antigüedad en los filósofos, pues así como la vejez es la edad que está más distante de la infancia, ¿quién no ve que la vejez de este hombre universal no debe buscarse en los tiempos más próximos á su nacimiento, sino en aquellos que están más distantes?»

Vos sois por el génio de la familia de Pascal. ¿Reconoceis la voz de la sangre en este lenguaje? Volvamos ahora á la demostracion y al razonamiento del sublime géometra, añadiendo dos siglos más de argumentos.

IV.

Desde luego hacemos constar como un hecho que si los antiguos han tenido ideas, nosotros las tenemos como ellos, puesto que nos las han legado. Lo que ellos han dicho nosotros lo sabemos; lo que ellos han dicho nosotros podemos volverlo á decir. Nosotros poseemos la misma riqueza que ellos, bajo el punto de vista de la ciencia, sin tener otro trabajo que nacer despues que ellos y recoger su herencia.

Se encuentra á primera vista la superioridad del presente sobre el pasado y la presuncion del progreso; pues desde el momento en que nosotros, los últimos venidos, no tenemos ya que hacer mas que lo que ellos hicieron, ni descubrir más que lo que ellos descubrieron, tenemos, á ménos de perder nuestro título de hombres y de cesar de pensar por nosotros mismos, plena facilidad para proceder á nuevos descubrimientos y á nuevos conocimientos.

Busquemos, pues, si no hemos añadido nada al patrimonio de nuestros padres, ó si no vivimos sencillamente más que del capital. Confrontemos de buena fe las nociones que nuestros abuelos nos han trasmitido con las doctrinas que nosotros profesamos al presente

sobre Dios, el mundo, el hombre y la sociedad. ¿Qué idea tenían los antiguos de la Divinidad? La idea que les inspiraba el espectáculo mismo de su destino.

El hombre ve á Dios á través de su sufrimiento ó de su beatitud. ¿Podrá hacerlo de otra manera? Puesto que ve en sí el efecto y en Dios la causa, debe necesariamente, bajo pena de violar la ley de la identidad, caracterizar la causa al carácter del efecto. Entónces pues, cuando la suma del mal lo arrastra sobre la suma del bien, como en el origen de la sociedad en que el hombre lucha con fuerzas desiguales contra la naturaleza, la religion sienta desde luego sobre el trono del mundo á un Dios terrible, el rey del espanto.

Pero al lado del mal el hombre encuentra, sin embargo, aquí y allí, el bien sobre su camino, y la vida tiene aún por él la ocasion de sonreír. Entónces al Dios terrible añade ó más bien opone un Dios bienhechor; pero impotente para conciliar estos dos dueños tan opuestos, delega á cada uno en el cielo un sitio diferente de accion. El uno destruye, el otro conserva; uno mata, el otro crea; uno pide por culto sangre sobre el altar, el otro la cosecha de los campos.

En el punto de partida de esta gran lucha, el Dios malo ejerce sobre su concurrente la supremacia; pero á medida que la humanidad marcha y destruye á cada

paso la proporcion del bien y del mal, el Dios bueno vuelve á tomar sucesivamente la ventaja y acaba por echar del cielo al Dios malo.

En la más remota civilizacion sanskrita, Siva, el dios malo, acapara por su cuenta personal la adoracion de la multitud y Brahma espera en silencio su turno.

En Persia, segunda época de la civilizacion, Arihman, dios subalterno, ha perdido ya su copropiedad en la eternidad. Un dia debe venir Ormutz, el dios bueno, para precipitarle en el abismo.

En Egipto, tercera etapa de la civilizacion, Osiris gana la victoria en este mundo y relega á Tifon al desierto.

En Grecia, ¿que es Saturno? Un dios envuelto en la leyenda.

Júpiter reinó solo en el primer rango sobre la inmensidad del imperio.

En Judea apenas se recuerda á Moloch: Jehovah lo ha consumido al pasar con el rayo de su mirada.

Más tarde, en fin, despues de Jehovah, el príncipe malo descende del estado de dios al estado de ángel caído, tomando en la nueva teogonía la figura grotesca de Satanás.

Durante esta recrudescencia de sufrimiento material llamada la época de la Edad Media, Satanás tiene entre los hombres un papel importante, haciendo reso-

nar el mundo con su nombre y cubriéndole con sus alas de cuervo.

Pero al presente, ¿en dónde está Satanás? ¿quién lo ha visto? ¿quién lo ve? ¿quién le da una parte en su alma ó en su terror? Algun que otro aldeano de esos que viven en los campos cuidando sus rebaños, apartados de toda civilizacion.

Así es que, á medida que la humanidad marcha, deja atrás el mal y tiene mejor opinion de la Divinidad. En el principio, y durante largo tiempo, la accion de Dios sobre la tierra no tuvo más que un nombre: fatalidad.

Fatalidad, ¿lo ois? es decir, un Dios implacable, un Dios insensible, un Dios indiferente, jugando con el hombre como el viento con la paja del camino.

Pero de repente un soplo de gracia pasa sobre la tierra, y la tierra siente estremecerse en su seno á un recién nacido; la rosa de Samaria florece, la viña de Engaddi madura, y un Dios bueno, un Dios tierno, un Dios amante, un Dios de todos y para todos viene entre nosotros, en nuestras calles, en nuestras fiestas, al borde de nuestros estanques, á consolar al afligido, curar al herido, ensalzar á la mujer, multiplicar el pan, cambiar el agua en vino, rescatar al esclavo.

Jehovah, siempre con el trueno en la mano, amenazaba, maldecía, castigaba ó mataba; él, al contrario, con su dulce mirada, su frente iluminada de una paz

celeste, se complace en bendecir eternamente, en vez de quitar la vida al hombre en expiacion de su venganza; él le da su propia vida en sacrificio, y á partir de este momento la accion de Dios en el universo, llamada hasta entónces fatalidad, cambia de nombre, tomando el título de Providencia.

El mundo actual tiene, pues, sobre el mundo antiguo toda la superioridad de la idea de la Providencia sobre la idea de la fatalidad.

¿Qué idea tendria el mundo antiguo, de lo infinito, en cuyo seno flotamos, pasajeros de un dia, como sobre un grano de polvo? Idea modesta en demasía, pues nuestros padres creian que el cielo era una cúpula sembrada de estrellas por cuestion de adorno. Segun ese sistema, la tierra, superficie plana, cerrada por el abismo en toda su circunferencia, descansaba sobre su eje en el centro de la cúpula.

El sol, vagamundo del cielo, figuraba ser un carro de fuego que un dios de segundo orden llevaba todos los dias de oriente á occidente.

La antigüedad colocaba un dios de centinela en todas partes donde veia una fuerza de la naturaleza. Si oia el trueno, era un dios que rodaba el rayo; si mugian las olas, era el dios que sacudia su tridente; si el volcan se estremecia, era un dios que golpeaba la fragua, y así todo lo demás. Esta explicacion era seguramente poética y cómoda para comentar el drama del mun-

do sin otro trabajo que buscar en cada episodio de la vida un nuevo nombre de autor; ¿pero era suficiente para explicar al espíritu la majestad del universo?

¡Cómo! ¿un hombre de ayer, puesto que es un siglo en el reloj de la eternidad; un hombre, repito, ha enviado del fondo del abismo, á través de la inmensidad, su pensamiento á pesar el mundo y sorprender las leyes de la gravitacion?

¡Cómo! ¿este otro ha restituido al planeta su sitio en el universo y trazado con la punta del dedo en el espacio la forma de su elipse?

¡Cómo! ¿este ha exhumado del terreno el registro de la primera génesis, este otro ha descubierto el cálculo infinitesimal, el álgebra, la dinámica, la botánica, la química, la estática, la metereología, la fisiología, la física, la mineralogía, la anatomía, la biología, la economía, todas ciencias nuevas, todas ciencias modernas, desconocidas ó casi desconocidas á los antiguos, llamadas todas, sin saberlo, á dar al hombre una nocion más exacta del misterio de la naturaleza y un sentido más religioso de lo infinito, y preguntais aún si tenemos más ideas nuevas que en la antigüedad? Pero ¿es esta la idea que vos, nuestro poeta bien amado, sembrais á cada instante bajo vuestros piés cuando subís la colina para entonar en voz alta el canto de gloria de las inagotables é incommensurables magnificencias de la creacion?

Sea, diréis tal vez; la edad moderna ha retrocedido más allá en el espacio del misterio, salvo volver á encontrar la pared bien cerca aún; pero sobre el hombre mismo, en el capítulo de seguro más interesante del conocimiento, ¿ha adquirido verdaderamente alguna verdad? El *Conócete á tí mismo* de Sócrates, ¿no es la señal de toda la filosofía del día? A pesar de la ambición de tantos sistemas para penetrar el enigma humano, ¿no es la duda el último análisis, el lecho del reposo de la sabiduría?

No, respondo yo atrevidamente; en cuanto al físico del hombre tenemos seguramente nociones que la antigüedad ha ignorado ó apenas conocido. Los sabios de nuestros días han desmontado el mecanismo del cuerpo pieza por pieza; nosotros hemos tocado el peso, contado las ruedas; sabemos hoy día á través de qué incubaciones silenciosas el feto llega sucesivamente, como por una especie de repetición oculta del drama entero de la génesis, al último grado de la escala en el estado de obra maestra viva de este universo.

Podemos decir por qué exclusas la sangre se precipita en el organismo, é inflamada al contacto del oxígeno circula indefinidamente para alimentar, reparar y calentar la vida á su paso. Sabemos por la fisiología por qué innumerables laberintos el fluido nervioso lleva la inyección del movimiento del cerebro á cada miembro, y la sensación de cada miembro al cerebro.

La esencia del hombre tiene dos polos: el cuerpo y el espíritu; conociendo como conocemos mejor uno de los términos del problema, que es el cuerpo, hemos podido definir con más exactitud el otro término, la inteligencia, y colocar el límite entre estos dos mundos con más equidad.

¡En cuanto al hombre moral, Dios me preserve de decir que la antigüedad haya desconocido el signo sagrado que hace de él el reflejo vivo de Dios sobre la tierra!

Platon ha sido el primero que ha puesto en evidencia el alma para que no pueda en adelante alcanzarla ninguna objecion en su esencia; pero deslumbrado con este primer rayo de verdad, ha suprimido el mundo, colocando por doquier la idea en lugar de la realidad, haciendo de lo infinito un vacío inmenso poblado solamente de abstracciones. La escuela peripatética ha corregido sin duda el error reintegrando en el alma humana, bajo el nombre de categorías, las ideas del alma humana retiradas por Platon é imprudentemente sembradas á través del espacio.

¿Quiere decir esto que los dos grandes metafísicos de la Grecia hayan cerrado al salir las puertas de la filosofía, y que despues de ellos el espíritu humano, agotado ya, no pudiese balbucear eternamente una palabra sin poder descubrir por sí mismos ninguna nueva noción? Pero, según eso, en vez de erigir en el pan-

teon de la humanidad estatuas á Baco ó á Descartes, deberíamos, por el contrario, condenar al olvido su memoria, pues en vez de pensadores originales, no serían realmente más que las sombras de la antigüedad.

Y notad que no tenemos que buscar en esta tesis del progreso si Platon ó Aristóteles han tenido más ó ménos génio que Descartes ó Leibnitz, pues sería discusión imposible y ociosa, sino solamente si la filosofía moderna, poseyendo todas las verdades de la filosofía antigua, y por consiguiente todos los elementos de las verdades nuevas, ha clasificado mejor las facultades del alma, profundizado mejor los problemas íntimos del espíritu humano y los otros problemas que se derivan por vía de consecuencia.

Plantear la cuestión es resolverla, pues de todas las tentativas imposibles la más imposible seguramente es la de querer tratar de la filosofía y de colocarse en el rango de la ciencia haciendo abstracción de todo el movimiento de ideas elaboradas y de todo el conjunto de pruebas adquiridas desde hace 300 años en Europa. Veamos ahora qué idea tenía la antigüedad del hombre en sociedad.

De la humanidad hacía dos partes, dos razas distintas marcadas una y otra en su carne y en su constitución, nacidas é instituidas desde la eternidad, una para mandar, la otra para obedecer; una para soportar el látigo, la otra el collar; y no solamente en hecho

sino en aplicacion y científicamente en teoría. Leed á Platon y á Aristóteles en cuestión de esclavitud.

En la raza libre había también otra desigualdad entre el hombre y la mujer. La mujer, destituida de alma, era, propiamente hablando, una forma de la propiedad. Sometida á la poligamia ó al repudio, especie de poligamia sucesiva, pertenecía por completo al marido, sin tener el derecho de esperar á la reciprocidad y sin pretender en cambio de su afección, confiscada de buen ó mal grado, otra cosa que el turno de favor.

Encerrada en el recinto del haren, vivía en la soledad más cruel: la del espíritu. Solamente en Roma, es decir, al final de la civilización antigua, tuvo la autorización para aprender á leer y contar con el pensamiento.

Ved aquí cómo, dominado por el hecho existente, la ciencia política comprendía por el otro lado del cristianismo la relación del hombre con el hombre en la ciudad, y del hombre con la mujer en el interior de la casa.

¿Comprendía con mayor equidad la conexión de raza á raza, y de sociedad á sociedad?

La historia responde á la pregunta con un grito de pillaje y carnicería. Un pueblo creía ganar en riqueza y prosperidad cuanto más destruía el territorio extranjero. Aristóteles clasificaba el pillaje entre los

medios legítimos de adquisicion y los medios de riqueza, sin sospechar un instante que la devastacion del vencido empobrece en realidad al vencedor, y que la esterilidad de un territorio recae sobre el otro por una consecuencia forzada, y que cortando la produccion en la raíz, la guerra suprime una ocasion de cambio.

Y ahora veamos si tenemos una doctrina más sabia, más racional que esta teoría de fuerza y de casualidad sobre la relacion del hombre con el hombre en la ciudad, de la mujer con el hombre en el hogar doméstico, y del pueblo con el pueblo en la humanidad. Para esto basta comparar nuestro Código con cualquier otro, aunque fuese el Deuteronomio, y nuestro derecho internacional actual con el implacable *vae victis* de Breno, derecho admitido en la antigüedad.

El siglo sin duda tiene mucho aún que ganar, mucho que conquistar sobre las preocupaciones del pasado, extraviadas y retardadas en nuestra civilizacion. Pero tenemos que esperar y confiar, pues la razon humana, siempre inspirada, siempre activa y armada hoy con la prensa, con el vapor, el camino de hierro y el telégrafo eléctrico, acaba ó continúa en hacer de la familia un alma en dos; de la nacion una familia de muchos; del universo un taller comun y un mercado de cambios.

Y puesto que he pronunciado la palabra razon, per-

mitidme evocar aquí un recuerdo, no por la pueril satisfaccion de poner un contradictor en oposicion con él mismo, sino simplemente para tener ocasion de entrar con él en simpatía de ideas.

En la víspera de una fecha memorable en Europa, y en el suelo glorioso en que la viña, planta nacional por excelencia, parece verter con la gota de vino el patriotismo en el corazon de la poblacion, la muchedumbre se agolpaba compacta y unida para celebrar la conmemoracion de la primera Revolucion.

La casualidad, ese profundo dramaturgo, habia querido que precisamente ese dia se declarase una violenta tempestad en la atmósfera. El viento soplabá con violencia y habia desgarrado la tienda del banquete, como desgarró otras veces el velo del santuario.

Mientras que á través de los agujeros de la tela hecha pedazos el cielo, conmovido hasta en su profundidad, parecia descender en lenguas de fuego sobre la cabeza de los convidados, un hombre, de pié, tranquilo, dormido por los relámpagos, con la mano levantada como para dar testimonio del dios Progreso, dirigia esta magnífica invocacion al triunfo progresivo y continuo de la razon.

«Al triunfo regular, *progresivo* y *continuo* de la razon humana. Al triunfo de la razon humana en las ideas, las instituciones en las leyes, los derechos de todos, en la independencia de los cultos, en la enseñanza, en las

letras, en el fondo y en la forma de los gobiernos.

» La razon humana, por más que digan los amantes de las tinieblas, es la confidencia divina de la Providencia sobre la tierra. Es la revelacion continua de las verdades, cuya claridad se acrecienta *sin cesar* sobre el horizonte de los pueblos. La razon humana es la fê intelectual de la Francia.

» La grandeza de la Francia está, por decirlo así, ligada á la grandeza del espíritu humano.»

Jamas subió al cielo palabra más santa, y erais vos quien tenía la copa en la mano, vos, nuestro amado maestro: volved á beber de ella como en signo sagrado de regeneracion, de libertad y de progreso.

V.

Voy á abordar la cuestion mas árdua en esta controversia: la cuestion del arte en general y del arte plástico en particular.

Os confieso que tengo necesidad de llamar en mi auxilio á todo el poder de la verdad, puesto que tengo que defender su tésis, no solamente contra enemigos declarados, sino contra los partidarios más ó menos temidos del progreso.

Muchos de entre nosotros creen que la antigüedad

llegó al más alto grado de perfeccion en todo, tanto en arquitectura como en escultura, en música como en poesía, y que nosotros no podemos subir un grado más en el ideal de la belleza.

Estos espíritus oscilantes, que no tienen esclarecida su opinion ni puesto en órden su principio, viven en realidad sobre una contradiccion y sobre una inconsecuencia. Desde el momento, en efecto, que admiten el progreso en el hombre por la facultad de lo verdadero y le retienen en la facultad de lo bello, desgarran el alma en dos, asignando á cada pedazo un movimiento en sentido inverso.

Vos teneis sobre estos indecisos de la verdad la ventaja de la unidad de doctrina, y negais el progreso por todas partes, tanto en el mundo de la ciencia como en el mundo de la estética. Esta es vuestra conclusion sobre este punto:

«En el arte está el progreso, nos responden el Egipto, la Siria, las Indias; el Partenon, Fidias, los broncees, las estatuas, las medallas, las obras de arte y los vasos etruscos. El eterno esfuerzo de nuestras artes modernas es remontarse á esos tipos de lo bello en la arquitectura y la escultura; y como las artes toman ordinariamente su nivel en una misma época, todo hace conjeturar que las artes del espíritu igualaban en perfeccion á aquellas sólidas materias que han llegado hasta nosotros en obras maestras del arte.

»¿Está en las instituciones?

»No, porque nosotros flotamos como en la antigüedad entre cinco ó seis formas políticas de gobierno enumeradas por Aristóteles.....»

Empecemos por borrar la India del catálogo, pues la India de Brahma dormitaba en cuestion de arte con el sueño de la infancia; sin embargo, ha podido en Ellora y en Elefántida ahuecar en los flancos de las montañas inmensas cavernas para soportar el peso de los techos de monstruosas columnas en forma de elefante; ahondar estanques en las naves de estas pagodas subterráneas para precipitar allí desde la cumbre de las montañas las cataratas que caían en el fondo del santuario para dar de beber á los bueyes sagrados. Sin embargo, á pesar de este gigantesco esfuerzo y de este prodigio hecho en el granito, no ha podido elevar esta colaboracion panteística con la naturaleza hasta la altura de la arquitectura propiamente dicha, ni de la escultura.

La arquitectura empezó en Egipto, arquitectura severa, monótona como la llanura del desierto, elemental, uniforme; reducida á una sola figura, la pirámide; á una sola línea, la línea recta, como si quisiese dejar ver en la sencillez y la inflexibilidad del perfil la pobreza y la inmovilidad de la civilización.

La Grecia recibió el secreto del arte arquitectural

de mano del Egipto, para fundirle en un molde, más esbelto y más rico á la vez. Su genio dió al mármol variedad, gracia, elegancia, armonía, inventó el frontispicio, impuso un ritmo á la columna.

Roma prosiguió la evolucion, continuó el sistema griego; pero le engrandeció, le desenvolvió, trajo la bóveda al mundo, y de la bóveda sacó todo un orden de monumentos nuevos, el circo, el palacio, el puente, el acueducto.

La Edad Media, en fin, lanza la bóveda en el cielo, su eterna aspiracion; la afila en ojiva; multiplica la línea y realiza hasta un nuevo orden para la catedral, suprema fórmula de la arquitectura.

Ved aquí el progreso. El progreso no consiste, como se cree generalmente, en alcanzar en el orden sencillo una especie de perfeccion relativa, sino en proseguir en el orden complejo el mayor número de impresiones posibles y en hacer el circuito del alma humana hablando á todos los sentidos á la vez y á todas las facultades.

Vos afirmáis que todas las artes en el mismo país y en el mismo siglo toman natural y necesariamente el mismo nivel.

La historia, sin embargo, rehusa seguiros en esta hipótesis.

¿Qué es, por ejemplo, en Egipto comparativamente á la arquitectura?

Un signo, un jeroglífico, pero nunca un arte marcado y de verdadero sello de la naturaleza.

La Grecia ha tenido la gloria de encontrar el *non plus ultra* de la belleza humana en la escultura; ha encontrado también, preciso es confesarlo, una gran facilidad para esta obra en el simbolismo particular de su religion.

La estatua sola tenía el derecho despues de la liturgia de representar la Divinidad, y luégo, como la divinidad pagana divergia en el infinito en una innumerable cantidad de dioses, de diosas de toda especie y de toda naturaleza, la estatuaria tenía también una inextinguible profusion de obras de todo género y de todos tipos que reproducir de alto abajo del Olimpo.

La Grecia ha tomado, lo reconozco de buen grado, la cumbre del arte en la apoteosis del cuerpo del hombre por el mármol y el bronce. Pero esta perfeccion de un órden limitado ¿ha agotado realmente el progreso como cuestion de arte, condenando al mundo en adelante á la inmovilidad?

Lo mismo valdria decir que por haber encontrado desde el primer dia la forma perfecta del hacha, ha renunciado la industria á inventar nuevos instrumentos de trabajo.

La estatuaria por su naturaleza misma no puede representar más que un órden de belleza: la forma, la línea, el gesto, la actitud. Cada arte tiene el límite de

su procedimiento. El mármol deja á un lado todo un mundo de ideas y sentimientos. La estatua no tiene mirada; en los ojos está el hogar de la emocion, en los ojos el rayo del alma que descende y por los ojos la esparce el hombre fuera á su alrededor.

La escultura, por otra parte, no comporta ninguna accion múltiple compuesta de muchos episodios ó muchos actores. El personaje aislado ó del grupo es su funcion, ó á lo sumo una serie de figuras condenadas á desfilar sobre un mismo plan como en los frisos de Fídias. El alma, la naturaleza, la luz, el calor, la accion, es decir, la misma vida en su magnífica amplitud es para ella una página cerrada.

La pintura, forma de arte espiritualista nacida de una religion espiritualista como ella, podia sólo traducir con la mirada el drama y el sentimiento en su infinita variedad. De suerte que la pintura data del Renacimiento.

Se habla en verdad, de pintura en la antigüedad; pero como ha destruido la accion del tiempo hasta el último vestigio, se la ve á traves de la escultura antigua, juzgándola sobre el mérito de esta escultura, y proclamar por analogía una especie de igualdad retrospectiva en Aténas ó en Roma entre el cuadro y la estatua.

Segun confesion de la misma historia, la pintura en los primeros tiempos ignoraba la perspectiva y el

claro oscuro, es decir, que desheredada de la mitad de las notas del clavijero debía necesariamente producir una armonía incompleta bajo la mano del artista.

Pero ¿tenemos el derecho de razonar en pro ó en contra de un arte ausente, sepultado, desvanecido para siempre tras el horizonte del tiempo? ¿Por qué no, puesto que la pintura antigua, digan lo que quieran, ha dejado en pos de sí como una sombra de ella misma, suficiente para apreciar, si no la obra, al menos el sistema?

Nosotros no conocemos, sin duda, ningún cuadro de Timanthe ó de Parrhousius; pero poseemos la contraprueba. Roma, medianamente dotada del genio artista, tomaba su partido de su inferioridad, copiando las obras maestras de Atenas y de Corinto, sacando cien ejemplares de una misma estatua. Después de haber conquistado la Grecia le robó las pinturas, y la reproducción constituyó desde entonces para ella una industria.

Una corporación de copistas llamados Ectypes fué de ciudad en ciudad, por toda la Italia, calcando, si así puede decirse, las composiciones de los maestros griegos, representándolos sobre el estuco en cada casa y en cada villa.

Pompeya fué una de estas ciudades decoradas por la mano de estos Ectypes, y al descubrirla se ha podido apreciar la pintura griega, con la diferencia, sin em-

bargo, que existe entre el artista y el copista. Pues bien, del estudio de las innumerables composiciones de Pompeya, la crítica ha podido deducir que la pintura antigua era en realidad una variante del bajo relieve y bajo relieve por el color.

La misma composición y el mismo orden, poca acción, ningún contraste, los menos personajes posibles, y lo más amenudo, Zeuxis por ejemplo, imitando la piedra. En cuanto al paisaje no había que hablar, pues en esta cuestión la antigüedad estaba en la infancia; un puente por aquí, una puerta más lejos, un arbusto por otra parte.

¿Es esta en conciencia la pintura inspirada y múltiple de las edades que la siguieron? La pintura épica, dramática, patética, majestuosa, coloreada, graciosa, pensadora, íntima, doméstica, abrazando á la vez de Rafael al Veronés, del Veronés al Poussin, del Poussin á Lesueur, de Lesueur á Rembradt, de Rembradt al Lorenés; que refleja á la vez el cielo y la tierra; la luz y la vida; la humanidad y la naturaleza; la historia y la leyenda, y sobre esta escena infinita representando todos los dramas del hombre, todos los momentos de su alma, sus goces, sus fiestas, sus dolores, sus tristezas, sus martirios, sus ensueños, sus intimidades, sus ternuras, sus efusiones, sus piedades, sus éxtasis.

Y en frente de todas estas explosiones del sentimiento, expresadas sobre la tela y las paredes, en Ita-

lia, en Francia, por todas partes de Europa, ¡buscáis aún en el arte una prueba del progreso! Pues acordaos ó mirad una vez la *Creacion del hombre*, de Miguel Angel; el *Spasmo*, de Rafael, ó cualquier obra de este genio divino; el *Eudamidas*, del Poussin; el *Bruno*, de Lesueur; el *Cristo en la tumba*, del Ticiano, *La Boda*, del Veronés; la *Leccion de anatomía*, de Rembradt; la *Salida del sol*, del Lorenés. Id en seguida á buscar en vuestra memoria los últimos restos, los gloriosos mármoles de Fídias, las obras maestras del Vaticano, las pinturas de Herculano y Pompeya; y si despues de esta atenta comparacion de las inspiraciones del arte en la antigüedad y de las inspiraciones del arte en la época del Renacimiento, persistís aún en plantear la cuestion, ¿en dónde está el progreso? Renuncio de aquí en adelante á buscar la verdad y más aún á demostrarla; ya no hay entre nosotros sino un criterio comun de juicio.

¿Qué diremos de la música? Que no conocemos ni la música instrumental ni la vocal de la antigüedad. La nota caída de la lira de Safo ha huido con la brisa en el espacio, y ningun eco del canto antiguo extraviado en nuestros dias puede servirnos hoy como punto de comparacion; por consiguiente, no podemos razonar al presente más que por hipótesis.

Pero si nosotros no conocemos la música de la antigüedad, conocemos al ménos sus instrumentos: ¿hay

necesidad de nombrarlos? La flauta, la lira, el flajoolé, la zampoña. ¿Creeis que una orquesta compuesta de semejantes instrumentos pudiese interpretar una sinfonía de Beethoven? ¿Qué digo una sinfonía, si la Grecia ignoraba la armonía, bastándole sólo á su oído la melodía?

Así se ve que lo que constituye el progreso en el arte, como en todo lo demas, es la afluencia del mayor número de elementos y la sábia combinacion de estos elementos; la armonía es un progreso sobre la melodía, á pesar de la paradoja de Aristóteles, que proclamaba que el canto era tanto más agradable cuanto más sencillo y que prefería el solo al concierto.

En fin, para resumir, la catedral es un progreso sobre el templo, porque tiene á la vez la arquitectura, la escultura, la pintura, el órgano, la campana, el reloj, una variedad infinita de líneas, de voces, de sombras y de luces.

La pintura es un progreso sobre la escultura, porque reúne la línea, la forma, la hermosura, la expresion, la emocion, el colorido, el claro-oscuro y la accion, teclado completo del alma humana.

La ópera es un progreso sobre el canto acompañado de la flauta, porque es solo, duo, coro, orquesta, drama, decoracion, baile.

Lo complejo es el signo del progreso en el mundo estético, tanto como en el órden de la naturaleza.

VI.

Veamos ahora la poesía.

Pero antes de decidir entre el pasado y el presente, empecemos por determinar el carácter de la poesía.

¿Ha sido la poesía, ante todo, el sentimiento expresado por la palabra, ó simplemente la forma destinada á revestir ese sentimiento? ¿El verso, en una palabra, es un ideal ó un ropaje? Y en el caso en que fuese uno ú otro, ¿á cuál de los dos dar la preferencia?

La cuestion vale la pena de ser planteada, pues cada día vemos confundirse estos dos órdenes de ideas esencialmente distintas, y á decir verdad, nuestra admiracion de la antigüedad reposa enteramente sobre esta confusion.

Lo que glorificais en la poesía de la antigüedad ¿es el orden de los sentimientos?

¿Pero qué sentimientos dignos de nuestra civilizacion encontrar en los hombres de Homero, en esos reyes salvajes, destructores y sanguinarios, enamorados sin amor de la esclava arrancada el día antes de su casa y arrastrada por los cabellos á la tienda del vencedor?

Sólo veis allí los sentimientos del bruto, la pasion

desbordada, el asesinato, el robo, el pillaje, la violacion y el reposo del chacal harto de sangre al lado de su hembra; la *Iliada* es una casa de fieras, y Homero tiene razon en comparar á éste á un leon, á aquel otro á un zorro.

La fuerza es, en efecto, para estos caníbales épicos, la única virtud; la agilidad, una gloria; la fuga, una habilidad; la mentira, una sabiduría.

Aparte de algunos gritos del alma, algunas veces patéticos, otros sublimes, pues el hombre siempre ha amado, siempre ha sufrido y ha traducido siempre en acentos vibrantes su pasion ó su dolor, ¿cuál es el ideal de nuestro tiempo que sobrenada en un poema de Homero? ¿Dónde podriais enseñármelo?

No será ciertamente en la brutalidad de esos héroes ocupados sin cesar en matar con sus reales manos y despedazar bueyes enteros. No será tampoco en la embriaguez de esos convidados de un interminable festin, siempre inclinados sobre entrañas asadas y con las copas llenas de hidromiel. Ni en esa larga querella matrimonial de Júpiter y Juno, ó en fin en la vergonzosa licencia de Vulcano que los dioses y diosas miraban riendo á carcajadas por el agujero de la cerradura.

La poesía de la Grecia es materialista; esa es su originalidad, iba á decir su utilidad. Allí es donde se hace de un poema de Homero el precioso alfabeto del

alma humana en esta época infantil, en que la bestialidad y la imaginación flotaban vagamente confundidas en la bruma matinal de la historia.

Sí, es preciso leer y releer á Homero para aprender de él el camino que ha hecho la moralidad, desde Aquiles, el de los piés ligeros, hasta Minerva, la de los ojos azules. Pero ¡veamos francamente si vos, cantor de Elvira, habeis tenido que elegir en el plan eterno el movimiento en que *la aede* iba á cantar delante de Agamenon y recibia una costilla de puerco en recompensa!

¡Hacemos á la tragedia. Venida largo tiempo despues de la epopeya, ha encontrado el alma humana enriquecida de nuevos sentimientos, beneficiada naturalmente con esta riqueza.

¿Es decir por eso que podriamos con seguridad de conciencia buscar el ideal de la humanidad sobre los restos del teatro de Atenas?

¿Pero qué relacion hay entre la tragedia antigua y la tragedia moderna en el fondo como en la forma de inspiracion? La etimología sacada de la fábula ¿es seguramente la misma cosa? La etimología prueba mejor que cualquier razonamiento su profunda diferencia.

La tragedia antigua oficiaba sobre la pendiente de una montaña con el cielo por techo y el mar por perspectiva.

El actor tenia una máscara sobre el rostro con una abertura en medio en forma de embudo; llevaba sobre la cabeza una peluca adornada de dos penachos que le caian en relucientes cascadas sobre sus espaldas; caminaba montado sobre un asno con el cuerpo envuelto en un largo ropaje, recogido bajo el brazo y de tela rayada como tela de colchon.

Nosotros vamos al teatro por curiosidad; los griegos iban por devocion. Nosotros ponemos violines en la orquesta; los antiguos colocaban allí los sacerdotes para quemar el *styrax* de la Arabia. Y en fin, ántes de la representacion, el poeta iba solemnemente con una corona de flores sobre la frente á dirigir una plegaria á la musa de la Tragedia.

Esta era la forma. El fondo era aún más distinto.

La tragedia antigua reposa sobre la doctrina de la fatalidad, es decir, sobre la negacion de toda responsabilidad y de toda moral. Es la voz moribunda de esta teogonía lúgubre de los primeros tiempos que medía la grandeza de la divinidad y la miseria del hombre que le confunde al pasar con la indiferencia del buey que camina sobre un hormiguero.

¿Qué es este mundo ante el siniestro Saturno que reina sobre él con los ojos vendados? Un juego de azar. ¿Qué es el alma humana? El tablero de un juego de ajedrez en que el dios juega por ella la partida, casi seguro de perderla.

La tragedia antigua quita al espectador hasta el derecho de condolerse del desgraciado y de odiar al verdugo, pues el verdugo es un dios. La gran moral no existe más que en la víctima, y sin embargo, la compasión por ella es una impiedad y el gemido un acto de ateísmo.

Más libertad, más conciencia; el hombre tiene el puñal, pero desde lo alto del cielo otro es el que hiere. El hombre mata á su padre, á su madre, y puede en seguida levantar las manos al cielo sin que una gota de sangre, caliente aún sobre la mano del parricida, grite venganza contra él, puesto que tiene ménos culpa que el hierro que ha dejado en la herida.

¡Piedad para el asesino lo mismo que para la víctima!

Nosotros, al contrario, hemos restablecido al hombre en el teatro en la posesión de su libertad y de su voluntad. Lo que hace lo puede hacer si quiere, ó no lo puede hacer si no quiere.

En el combate de la virtud contra la pasión, de la conciencia contra el destino, es donde nosotros hemos colocado el interés de la tragedia.

Las fechas de esta vida sin duda que no nos pertenecen; pero nuestras resoluciones nos pertenecen en toda propiedad, y con ellas, y gracias á ellas, vencidos ó destrozados por las circunstancias, nos remontamos del fondo del abismo por encima de los acontecimientos.

Quereis forzarnos á la apostasía: ved nuestro pecho; somos los mártires, es decir, los héroes de la conciencia.

¡Vamos, lectores! descendemos de Polihuto, os seguimos con la cabeza levantada y sobre el camino del suplicio; podremos decir que marchamos á la gloria; pues, en efecto, allí marchamos con la tranquilidad augusta de nuestra inmortalidad.

Esta sustitución de la libertad á la fatalidad en la primera inspiración de la tragedia es una clara y deslumbrante demostración del progreso. Si el hombre antiguamente reconociese en el lúgubre *fatum* una parte tan grande en su existencia, es que débil, desnudo, ignorante, desarmado, oprimido, arrastrado sin cesar por la suerte, sin fuerza de reacción suficiente contra el mal, había acabado por hacer la teoría de su miseria y por atribuir á su alma, siempre tendida y ligada sobre la piedra de la inmolación, la fúnebre docilidad de la víctima.

Para salir de este estado de languidez y postración bajo la mano del destino, debía tener confianza en sí mismo y mejor opinión de su personalidad, de su poder sobre el universo; pero, ¿cómo adquirir esta opinión, esta confianza, sino por su industria, por su ciencia, por la victoria de su genio, es decir, por la obra misma del progreso?

Se me olvidaba la comedia. Con una palabra sola podemos juzgarla.

¿Volveríais á leer alguna comedia de Aristófano á Elvira? ¿Consentiría en escuchar los chistes de mal género que la traduccion francesa debe encubrir? No; jamas se hubiera creído que el latín pudiese decir tantas deshonestidades.

Y no creais que la comedia griega tenga el monopolio de la grosería. La tragedia destilaba tambien el materialismo. Sófocles ponía en escena el cólico como nosotros ponemos la melancolía, y procuraba conmover al público ateniense mostrando á sus miradas las pústulas de Philoctete y los dolores de vientre de Hércules.

Pasemos á la poesía lírica; volvedla á leer si teneis valor para ello; es el alma antigua en toda su desnudez.

Escuchad á Anacreon, aquel viejo sediento de vino, *vinosus senex*, como decia la antigüedad en un momento de franqueza.

«La tierra bebe el agua, dice Anacreonte; el árbol bebe la tierra; el sol bebe la mar; ¿por qué no beberé yo á mi vez?»

Beber mucho y beber entre alegres compañeros es el eterno refran que flota sobre la lira del viejo. El ideal de la vida para este cantor de los sentidos está únicamente en la espuma de la copa y en los placeres sensuales.

Horacio, á pesar del progreso del tiempo, se entre-

ga á la misma inspiracion. De diez odas que escribe, ocho á lo ménos están destinadas para celebrar todas las voluptuosas obscenidades de la epidérmis de un poeta epicúreo; que la hiel de la vida, por la vida misma, hace del hombre una máquina para gozar y de la muerte un aguijon de más para el placer.

Me avergüenzo, lo confieso, de poner el lirismo moderno, ávido de lo infinito, en paralelo con esta poesía abrasada con las máximas del banquete; pero, poniéndolos como parte, os digo en confianza:

Juzgad en vuestra propia causa y atreveos á hacer justicia. En este momento en que inclinado sobre el problema de la humanidad, ensayo en el ardor de mi fe condensar la prueba que en mí desborda de la doctrina del progreso, hay allá abajo, sobre las playas del Mediterráneo, un poeta nacido de un reflejo de vuestro genio sentado al lado de su Beatriz desconocida.

Ellos vienen á leer uno de esos himnos sagrados donde habeis hecho descender una llama del cielo en su corazon como sobre un altar, y han reconocido en vuestra poesía la lengua muerta de sus pequeños; vuestra poesía les ha dicho cuanto tenía que decirles, y ahora se aman en silencio.

El lector ha dejado el volúmen abierto sobre sus rodillas; el viento de la tarde juega con la página cargada de la misteriosa confidencia; la ola arroja á la

primera estrella que nace en el horizonte una queja en voz baja de una dulzura inefable, y sumergidos ambos en el éxtasis inefable de la contemplación de la naturaleza y sintiéndola entrar en ellos por todos sus poros, por todos los perfumes de la tierra y todos los effluvis de la atmósfera.

Su alma es un templo, Dios está allí; ¿y podeis creer que para dar cuenta de esta fiesta del corazón, en donde habeis convocado el primero y tantos otros despues las gracias y todas las piedades de la naturaleza, habiamos de ir á recoger á veinte ó treinta siglos de distancia las rosas deshojadas de la poesía antigua sobre la orgía? Poeta, respetad vuestro ideal, nos lo debeis á nosotros por las tenaces y violentas admiraciones que hemos esparcido y esparciremos siempre á vuestro paso.

Y ahora, volviendo á la otra hipótesis; ¿poneis la poesía en la forma más bien que en el sentimiento? Entonces he ganado la causa y no discuto más, y os concedo que la melopea griega ha acariciado más voluptuosamente el oído que ninguna otra poesía.

Pero desde el momento en que el sentido poético de nuestra época es más puro, más elevado que en la antigüedad, poco me importa la perfección del verso; el verso no es más que un sonido, el hombre es un alma, y le es preciso al alma más de un sonido para vibrar.

Platon decia: no es el tirso, es el dios el que hace la bacante.

Yo os diré á mi vez: no es la lengua la que hace la poesía; es la parte divina del corazón humano.

VII.

Habeis buscado el progreso en las artes y no lo habeis encontrado. Le buscais en seguida en las pasiones y pasais sin encontrarlo sacudiendo negativamente la cabeza.

Yo sí he comprendido bien vuestros pensamientos; entendeis por pasiones, no las diversas tendencias todas legítimas en sí mismas que ha puesto Dios en el hombre para que cumpla su destino, sino ciertos gérmenes de corrupción que la materia encierra por una fatalidad, y á consecuencia, segun creo, del dogma de la caducidad. Así, bajo vuestra pluma, progreso en las pasiones significa pura y sencillamente progreso contra las pasiones, pues las pasiones esencialmente perversas por su naturaleza no podian progresar más que en el sentido de su perversidad, esto es, en razón inversa del verdadero progreso. Vos decís:

«¿Está en las pasiones? No, nosotros tenemos las mismas pasiones que nuestros padres, porque tene-

primera estrella que nace en el horizonte una queja en voz baja de una dulzura inefable, y sumergidos ambos en el éxtasis inefable de la contemplación de la naturaleza y sintiéndola entrar en ellos por todos sus poros, por todos los perfumes de la tierra y todos los effluvis de la atmósfera.

Su alma es un templo, Dios está allí; ¿y podeis creer que para dar cuenta de esta fiesta del corazón, en donde habeis convocado el primero y tantos otros despues las gracias y todas las piedades de la naturaleza, habiamos de ir á recoger á veinte ó treinta siglos de distancia las rosas deshojadas de la poesía antigua sobre la orgía? Poeta, respetad vuestro ideal, nos lo debeis á nosotros por las tenaces y violentas admiraciones que hemos esparcido y esparciremos siempre á vuestro paso.

Y ahora, volviendo á la otra hipótesis; ¿poneis la poesía en la forma más bien que en el sentimiento? Entonces he ganado la causa y no discuto más, y os concedo que la melopea griega ha acariciado más voluptuosamente el oído que ninguna otra poesía.

Pero desde el momento en que el sentido poético de nuestra época es más puro, más elevado que en la antigüedad, poco me importa la perfección del verso; el verso no es más que un sonido, el hombre es un alma, y le es preciso al alma más de un sonido para vibrar.

Platon decia: no es el tirso, es el dios el que hace la bacante.

Yo os diré á mi vez: no es la lengua la que hace la poesía; es la parte divina del corazón humano.

VII.

Habeis buscado el progreso en las artes y no lo habeis encontrado. Le buscais en seguida en las pasiones y pasais sin encontrarlo sacudiendo negativamente la cabeza.

Yo sí he comprendido bien vuestros pensamientos; entendeis por pasiones, no las diversas tendencias todas legítimas en sí mismas que ha puesto Dios en el hombre para que cumpla su destino, sino ciertos gérmenes de corrupción que la materia encierra por una fatalidad, y á consecuencia, segun creo, del dogma de la caducidad. Así, bajo vuestra pluma, progreso en las pasiones significa pura y sencillamente progreso contra las pasiones, pues las pasiones esencialmente perversas por su naturaleza no podian progresar más que en el sentido de su perversidad, esto es, en razón inversa del verdadero progreso. Vos decís:

«¿Está en las pasiones? No, nosotros tenemos las mismas pasiones que nuestros padres, porque tene-

mos los mismos órganos, y porque la lucha establecida en nosotros, entre la naturaleza y la razón, que es el instinto del alma, y las pasiones, que son el instinto de la materia, rompe tan á menudo en nosotros como en ellos el equilibrio sin cesar roto por el mal y sin cesar restablecido por el bien, para volverse á romper sucesivamente.»

Reconozco sin violencia que el hombre, sér doble, *homo duplex*, es á la vez un cuerpo y un alma, y sin llamar precisamente á la pasión instinto de la materia y á la razón instinto del alma, definicion que en mí sentir es muy susceptible de correcciones, acepto plenamente la idea de que el alma tiene dos modos de instinto, dos modos de accion, no enteramente hostiles el uno al otro, como pareéis suponerlo, sino por el contrario, ligados armónicamente.

Me concederéis, sin inconveniente, en cambio, que la relacion entre el cuerpo y el alma ha debido cambiar continuamente en la larga evolucion de la humanidad. Desde el primer día el hombre habia recibido de la mano del Creador su cuerpo completo y su cuerpo definitivo, provisto completa y definitivamente de todas sus ruedas mecánicas y de todos sus apetitos. Por su naturaleza concluida y clasificada en consecuencia no puede adquirir ni un órgano más, ni un miembro, ni una necesidad, ni una funcion nueva. Tal como ha sido será. Vos lo habeis dicho el primero,

yo á mi vez lo repito con el autorizado apoyo de vuestra palabra.

¿Pero sucede lo mismo con el alma, esa parte nuestra del Dios vivo, activa como él, y como él creadora, por lo tanto, en el órden de nuestro destino?

¿El hombre ha recibido el día de la creacion un alma acabada y encerrada irrevocablemente en el mismo número de atribuciones y de ideas?

Seguramente no lo pensais así: puesto que el alma, infinita por su misma esencia, atrae á ella incesantemente en su infinita expansion nuevos conocimientos y nuevos instrumentos de esos conocimientos adquiridos, claro es que cambia sin descanso alguno la proporcion primitiva entre ella y el cuerpo, y que á cada paso que da en la ciencia, á cada verdad que adquiere, alcanza sobre el cuerpo la superioridad de aquel conocimiento científico, el poder de aquella verdad.

Fijado ya esto *à priori*, deduzcamos su consecuencia.

Desde el momento en que el cuerpo adquirió el primer día su completo desarrollo, debió el hombre vivir, obrar en sentido corporal, único modo que entonces estaba á su alcance; debió llamar virtud á la fuerza del cuerpo, belleza á la elegancia de las formas, gloria á la superioridad de las armas. Entonces cifraba su mision en comer, en beber, en robar el te-

soro ó las cosechas del vecino, y en duplicar con el número de sus hazañas los platos, los cautivos ó las voluptuosidades de sus festines.

La glotonería homérica, la orgía, el libertinaje, la violencia, la rapiña, la crueldad, alternativa ó simultáneamente, formaban, hablando rigurosamente, toda la trabazon, la liga toda de su existencia.

El héroe, esto es, el hombre elevado á su suprema fórmula, lleva entónces el nombre de Aquiles, Ajax, Agamenon y Ulises, y podemos juzgar del heroismo por el último canto de la *Odisea*. Ulises vuelve á su palacio, despues de una larga ausencia, y con su astucia y con su habilidad sorprende á los pretendientes de Penélope, los mata sin compasion, esparce sobre las losas calientes aún polvo de azufre, y ahoga despues todas las mujeres de la casa, y tranquilamente despues continúa su interrumpida conversacion con Penélope, entre el vapor de la sangre y el olor de los cadáveres.

El alma dormía entónces aún, y ninguna fuerza contrapesaba en el hombre la violencia salvaje de los sentidos, abandonados por completo á su propio impulso. Empero el alma pensaba, sin embargo; pensaba colectivamente, pensaba á medida que la sociedad se iba acercando al hombre y multiplicaba al contacto de su pensamiento su potencia, acumulando ideas sobre ideas, que iban á trasmitirse de generacion en ge-

neracion, y el pensamiento humano así comunicado crecía constantemente en su perpétuo curso y refluía en el alma humana como una riqueza ya conquistada, como una fuerza supletoria que constituía en la humanidad todo un mundo de accion: el mundo moral, que arrancaba del cuerpo toda la parte que tomó para sí de nuestra existencia, y despues de haber vivido hasta aquel momento sólo por la epidermis, nació en el hombre otra nueva vida desde aquel momento, la vida de la inteligencia.

El ideal de la humanidad cambió de lugar; el pensamiento sustituyó á la fuerza; al héroe el legislador.

Dracon, Numa, Moisés, Solon y Licurgo poseyeron las nociones de la virtud, del bien y del mal, desgajadas del período de los siglos por una larga serie de reflexiones y reglas morales, de las relaciones y de los deberes que entre sí tienen los hombres constituidos en sociedad. Donde imperaba la fuerza colocaron el derecho, y á la disciplina sucedió la ley. Ley salvaje sin duda; ley primitiva que exigía diente por diente, admitiendo la pena del Talion, la tortura por interrogatorio, y que prodigaba la pena de muerte por el delito más insignificante, derramando sangre como agua á la menor debilidad. Hubiérase dicho que el cuerpo sólo cometía la culpa, y que por esta consecuencia debía responder al juez que le interrogaba y

sufrir la expiacion y el castigo. Pero el alma continuaba pensando y marchaba á pasos agigantados, progresando siempre desde la legislacion á la filosofia.

El legislador abdicaba de la supremacia moral de la humanidad en las manos del sabio, de Pitágoras, de Thales, de Anaxágoras, Sócrates, Platon y Aristóteles.

¿Qué es, pues, la filosofia? Es en cierto modo la extension de la legislacion, es la cuestion del destino presentada en toda su latitud, en toda la serie de relaciones primero, de relaciones del hombre con sus semejantes, como en el código; despues, del hombre consigo mismo, y por último, del hombre con la naturaleza, con la vida del porvenir. Gracias á la filosofia, el alma, hallándose en plena posesion de sí misma, se apoderó, por su propio derecho, por su derecho divino, del régimen de nuestra existencia; trajo á la humanidad un nuevo orden de vida, la verdad y la accion de la virtud.

El sabio erigió un altar en el fondo de su conciencia para adorar noche y día al Dios del bien y consumir el mal en el fuego sagrado de los remordimientos. Imprimió tal alegría, tal serenidad, tal soberanía en su alma, que la sacrificó desde aquel momento todos los goces del cuerpo, y hasta el mismo cuerpo cuando la rudeza de los tiempos le desafiaba y le daba á escoger.

Sócrates, por su propia conviccion, muere con la sonrisa en los labios, y aunque no hubiera habido en el mundo más que Sócrates, y despues Marco Aurelio, el elemento divino hubiera quedado vengado del escepticismo, y el progreso humano hubiera quedado demostrado, porque de todos los anacronismos, el más violento hubiera sido indudablemente suponer que el alma de Platon ó la de Epicteto vagaba errante en medio de las orgías, sobre la yerba ó entre el vapor del vino y de los cantos de la *Iliada* ó de la *Odisea*.

La filosofia, por la causa de que hablaba la razon y por el motivo único de que inclinaba la necesidad de una educacion previa, hacia de la sabiduría una fraternal comunión reservada para una escogida parte de la sociedad. La copa de la ambrosia no circulaba más que en lo alto de la montaña, en el Olimpo del talento; las turbas eran ignorantes, y por su ignorancia continuaban viviendo en la region material como en los tiempos primitivos. Pero la filosofia, puramente racional al principio, adquiere con el tiempo en un rincón oscuro del Asia la forma de una leyenda, y revestida con la contagiosa potencia de lo maravilloso, penetra en la imaginacion del pueblo, y supliendo el milagro al raciocinio, el filósofo es reemplazado por el apóstol, y el Evangelio triunfante se esparce por el mundo, lo conquista, lo domina y la virtud entonces toma el nombre de santidad.

¿Qué es el Evangelio? Ahora lo sabréis; el Evangelio es Dios, presentándose constantemente á nuestra conciencia. ¿Qué es la santidad? La santidad es la virtud en Dios. El cristianismo hizo de todo hombre nacido de mujer el obrero de su propia grandeza, y para el caso de caída el obrero de su propia rehabilitación. El arrepentimiento bastaba para dar al hombre un nuevo punto de partida y borrar el pecado. La legislación antigua, unida aún al materialismo, castigaba al hombre en la carne con el suplicio. Al contrario, la ley de gracia, la nueva religion, con su verdadera doctrina, que crea desde esta vida la resurrección de la otra, comprendiendo que el alma es la fuente de todas las acciones, hace que el alma quede purificada por los remordimientos, renaciendo el hombre despues realmente puro y limpio para la inocencia. Cada uno de nosotros, instituido por su juez interior, tuvo que cumplir en sí mismo la ley que consistia en esta sublime fórmula, en esta sublime palabra, la caridad: «ama á tu prójimo como á tí mismo.»

¡La caridad! Pasion nueva en el mundo, mucho más poderosa que todas las fuerzas del materialismo, puesto que ella sola destruyó á los amos y venció á los verdugos. Ahora bien, si creéis que el tiempo en su trascurso no ha depositado en el alma ninguna potencia de satisfaccion, no os pareis, os lo pido por compa-

sion, cerca de ciertas ruinas, porque veréis salir de entre el polvo de los circos los espectros de los mártires, y mostrándoos con el dedo sus heridas os echarán en cara la injusticia de vuestras palabras.

El alma humana continuó pensando, y mientras que el sacerdote cristiano dormitaba sobre la letra en lugar de seguir el espíritu vivo que vuelve sin cesar las páginas del Evangelio eterno para escribir á cada paso una nueva página, el mundo láico, más instruido y mejor inspirado que el rezagado sacerdote de la Edad Media, á quien su traje talar estorbaba para andar, desarrollaba el cristianismo bajo el nombre de filosofía, y á manos llenas lo esparcía sobre el orden de los hechos, sobre el orden del pensamiento, en la ley, en la política, en la economía y en la ciencia.

La verdad salió del santuario donde estaba encerrada y cayó en el dominio comun. El cristianismo regeneró al individuo; la filosofía regeneró á la Europa. Entónces la caridad, dilatada en la proporecion en que se desarrollaba el alma, adquiere un nuevo título y toma el nombre de humanidad.

La humanidad; tal es desde este momento la palabra del progreso, vuestra palabra, la mia, la de todo hombre nacido en el siglo XIX.

La humanidad, última forma del Evangelio, significa el hombre pensando en todas partes con una mis-

ma alma, luchando en todas partes con un mismo corazón, de frontera en frontera, que es la acción y la reacción del pensamiento de todos sobre cada uno, y del de cada uno sobre todos; que es el alma colectiva del mundo, constituyendo la influencia esencialmente moderna de la opinión; que es la opinión concediendo por sus innumerables voces la recompensa moral de la consideración, obligándonos á vivir en participación con nuestros semejantes y bajo su mirada, á darle ó á tomar de él buen ejemplo, á conservarle ó á conservarnos por él en el camino recto.

La consideración es hoy día, gracias al poder que en todas partes ejerce la publicidad, una conciencia exterior que asiste á cada conciencia individual en la obra constante de la virtud y de la verdad, esa virtud que podemos llamar sin temor ninguno la virtud de la inteligencia. Y es indudable que así suceda cuando vemos que hasta los que ménos parecen aspirar por su conducta á la estimación pública, buscan por lo ménos las apariencias de esa consideración y pagan su deuda á la opinión pública con la falsa moneda que llamaremos la hipocresía.

La humanidad ha conquistado, pues, en el desarrollo de la idea para combatir lo que vos llamais la materia, una fuerza más; y por esta razón y sólo por esta es por lo que el siglo pensador mira como primera condición de la moralidad la instrucción pública. La ló-

gica lo dice así, y en el terreno de los hechos lo proclama muy alto la historia.

Tenemos las mismas pasiones que nuestros padres, decís; pero entónces ¿qué es lo que vino á hacer Cristo en el sublime día de la predicación de la montaña? ¿Por qué yo, y vos sobre todo, recitamos un himno perpétuo á la gloria del Evangelio, si el Evangelio no ha ejercido ninguna acción sobre la humanidad, renovando el hombre interior y volviéndole á colocar cara á cara á Dios? ¿Cuando decimos virtud cristiana hablamos, pues, un idioma ilusorio?

¿Tenemos las mismas pasiones que nuestros padres? ¡Qué aquellas perturbaciones del sexo que fueron universales en la Grecia! ¡Qué aquellas noches sin nombre de Babilonia pasadas detras de las paredes del templo de Milyta! ¡Qué aquellas bayaderas de la India, arrojadas en confusión sobre el estercolero de flores de Siva! ¡Qué aquellas fiestas sangrientas de Roma que harían erizar nuestros cabellos, y aquellas orgías del libertinaje y de la prostitución del alma y del cuerpo, donde las sacerdotisas del vicio no ocultaban su doctrina de disipación, sino que el pueblo no las rechazaba, y por el contrario, las hacía consagrar por la ley, instituyendo fiestas religiosas, escribiendo sus máximas obscenas sobre las paredes de todas las casas y grabando los falos y priapos sobre las alhajas y joyas que habían de adornar el cuello y los tornea-

dos brazos de las jóvenes solteras cuando iban á sentarse en la mesa del banquete de la diosa de la hermosura!

Sea, puesto que nuestra organizacion así lo quiere; pero al ménos nos cabe la gloria de haber sumergido esas instituciones en la vergüenza como hijas de las tinieblas.

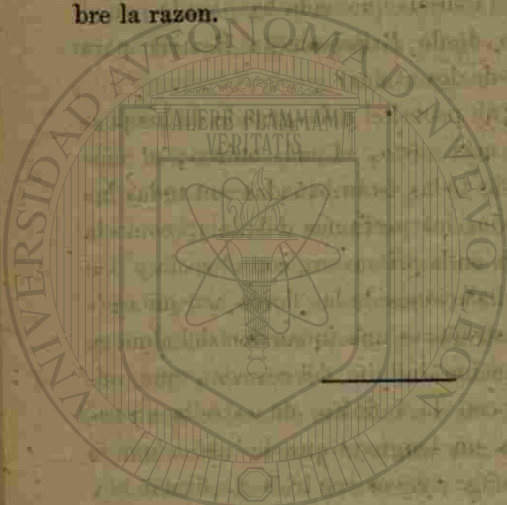
Ya se ocultan, ya han perdido su puesto en el código y en el templo. ¿Qué digo? El templo las rechaza con horror y el código las marca con el hierro candente.

No sé, por otra parte, si he leído bien ó si un sueño ha turbado mi vista, cuando veo garantizada por vuestro nombre una teoría de oscilacion perpétua entre la carne y la razon, entre el mal y el bien, teoría de tal género, que desde el origen de la humanidad la péndola va y viene constantemente, dando siempre el mismo número de golpes para el cuerpo, el mismo para la razon, el mismo para el vicio y el mismo número de golpes para la virtud. ¿Vos nos sumergís hoy á la mitad del siglo XIX en la noche lúgubre de la doctrina del dualismo? ¡Ah, si tal es la suerte de la humanidad!..... ¡Silencio! Cerremos la puerta al oír vuestras palabras; que el mundo de las naturalezas inferiores no sepa que los escogidos, fundados en su misma superioridad, han elevado sobre las ruinas de la fatalidad antigua una nueva fatalidad..... La fatalidad de la sangre contenida en la artéria.

¿Y qué pensais del amor, esa pasión, la más santa de todas, enclavada en el fondo de vuestra conciencia? Porque ó la habeis olvidado ó solo por reticencia la habeis indicado. ¿Pensais que nada ha pasado por el corazon humano desde Briseis hasta Beatriz para purificar el amor de dos almas?

Y vos mismo ¡oh poeta! el más grande de los poetas del amor, el más casto, el más etéreo, el más puro, cuyas estrofas todas están bañadas con todas las lágrimas, con todos los perfumes del alma, como la tierra humedecida en la primavera con el rocío y con las aromáticas exhalaciones de las flores, porque cada una de vuestras estrofas es una inmersión del alma en Dios, una palpitación infinita del corazon, que necesita atestiguar con lo infinito, de estrella en estrella, para hallar un lenguaje que le baste, que le llene, que le satisfaga, y vos vendréis á afirmar hoy con vuestras obras en la mano que amamos nosotros como amaban los griegos, y que vos mismo habeis cantado á Elvira como en otro tiempo cantó Anacreonte á la jóven Milesiana, inclinada la frente sobre la vacía copa y su túnica caída sobre los hombros. Pero basta ya de este episodio del progreso, pues de hacerlo más largo creeria insultar á todas las mujeres que saludo, que conozco, que me conocen, sin prolongarse más su defensa en la de las mujeres de la antigüedad.

Pasemos á otra cuestión, porque en esta, lo digo con franqueza, soy demasiado sincero, tengo miedo de haber dicho demasiado, tengo miedo de que me sobre la razón.



CUARTA PARTE.

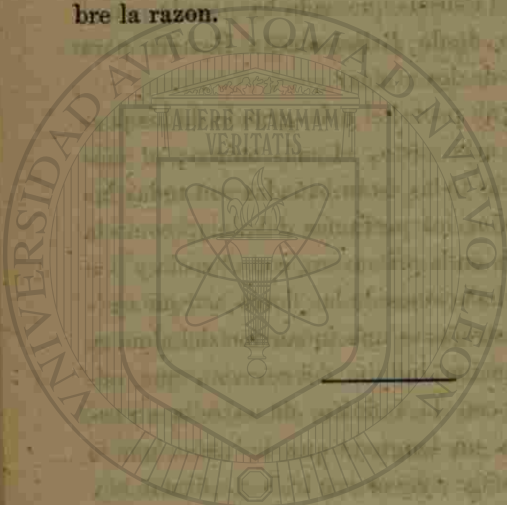
I.

Es demasiado cierto que he vivido largo tiempo en la atmósfera de la fragua intelectual, y pasado mi existencia demasiadas horas cerca del ruido que produce el martillazo que da en el yunque cada opinion para conocer el pro y el contra de cada doctrina.

Sé que en materias artísticas, por ejemplo, la arqueología, ciencia de lo pasado, en donde se puede hallar un simulacro de verdad al combatir el progreso, con tal ó cual pedazo de mármol arrancado del Partenon para discutir el tema de lo bello, siempre con más ó menos instrucciones en el dominio de lo abstracto, y en semejante dominio un hábil dialecto podrá siempre dejar ilusoria la inteligencia.

Pero sobre el problema de la organizacion de la sociedad, de la relacion de hombre con hombre, apenas

Pasemos á otra cuestión, porque en esta, lo digo con franqueza, soy demasiado sincero, tengo miedo de haber dicho demasiado, tengo miedo de que me sobre la razón.



CUARTA PARTE.

I.

Es demasiado cierto que he vivido largo tiempo en la atmósfera de la fragua intelectual, y pasado mi existencia demasiadas horas cerca del ruido que produce el martillazo que da en el yunque cada opinion para conocer el pro y el contra de cada doctrina.

Sé que en materias artísticas, por ejemplo, la arqueología, ciencia de lo pasado, en donde se puede hallar un simulacro de verdad al combatir el progreso, con tal ó cual pedazo de mármol arrancado del Partenon para discutir el tema de lo bello, siempre con más ó menos instrucciones en el dominio de lo abstracto, y en semejante dominio un hábil dialecto podrá siempre dejar ilusoria la inteligencia.

Pero sobre el problema de la organizacion de la sociedad, de la relacion de hombre con hombre, apenas

conceibo, lo confieso, una negacion sistemática de la perfectibilidad, cuando la prueba de esta perfectibilidad es visible, es sensible y está trazada con letras mayúsculas en todos los hechos, en todos los párrafos de la historia. Vos rechazais estas pruebas, echais una mirada sobre la constitucion social de Europa, y fijándoos nuevamente en la cuestion del progreso, os contestais á vos mismo.

«En fin, está en la felicidad pública. Preguntad á ese eterno gemido que sale del seno de las masas el progreso. La misma medida de sufrimiento y de bienestar son los pueblos, solamente que esta suma de felicidad está repartida más equitativamente desde la abolicion de la esclavitud y del feudalismo. ¿Pero en dónde se ha abolido la esclavitud? En una pequeña parte de Europa en donde el proletario la ha reemplazado. La barbarie, el despotismo y la servidumbre ocupan aún la inmensa mayoría de las zonas geográficas del globo.»

Mirad bien lo que confesais, que la suma de bienestar está más equitativamente repartida desde la abolicion de la esclavitud, y al hacer esta declaracion confesais, sin notarlo vos mismo, el progreso: algo más de equidad, ya es algo; ya es un paso más hácia la redencion de la masa desgraciada de la humanidad.

¿Pero es cierto, como vos afirmáis, que la esclavitud ha desaparecido solamente de una pequeña parte de

Europa? ¿No sería mejor confesar que ha desaparecido de la Europa entera? Al ménos así debierais haberlo escrito con respecto á la verdad.

En vano dirijo mi mirada desde el Océano al Vístula, y por ninguna parte veo esa raza que rasurada la cabeza arrastra en el pié la cadena del esclavo. Pero poco importa un error de detalle; tomemos la cuestion desde más arriba.

Para vos como para mí la felicidad pública consiste, al ménos bajo el punto de vista del progreso, en una produccion siempre creciente de riqueza y en una reparticion cada día mejor de la riqueza producida. ¿Existe hoy acrecimiento de riqueza? ¿Es hoy mejor su reparticion? Vos negaréis el primer hecho y afirmaréis el segundo; la misma cantidad de bienestar, diréis, es el patrimonio de esta sociedad. Si yo hubiera tenido que escoger entre una y otra hipótesis, hubiera escogido al revés que vos, porque la historia deja constar acaso de un modo más que recusable el aumento incesante del bienestar en la sociedad, que la justicia distributiva de la reparticion. Pienso que vos concederéis que el hombre, al entrar por la primera vez en la vida común, bajo un techo detras del muro de una ciudad, no encontró por eso la tierra preparada en todas partes, preparada anticipadamente á su alrededor, como por una mano invisible, para la comodidad de su civilizacion. Ni un campo limpio y abierto, ni

una rama de árbol cortada, ni un pedazo de hierro forjado, ni un puente construido, ni una viña plantada, ni una tela tejida, ni un ánfora modelada, ni una cisterna abierta, ni un caballo domado, ni un buey uncido á la carreta.

El hombre, pues, tenía que emprender desde el primer día una serie de trabajos constantes para poner la naturaleza en armonía con su destino; trabajos que las generaciones tenían y dejan perpétuamente en el mismo punto de la tierra sin llegar nunca á poder escribir sobre su obra: *terminé; perfecit monumentum.*

Como en aquella época de instalacion sobre una tierra inculta el hombre no poseía, como es de suponer, el auxilio de ningun trabajo anterior de desmonte ó de construccion, ni la colaboracion de ninguna fuerza supletoria mecánica ó animal disciplinada por orden suya, ó nacida como Minerva de su cabeza, debía evidentemente y por absoluta necesidad ejecutar á la vez mayor número de trabajos con ménos fuerzas á su servicio, y sólo para vivir estrictamente con el minimum de la vida, pasar las horas inclinado sobre la tierra, desde el amanecer hasta la caída de la noche. Nada de descanso, nada de reposo, nada de recreo habia entonces en la sociedad para ninguno de sus miembros, porque aunque le ahogase el sudor de su frente nada le sobraba del día, al contrario, apenas le bastaba para acallar el inexorable grito de la necesidad.

Si este constante trabajo en que vivieron los iniciadores de la civilizacion hubiera durado siempre, la humanidad no hubiera tenido recreo; por consecuencia, hubiera carecido de tiempo para consagrarse á pensar; pero dichosamente para la civilizacion, entre los trabajos hechos en la superficie de la tierra por los primeros colonos habia trabajos que debian permanecer, una vez hechos, para siempre, que caian como herencia de generacion en generacion, y llevaban, por consecuencia, á la generacion nueva una cantidad de reposo proporcionada al equivalente del tiempo que el trabajo en su origen habia costado.

La sociedad tuvo entonces un momento para pensar.

¿Cómo utilizar esta economía del pensamiento? ¿Se debía repartirla indistintamente sobre cada individuo?

Esta reparticion en cantidad infinitesimal no hubiera producido á cada uno más que un minuto al día para poder cultivar la inteligencia.

La Providencia oculta de la historia resolvió el problema de otro modo. Acumuló el beneficio del trabajo verificado sobre una sola porcion de la sociedad.

Marcó con un signo especial la frente de todos los hombres que nacieron; dijo al primero: sé labrador; al segundo, fabrica; al tercero, ármate con la espada;

y al cuarto, en fin, alimentado, servido y defendido por los otros tres, le dijo: piensa, medita, descorre el velo de la naturaleza é invénta la industria.

Las razas aparecieron, pues, con la aurora de la civilización, como la forma obligatoria de toda sociedad naciente; así en el Ganges como en el Nilo, en la Grecia como en el Egipto.

Si el régimen de la raza y de las castas hubiera durado perpétuamente, sólo una pequeña porción de la sociedad hubiera sido la escogida para vivir con la vida de la inteligencia, y el progreso hubiera caminado con paso lento y desigual; empero el tiempo seguía avanzando, y á cada paso daba un golpe con su piqueta ó un golpe de azada, ó un paletazo más en la fundación ó en el edificio de la civilización. La raza pensadora, que poseía todo el descanso, seguía meditando, y al meditar iba creando una ciencia, una industria.

Por el simple hecho de esta acumulación de trabajo, continuada de generación en generación, por la incessante conversión del pensamiento humano en instrumento de trabajo, pues toda industria principió por una idea, el hombre vió crecer constantemente la parte de tiempo que podía arrancar al trabajo corporal para consagrarlo únicamente al trabajo del pensamiento.

Entonces la historia rompió el estrecho círculo que

aprisionaba la casta para llamar una clase más numerosa á la comunión de la inteligencia.

La esclavitud reemplazó á la casta, y ya esto fué un progreso, porque la servidumbre no es otra cosa que un privilegio de la casta reducido á la mitad.

Es indudable que en la humanidad habria una iniquidad irritante, y debería colocarse una bandera negra sobre el templo de la civilización, si el hombre encontrara siempre en la raya de cada frontera otro hombre que con la lanza en la mano le impidiera el paso, y como el leon le dijera: ¿Eres tan fuerte como yo? Defiéndete. ¿Eres más débil? Pues resignáte: y echándole una cadena al cuello, lo condujera como esclavo al taller y al trabajo.

Pero, en primer lugar, el hombre en su estado natural, expuesto á la lluvia, á la nieve, al viento y al calor, viviendo sin pan y sin asistencia en sus enfermedades, era, al fin y á la postre, más esclavo que la misma esclavitud, esclavitud que resguarda al esclavo, lo viste y lo alimenta y le da para descansar un lecho de paja. El progreso enmendaba cada día más la injusticia de la servidumbre con el auxilio de la misma utilidad social creada por la servidumbre. Mientras una clase puramente mecánica daba vueltas á la piedra del molino, convirtiendo el grano en harina para el alimento de otro hombre sumido en la ociosidad del pensamiento, este hombre, precisamente en aque-

llos momentos de meditacion, meditaba é inventaba el mecanismo del molino, y poco tiempo despues el viento ó la corriente ocupaban como motores el puesto del esclavo.

Así, el pensador, rescatado del trabajo manual por la esclavitud, rescataba por medio del pensamiento á su vez á la esclavitud.

Sin embargo, aún en aquel tiempo, el total del trabajo capitalizado sobre la tierra y el total de fuerzas mecánicas robadas á la naturaleza eran aún muy reducidos para descargar á la clase maniobrera de la necesidad de un trabajo forzoso. La servidumbre relevó á la esclavitud de su guardia. Nuevo progreso, porque el siervo con un pié en la servidumbre y otro en la libertad posee ya una parte de su trabajo y una parte de su persona, tiene derecho á la propiedad mediante un cánon, y esta propiedad condicional basta para su emancipacion, pudiendo por sí solo adquirir la riqueza y con ella pagar su rescate.

La hora de la clase média suena en este momento; la servidumbre desaparece.

Empero, como la cantidad de riqueza producida y la fuerza mecánica llamada en auxilio de la humanidad no representaban aún una masa, una cantidad de reposo bastante grande para asegurar á todos el desarrollo de la inteligencia, el proletarismo relevó á la servidumbre en el camino de la civilizacion. Y esto

fué una medida sobre la cual vos conoceréis haríamos mal en insistir. Las mejoras continuarán, ya lo veréis, y séame testigo de esto el gran grito lanzado por el siglo XIX.

Así, el progreso de la casta sobre la promiscuidad de la ignorancia, progreso de la esclavitud sobre la casta, de la servidumbre sobre la esclavitud y del proletarismo sobre la servidumbre: hé ahí las palabras escritas detras de nosotros en todas las páginas de la historia.

Pero ¿bajo qué condicion ha podido la humanidad realizar este progreso? Con la doble condicion de hallar la suma de trabajo que debía practicar reducida ya por la suma de trabajo hecho en lo pasado y de sustituir más y más la maquinaria al brazo del hombre en la lucha de la industria con la materia. Así, pues, trabajo acumulado é instrumento de trabajo, no lleva más que un solo nombre en el idioma de la economía; el capital.

El capital crece siempre de minuto en minuto; en vano negaríais el progreso, porque desde todos los puntos del globo no respondería el vapor con el trueno de su inmenso mugido.

¿Por qué negais el progreso al trabajo acumulado? Negad ántes el número de días que han pasado en el reloj de arena de los tiempos, desde que Velleda recogía el fuego sagrado en el ara druídica de los bosques

de la Bretaña, porque desde aquella noche sumergida en el silencio de la historia, cada día ha depositado su gota de sudor humano sobre el territorio, y esa gota revive aún en la obra ó en la señal de la obra.

Pero ¿qué le importa al pueblo en definitiva el aumento del instrumento de trabajo ó del trabajo acumulado? El hombre no ha logrado con la máquina más que la obligacion de luchar con ella cuerpo contra hierro, y no participa del capital más que en una parte de salario, insuficiente muchas veces á su existencia y á la existencia de su familia.

La escuela de la perfectibilidad no puede menos de humillar la cabeza ante esta objecion; y cerraria el libro del porvenir si el proletario pudiera ó debiera ser la última expresion del progreso. Pero, gracias á Dios, el progreso, despues de haber emancipado al esclavo, despues de haber libertado al siervo, trabaja sin cesar incansablemente para emancipar al proletario.

Cada día conduce el progreso silenciosamente, hombre por hombre, y segun ya lo hemos demostrado, un individuo más á la cita de la clase media, punto de reunion colocado en el sitio en que se enlazan el capital y el trabajo, para constituir la igualdad en la holgura y en el trabajo. Pero mientras se verifica esta larga operacion del rescate del trabajo por la economía, por el ahorro, ¿el espíritu del siglo permite fria é indiferentemente que se cumpla la ley de la

historia? Concorre, al contrario, á esa obra de redencion con piadosa ternura. El proletario es un constante problema. Lo vuelve y lo revuelve incesantemente en su pensamiento, y para contribuir á resolverlo, y para apresurar su solucion en alguna hora, y para reducir al ménos la carga del pobre y tomar por su parte algo de su peso, funda y multiplica poco á poco la escuela, la cátedra, la sala de asilo, la caja de ahorros, las sociedades de templanza, de seguros sobre la vida, los círculos de obreros, las colonias agrícolas, los seguros mutuos, el trabajo por asociacion, la asistencia domiciliaria, los restaurants económicos y el alimento barato, etc., etc. Necesario sería haber arrancado de nuestra vista la doble venda del escepticismo que nos ofuscaba para dejar de reconocer una nueva efusion del espíritu de progreso, y una nueva prensa de progreso en esa tempestad de simpatía que agita en este momento el alma humana sobre la sociedad, y que arrastra al ardoroso corazón en una inmensa corriente de abnegacion en la causa del proletario, hermano desheredado por el primogénito y rezagado aún entre la miseria y la ignorancia.

Mas, aún suponiendo que haya progresado la forma social, ¿vais á responderme qué argumento podrémos sacar cuando vemos á la forma política arrojarle un constante mentís?

«Flotamos», decís, aún como la antigüedad, entre

cinco ó seis formas políticas de gobierno que se atacan y se suceden con igual impotencia de duracion y de estabilidad, el mismo encarecimiento con que los pueblos europeos buscan mejores formas de gobierno ó de sociedad, demuestra el trabajo y la inquietud de espíritu que se agita en un esfuerzo perpétuo.»

¿Desde cuándo el trabajo y la inquietud de espíritu son síntomas de impotencia ó de inmovilidad? ¿Desearías, por si acaso, mejor que Europa reposara con el siniestro descanso de un cementerio? Ayer mismo aún los pueblos dormían con un sueño de plomo en esa muerte del alma que se llama servidumbre. ¿Y no veis que esas agitaciones son quizás las pruebas del progreso de los pueblos, puesto que esos pueblos se agitan sólo al impulso de nueva aspiracion, segun sabeis vos mismo que un dia fuisteis grande agitador? ¿Que son, en efectó, las revoluciones, las tentativas de revoluciones, sino partos nuevos de ideas que hacen irrupcion desde las profundidades del suelo y vienen á buscar su puesto, buscando el calor del sol que las vivifique?

No es la muerte la que agita, es la vida; en nombre de la vida damos gracias al movimiento, en lugar de convertirle en argumento de decadencia. Cuando el suelo tiembla á lo léjos, podemos estar seguros de que Dios acaba de poner el pié sobre la tierra en la electricidad contagiosa de una verdad. No engañaréis, no, ¡oh, Dios del progreso! tantos esfuerzos de tantos

héroes del corazon ó del pensamiento. Si allá abajo en el desfiladero de una aparente retirada algun Rolando revienta las venas de su cuello por tocar la trompa, llamando en su auxilio toda la fuerza del tiempo, no cerraréis por eso el curso de este siglo sin enviar la civilizacion y el progreso, vuestro ejército invisible, á libertar al campeón del porvenir caido por un momento en el lazo de lo pasado.

Escuchad más bien la leccion de la naturaleza. La naturaleza, despues de todo, es el espejo de la historia.

Cuando, despues de la época de la vendimia y de la fermentacion del mosto, llega el otoño con el paso sordo y mesurado de una patrulla nocturna, barriendo delante de ella toda señal de vida y devolviendo á la tierra su descanso, todas las alegrías huyen de nuestras miradas. La niebla invade la atmósfera, borra la forma de todas las cosas y las da apariencia de fantasma. El sol, destituido de una parte de sus ardorosos rayos, hace aún entre nubes alguna aparicion, y sus débiles rayos caen melancólicamente sobre la deshojada cima de los bosques, como para darles el último adios á su vegetacion y verdura casi muerta. La naturaleza se viste de luto, muere la flor, cae la hoja y muere hollada por los piés del viajero. Los cuervos vuelan en bandadas por encima de las colinas, y al tender la noche su triste manto exhalan al pasar su

sinistro graznido como un desafío á toda tentativa de resurreccion; y el cielo en aquellas noches, en lugar de brillar, tachonándose de inmensidad de estrellas, profecías escritas por el cielo sobre nuestras cabezas, aparece lóbrego, triste, y la niebla se derrite en el espacio á través de los espectros de los árboles y llora gota á gota, de rama en rama, sobre las hojas secas y caídas que devuelven á cada gota que reciben una nota sepulcral dada con indecible tristeza.

Pronto llega el invierno, cae la nieve y ahoga hasta el ruido de los pasos del hombre, que cruza silencioso y como una sombra sobre la tierra, silenciosa también: todo parece concluido. La rosa no florece, los racimos de la vid ya no volverán á dorarse con los rayos del sol. Esperad, sin embargo: en medio de ese mutismo y ese desmayo de la naturaleza vuelve la vida á procrear y fermentar nuevamente en el crisol de la misteriosa alquimia. Restaura sus fuerzas y las prepara pacíficamente para nuevas obras. Después, al primer rayo del sol que cae en la tierra, deslizándose para llegar sobre el manto de la primavera, verifica la naturaleza una explosión en todas partes con su poderosa munificencia; rompen los manantiales sus diques; lluvias benéficas barren la atmósfera; resucitan las flores; brotan del suelo los colores como joyas guardadas en su estuche, y el hombre recobra en un solo día todo lo que hay en la creación.

En estos momentos el cielo de la Francia está cubierto de nubes, y el manto frío del invierno la rodea. Caminamos por el lodo. César reina con la complicidad de los generales del Africa, con la complicidad del clero, y negras nubes de águilas y cuervos parecen oscurecer el horizonte del porvenir. Pero el sol moral renacerá otra vez; el progreso, afianzado por la democracia renacerá y el pueblo soberano recobrará su fuerza, devolviendo su ser al municipio, á la administración, al jurado, á la legislación y al gobierno, porque habeis de saber que todo poder emana del pueblo, y que si el pueblo alguna vez se deja tiranizar, sacude el yugo y vuelve otra vez, impulsado por el progreso, á recuperar el puesto que le corresponde, el de dueño y soberano.

Este es en política el verdadero y único progreso.

II.

¿Pero por qué sufre todavía el hombre y quién es el que niega que el hombre sufre? Vos os haceis partícipe del duelo de la humanidad. Vos haceis de la tierra un cementerio y de la vida una muerte anticipada. Vos levantaís con mano desesperada la piedra

del sepulcro, arrojais profusamente en aquel abismo todo lo que el hombre puede soñar de bueno aquí abajo, todos los bienes que puede esperar, y dejando después con lúgubre gemido que la piedra vuelva á caer, escribís sobre su fosa el epitafio que un monje escribió un día sobre las puertas de Roma: *Umbra et nihil*. Sombra, nada. Vos decís:

«La palabra progreso en el bienestar refluye la inmutable condicion del hombre en este mundo. Mientras que el hombre no haya ni perfeccionado sus órganos, ni vencido el sufrimiento físico y moral, ni prolongado su vida una hora más, ni prolongado la existencia de los que ama; mientras que sea lo que es, un insecto arrastrándose sobre las tumbas para buscar la suya y acostarse allí en las tinieblas, ¿quién será el insensato burlon que le hable de los progresos de su felicidad? Esta palabra no es más que una ironía del lenguaje aplicada al hombre. ¿Qué es una dicha que se cuenta por días y por semanas y que se avanza á cada minuto hácia la catástrofe final, la muerte? El progreso en la dicha para un sér semejante ¿es el progreso cotidiano hácia el sepulcro? Así, pues, ¿qué es el progreso en la dicha para una raza de la que cada sér marcha á su suplicio próximo é inevitable? Cambiad en fiesta y regocijo esta procesion eterna hácia la muerte y veréis á ésta mofarse de la humanidad. La filosofía de la perfectibilidad con-

tinua é indefinida no es solamente una desilusion, es más bien la irrisión de la especie humana.»

Así, pues, vos asegurais y firmáis con vuestro nombre que el dolor es la condicion inmutable del hombre nacido del pecado de Adán. Sea cualquiera el grito que exhale desde el fondo del abismo, sea cualquiera el auxilio que pida á su inteligencia; providencia de su destino que desde este momento debe considerar como impotente y que sus ruegos serán completamente inútiles, y en vano golpeará con la mano su frente maldita para siempre.

Una implacable fatalidad pesa sobre el hombre como una montaña sin que ni un solo instante pueda aligerar aquel peso de miseria, arrancándole un átomo siquiera. Víctima de la creacion, vive realmente sobre el potro del tormento, donde, á falta de cuerpo, su espíritu, quebrantado por eternas torturas, gime perpetuamente. La esperanza misma no es más que un sufrimiento, el padecimiento que causa la ironía vertida sobre la llaga de carne viva para irritar su sensacion.

Es cierto que he podido en algun tiempo, y aún en este momento, apartar del debate la palabra felicidad como demasiado mudable é incierta para que ninguna de las dos partes pueda argumentar con ella y sacar de ella alguna conclusion. ¿Qué es, en efecto, la dicha y á qué medida comun puede sujetársela tratando

de la humanidad? Hecho vago, transitorio, inapreciable, que depende lo mismo del tiempo, que del lugar, que del carácter, que de la preocupacion, que de la educacion, de la moda, de la vanidad como del ejemplo, y cambia de naturaleza al cambiar de historia y de librea al cambiar de país.

La dicha para Trimalcion consiste en mirar con la frente coronada de pámpanos el ánfora de Falerno circular de mano en mano alrededor del triclinio; la dicha para el héroe escandinavo consiste en ver chispear la cerveza cerca de sus labios dentro del cráneo del enemigo degollado en la última batalla; la dicha para el conquistador consiste en pasar sobre la haz de la tierra como un huracan de fuego, dejando en pos suyo interminable rastro de ceniza; la dicha para el penitente indiano consiste en crucificar su cuerpo sobre el tronco de una higuera, para fundir inagotablemente su alma en el alma de Brahma; la dicha para el chino consiste en saborear misteriosamente en el tubo de un bambú el voluptuoso suicidio del opio; la dicha para un monje italiano consiste en contemplar con enternecidos ojos la faz radiante de la Madona; la dicha para el sabio consiste en perseguir de estrella en estrella, agarrado á las alas del álgebra, un problema de astronomía aún no resuelto; la dicha para el judío consiste en aglomerar moneda sobre moneda, en unir privacion á privacion, y pesar cada día desde su

escondrijo la economía feroz de la víspera, ya convertida en moneda.

En una palabra, tantos hombres, tantas dichas, ó mejor dicho, tantas definiciones de dicha; felicidad del salvaje, felicidad del hombre civilizado, felicidad del filósofo, felicidad del poeta, felicidad del ministro, del banquero, del campesino, del beato. Si yo fuera rey, decía un pastor, guardaria mi rebaño á caballo. Esa palabra encierra indudablemente un sentido demasiado flotante y vago para explicar por sí sola la ley del progreso con su invariable é inflexible unidad.

Pero..... no. La escuela de la perfectibilidad tiene demasiada conciencia, iba á decir demasiado orgullo, de la certeza de sus doctrinas para rechazar como inconducente ninguna cuestion. Es una escuela que acepta con la frente levantada y con entera confianza la discusion más explícita sobre cualquiera palabra y sobre cualquiera especie de fórmulas; desde el momento en que pareéis definir la dicha, siquiera sea aproximadamente, y dar al paso un programa de la ventura, recibo seriamente vuestras palabras como una objecion y las someto á la piedra de toque de la realidad.

¿Qué es lo que grita la realidad por la voz de todos sus hechos á la vez? Nos dice que el hombre ha perfeccionado verdaderamente y que continúa perfeccio-

nando de día en día todos sus órganos, primeramente el de la vista, puesto que ha creado una ciencia llamada óptica, lo cual prueba que no sólo ha desarrollado el poder de su vista, sino que ha llegado hasta poseer la razón de su desarrollo. Dejó á un lado el cristal del telescopio que sólo en cierto modo son pupilas de segunda creación, con ayuda de las cuales hace el hombre penetrar su mirada en lo infinitamente grande y en lo infinitamente pequeño; dejó eso y os pregunto de buena fe si el ojo del escultor, si el ojo del pintor que recogen en la naturaleza la más pequeña inflexión de línea, la más ligera entonación de color y la lleva geométricamente á la arcilla ó al lienzo poseen ó no poseen una superioridad de perfección sobre el ojo del salvaje, cuyas miradas son nulas en el orden de la belleza por lo menos.

Llega después el órgano del oído, puesto que el hombre, bajo la inspiración del progreso ha creado todo un nuevo mundo de sensaciones llamado la música, que supone una depurada educación y una metamorfosis progresiva de la facultad de oír, porque el músico no sólo percibe la sucesión de los sonidos cuando se trata de la melodía, sino también su simultaneidad, como sucede en la armonía; de tal modo que sentado en el centro de la orquesta abraza y distingue á la vez en un mismo segundo, en una misma sensación, todas las voces y todos los instrumentos; si una nota falsa se

desliza casualmente en cualquier parte bajo el roce de un arco, puede señalarla ó corregirla instantáneamente en su pensamiento. Sería una temeridad el pretender hoy que el oído de Mozart, inundado con la divina voluptuosidad de una sinfonía, vibraría exactamente lo mismo que el tímpano de Pelasgo, verdadero embudo, donde los ruidos se sepultaban sin que se pudiera medir jamás el sonido ni sujetarlo á la ley de la armonía.

Veamos ahora el órgano del tacto, puesto que el hombre ha creado para él un nuevo campo de operaciones en que la mano figura en primer término, llamado la industria, cuya aplicación exige indispensablemente una flexibilidad y una delicadeza infinita de movimientos; porque para pintar, modelar, esculpir, tejer, bordar, manejar la tijera, el compás, el buril y el punzón, para petrificar la materia, en una palabra, se necesita fundirla, removerla, moverla, reducirla á formas impalpables, ductilizarla hasta el límite extremo de lo invisible; la mano ha debido pasar anteriormente por una larga iniciación y adquirir un nuevo poder de pulsación.

En vano un pueblo hereda de otro pueblo un procedimiento industrial si al mismo tiempo no recoge la tradición del tacto de la mano indispensable para la maniobra de aquella industria. La filatura mecánica ha prosperado especialmente en los países en que la

poblacion hilaba con rueca hacia largo tiempo. El Pachá de Egipto quiso establecer una dársena, un arsenal para la construccion naval en el puerto de Alejandria y contrató para su servicio ingenieros y obremos franceses. Cuando creyó que estos preceptores y maestros extranjeros habian formado ya bastantes discípulos entre los egipcios, quiso por economía mandarlos á Europa. ¿Qué sucedió, pues? Que la mano de su pueblo abandonada á sí misma sin la instruccion que debiera tener, sin el hábito, sin la costumbre, sin la práctica, se cambió sobre la misma obra y cayó en la impotencia.

Así, pues, sin continuar más léjos en la enumeracion de los progresos del cuerpo humano, en el baile, en la declamacion, en el gesto, en la gimnástica y en la pantomima, el hombre ha perfeccionado sus órganos y ha sacado de cada perfeccion nuevas artes, es decir, nuevos instrumentos de bienestar.

Pero os oigo preguntar de qué le sirve al hombre haber desarrollado sus sentidos, si no ha podido apagar sobre estos sentidos más ó ménos desarrollados, si no ha podido disminuir en ellos un dolor por insignificante que sea, ni siquiera el producido por la picadura de un alfiler.

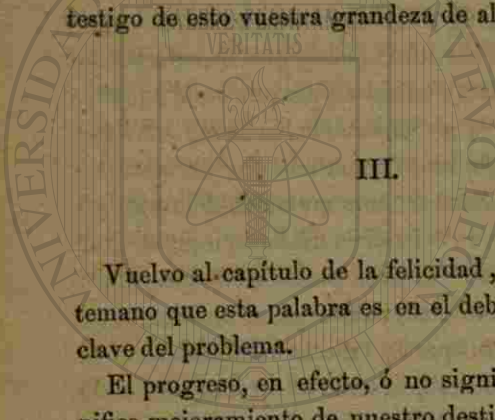
Habéis reflexionado bien sobre esta palabra; ved, pues, reducida la medicina y la cirugía á una quimera, á una irrisión de la humanidad.

Pasemos el arado sobre nuestros hospitales; doblemos otra vez las tiendas de los hospitales de sangre; arrojemos al abismo las urnas de la farmacia; rompamos los instrumentos de anatomía como inventos inútiles de tortura; arrojemos del estado nuestros Dupuytren como verdugos con diploma, puesto que la quina no cura la calentura; puesto que la catarata no se bate ni devuelve al ciego su perdida vista; puesto que de la arteria ya no contiene la hemorragia la ligadura; puesto que la inoculacion no evita ya la explosion del virus; puesto que la amputacion del miembro destruido no salva la existencia del herido; puesto que la litroticia no pulveriza ya la piedra en los intestinos; puesto que el fluido no devuelve ya el movimiento á la parálisis; puesto que la lanceta no cambia ya el derrame que iba á verificarse en el cerebro nivelando la sangre, y puesto que el cloroformo no mitiga el suplicio de la operacion, adormeciendo el dolor cuando se ejecuta.

Es evidente que en esta materia la improvisacion, con su rápida corriente, ha llevado vuestra palabra más allá que vuestro pensamiento.

En un tiempo y entre un pueblo cuya civilizacion ha dado al ciego un alfabeto, ha devuelto la palabra al mudo y les ha puesto á ambos en comunicacion y simpatía con la inteligencia y con el corazon de la humanidad, negar el triunfo del progreso sobre el sufri-

miento y sobre la enfermedad es en realidad negar la obra del genio, carecer de gratitud hacia el genio mismo. ¿Conoceis vos un delito más grave, un crimen mayor para con el Dios de la inspiración? Nadie como vos tiene razones más grandes para conocerlo: sea testigo de esto vuestra grandeza de alma.



III.

Vuelvo al capítulo de la felicidad, pues veo de antemano que esta palabra es en el debate la verdadera clave del problema.

El progreso, en efecto, ó no significa nada, ó significa mejoramiento de nuestro destino; y el mejoramiento de nuestro destino implica necesariamente en un grado cualquiera la idea de felicidad. Sólo que es necesario definir la felicidad; y para definirla con exactitud es indispensable sacarla de la confusión en que hasta el día ha flotado, al capricho de cada cual, para colocarla en su verdadero punto de vista.

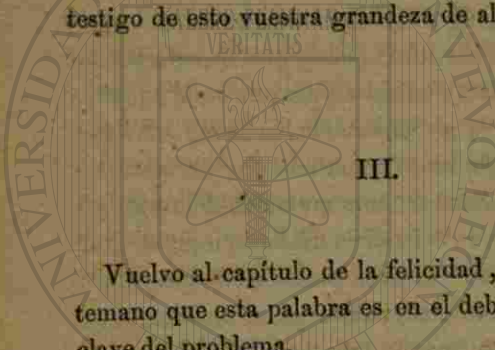
Ciertamente que entre los defensores del progreso hay más de uno que podría con razón, si quiere escuchar el murmullo de su suerte, tomar también una hora de vida por la vida entera y considerar este

mundo un campo de matanza, donde una implacable Euménida, esparciendo por los jarales y las piedras del camino los despojos de nuestra carne y las gotas de nuestra sangre, nos arrastra por los pies á una fosa de inmundicia.

Ese, poco importa su nombre, no ha nacido en las filas de los felices. No ha venido una hada á la cabecera del lecho de su madre para sonreír á su nacimiento; no ha encontrado la mesa servida el día que tomó sitio en el banquete; no ha cosechado en la abundancia ni exprimido en su copa los racimos de su viña, y al verle pasar, ni ha sentido la joven subir á su frente el sueño de su corazón, ni la madre ha estrechado más tiernamente á su hijo sobre su pecho.

Todo al contrario. Vino al mundo bajo un techo batido por el viento de la adversidad, y el primer beso de su madre le marcó, tal vez para el resto de su vida, con una palidez misteriosa. ¡Ah! Quisiera hoy poder rescatar con su dinero la casa en que vió la primera luz y tapiar sus puertas y ventanas. Para él no hay surcos en la llanura ni cepas en la colina. Proletario del pensamiento, ha hecho rudamente su camino; á cada paso ha encontrado un obstáculo, y siguiendo adelante le ha empujado con el codo. Ha vivido al día, y por la noche, inclinado sobre las frías cenizas de su hogar, ha buscado en una muda angustia el secreto del día siguiente. Ha visto caer más de una cabeza querida

miento y sobre la enfermedad es en realidad negar la obra del genio, carecer de gratitud hacia el genio mismo. ¿Conoceis vos un delito más grave, un crimen mayor para con el Dios de la inspiración? Nadie como vos tiene razones más grandes para conocerlo: sea testigo de esto vuestra grandeza de alma.



III.

Vuelvo al capítulo de la felicidad, pues veo de antemano que esta palabra es en el debate la verdadera clave del problema.

El progreso, en efecto, ó no significa nada, ó significa mejoramiento de nuestro destino; y el mejoramiento de nuestro destino implica necesariamente en un grado cualquiera la idea de felicidad. Sólo que es necesario definir la felicidad; y para definirla con exactitud es indispensable sacarla de la confusión en que hasta el día ha flotado, al capricho de cada cual, para colocarla en su verdadero punto de vista.

Ciertamente que entre los defensores del progreso hay más de uno que podría con razón, si quiere escuchar el murmullo de su suerte, tomar también una hora de vida por la vida entera y considerar este

mundo un campo de matanza, donde una implacable Euménida, esparciendo por los jarales y las piedras del camino los despojos de nuestra carne y las gotas de nuestra sangre, nos arrastra por los pies á una fosa de inmundicia.

Ese, poco importa su nombre, no ha nacido en las filas de los felices. No ha venido una hada á la cabecera del lecho de su madre para sonreír á su nacimiento; no ha encontrado la mesa servida el día que tomó sitio en el banquete; no ha cosechado en la abundancia ni exprimido en su copa los racimos de su viña, y al verle pasar, ni ha sentido la joven subir á su frente el sueño de su corazón, ni la madre ha estrechado más tiernamente á su hijo sobre su pecho.

Todo al contrario. Vino al mundo bajo un techo batido por el viento de la adversidad, y el primer beso de su madre le marcó, tal vez para el resto de su vida, con una palidez misteriosa. ¡Ah! Quisiera hoy poder rescatar con su dinero la casa en que vió la primera luz y tapiar sus puertas y ventanas. Para él no hay surcos en la llanura ni cepas en la colina. Proletario del pensamiento, ha hecho rudamente su camino; á cada paso ha encontrado un obstáculo, y siguiendo adelante le ha empujado con el codo. Ha vivido al día, y por la noche, inclinado sobre las frías cenizas de su hogar, ha buscado en una muda angustia el secreto del día siguiente. Ha visto caer más de una cabeza querida

en el panteon de la muerte, y brotar la hierba sobre una parte sagrada de su existencia.

Y sin embargo, á pesar de la saciedad, de la crueldad misma de su destino, no irá por eso á volver la cabeza á los cuatro vientos para lanzar la maldicion sobre él mismo. Sabe que si Dios envia la cólera de la tempestad á la tierra, envia tambien la sonrisa del buen tiempo; que si el espinoso se extiende sobre la víbora, la rosa vierte en las auras el balsámico perfume de su aliento; que si el euforbio destila líquidos ponzoñosos, el pámpano destila á los rayos del sol un eterno filtro de juventud; que si el desierto engaña la sed del viajero, la fuente corre de un lado á otro del horizonte; que si la naturaleza magnánima, en una palabra, ha impuesto á la humanidad, desde su origen, la condicion austera del trabajo, ha extendido tambien por todas partes, para recompensa del trabajador, una gracia, un júbilo, una fiesta, una verdadera voluptuosidad del corazon y del pensamiento.

Creeria blasfemar del Dios de toda bondad si, olvidando el bien por el mal, respondiese al beneficio con un sollozo; ántes espiraria la palabra en sus labios que caer en semejante ingratitud. Por el contrario, da gracias al Creador por su munificencia, y le dice desde lo profundo de su alma, en la efusion de un religioso enternecimiento:

«Yo te bendigo por haberme llamado á contemplar

la majestad inefable de tu creacion; y aunque no hubiera visto de este universo más que la noche estrellada, aunque no hubiera hecho más que sospechar el infinito oculto detras de ese velo de esplendor, por sólo este cuarto de hora de existencia en tí te bendiciria todavia: yo te bendigo por haber dado al hombre el sol, el rayo, el rocío, la llama, el hierro, el mármol, la espiga, la seda, el cáñamo, la higuera, la oliva y el maná inapreciable de todo saber y de todos colores, flotante á merced de la brisa en las ramas de los árboles.

»Yo te bendigo, en fin, por haberle dado ademas el corazon y la inteligencia para sentir y comprender todas las cosas; y más todavia, el corazon y la inteligencia de la humanidad entera, encarnadas en el arte y en la ciencia, y por consiguiente, por haber marcado mi hora en esta data del siglo XIX, el más grande y el más bello de la historia, á pesar de sus apariencias de turbacion y de desfallecimiento, y por haberme permitido vivir con su poderosa vida y estremecerme con su profundo entusiasmo.

»Yo amo y he sido amado; he conocido la belleza y he sentido el bien; he dado testimonio de la verdad en todos los átomos de la atmósfera; he tomado partido por las grandes ideas y he dado mi cabeza en holocausto á las nobles obras de la humanidad. Puede ya venir la noche: que suene cuando quiera la hora

de bajar la opuesta pendiente de la colina. ¡Gloria á Dios! Ya tengo mi parte, ya puedo morir.»

Morir, decís, es precisamente la condenacion del progreso; ¿no veis que la muerte, espectro levantado ante nuestros ojos en el horizonte, proyecta su sombra como una amenaza de duelo, sobre toda aspiracion de felicidad en la tierra? Perdonadme, poeta de la desesperacion, os olvidais de la inmortalidad.

¿Qué importa, os responderé eternamente, que la muerte venga á cortar el himno de la felicidad, si en otra escena debemos continuarle desde la misma estrofa en que le hemos interrumpido? Pero entendámonos, una vez para todas, respecto á la palabra felicidad.

¿Qué es la felicidad para el hombre? El cumplimiento de su destino. Y ¿qué es el cumplimiento de su destino? La dilatacion de su naturaleza. Su naturaleza: hé aquí la revelacion de Dios escrita en él, con su carne y con su sangre; su mandamiento y su Evangelio. Meditemos su naturaleza con atencion, pues el día que la poseamos por completo, conocerémos el secreto de la vida y podremos obrar con toda seguridad de conciencia.

El hombre, cuerpo y alma á la vez, debe vivir con una doble vida, material y espiritual, en virtud de la divina economía, del admirable dualismo de su organizacion. Libreme Dios de tomar jamas por mi cuenta

esa doctrina maniquea del ascetismo, que pretende, sobre la fe religiosa, que de dos vidas la una contradice y ahoga la otra, bajo pena de ser ahogada la primera. Yo creo que en todo lo que Dios ha puesto la mano ha puesto la armonía y no la discordia. El hombre, constituido por naturaleza en estado flagrante de antagonismo, no sería el rey, sino el monstruo de la creacion.

Si un fraile viniese á decirme con un estremecimiento de horror, inclinados los ojos bajo su capucha, que la carne era el lugar del pecado original y el júbilo de la sensacion una superchería de Satan; que el hombre debe tratar su cuerpo como un enemigo y dominarle por la maceracion, volveria la cabeza con lástima y pasaria. Iria á ver en un hermoso día de estío el sol levantándose sobre la colina, y mirando estremecerse á lo léjos la tierra perfumada, lecho nupcial de toda atraccion y de toda fecundidad, responderia: «Puesto que Dios ha hecho esta tierra para irradiar en mí sus inefables simpatías por sus riquezas y por sus frutos, y ha puesto en mí una fibra eléctrica para vibrar al contacto de sus efusiones y de sus caricias, yo acepto su dón y gozo de su obra en la medida que debo gozar, sin ver un peligro en la sonrisa de la creacion.

¿Quiere esto decir que yo transporte únicamente, exclusivamente, la felicidad ó el ideal supremo de la

vida al mundo de la materia y de la sensualidad? ¿Será necesario repetir, con la filosofía del *Eclesiastes*, que el pan, el vino, el oro y el beso de la Sulamita son el fondo de la vida humana y que el resto es apenas la sombra del humo?

El progreso es el primero que remite esta doctrina del sibaritismo á la antigüedad. Creo haber vivido por la inteligencia, y he aprendido de lo selecto de la humanidad, que la materia, cosa finita, cosa móvil, cae demasiado bajo el golpe del tiempo, otro hecho del orden finito, del orden pasajero, para que vaya á pedirle la idea de continuidad indispensable á la idea de felicidad.

La alegría de la materia es la sensacion. En vano querría retener la sensacion en la cuerda en que vibra; pasa y corre como el agua en la mano, muere en su triunfo y desaparece al igual del relámpago en su explosion. Un momento la trae, un momento la lleva, y huyendo, no deja en pos de sí más que el vacío y el silencio.

El acto es corto, el entreacto es largo, se dirá, de la felicidad así comprendida. Vanamente el hombre ansioso de gozar quiere multiplicar el acto, para volver, cada vez que la pierde, á la felicidad desvanecida, y prolongarle indefinidamente de recidiva en recidiva: á fuerza de interpelar la sensacion embota la facultad de sentir, llega muy pronto á la saciedad y por la sa-

ciudad va á la melancolía. En su impaciencia por gozar ha roto el instrumento del placer, y triste como Sardanápalo y muerto como él para la emocion, no tiene otro remedio que echarse de antemano en su ataud, en medio de los espectros de sus placeres pasados.

Es que, creando doble al hombre, la Providencia ha equilibrado en él su doble naturaleza; que el cuerpo tiene su parte, que el alma tiene la suya, y que en el momento mismo en que el uno domina sobre la otra, el hombre siente roto el equilibrio y cae en la noche de la tristeza.

El cuerpo puede dar el placer; sólo el alma da la felicidad. Sola y eterna aquí, reverberacion viviente de la eternidad, sólo ella posee esta perpetuidad, esa plenitud que constituye verdaderamente la esencia y merece el nombre de felicidad. Cada uno de nosotros, so pena de mentir á su destino, debe colocar el objeto, el ideal supremo de su vida, del lado del alma, en el desenvolvimiento del alma, porque el alma, infinita, irradia la emocion al infinito sin debilidades ni fatigas. ¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿No es por ella, en efecto, por quien tenemos el puesto de honor en la creacion, y por quien ejercemos sobre la naturaleza ese derecho de mando llamado el progreso?

Si hemos de vivir entre los felices, ó por mejor decir, para evitar toda confusion de pensamiento, entre los elegidos de la humanidad, desenvolvamos nuestra

alma, desenvolvámosla integralmente, armoniosamente, en sentimiento y en conocimiento; desenvolvámosla en sentimiento por el arte, la poesía, la pintura, la escultura, la música, la simpatía, la admiración, el entusiasmo, la piedad, la caridad, el sacrificio, la virtud y el heroísmo. Tantas vidas nuevas como nos demos para eso, tantas ocasiones más serán de felicidad; y esa felicidad no pasa con el tiempo, el tiempo no puede nada contra ella; á todas horas, en toda circunstancia la encontramos completa en nosotros, y la encontramos tanto más intensa cuanto más frecuentemente la evoquemos.

Desenvolvamos nuestra alma en conocimiento por el estudio, la ciencia, la historia, la conversacion, la lectura, la meditacion, el razonamiento, la filosofía, la discusion, la verdad, en fin; aseveracion sublime y participacion suprema del alma á la divinidad; otras vidas, otros placeres sagrados é inalterables, superiores á los caprichos y á los atentados de los hombres y de los acontecimientos. El que lleva la verdad en sí ha puesto la planta sobre el peristilo de la eternidad; reposa en Dios, y todo el bien de la tierra palidece á sus ojos ante ese bien soberano. En tanto que ese bien le quede, puede desafiar al destino y posee su alma en paz, aún en el seno mismo de la indigencia. Preguntad á Newton lo que vale una corona imperial al lado del descubrimiento de la gravitacion terrestre; cuando

este grito: *¡Lo he hallado!* pudo salir de su pecho dilatado por la emocion, cayó agonizante y desvanecido por el éxtasis.

Y aún hay más. El estudio tiene algo de santo que cambia el dolor en virtud, como el fuego del incensario cambia en perfume balsámico y delicado la áspera corteza del áloe. Feliz el que sufre, ha dicho el Evangelio: el hombre bueno, en efecto, se hace mejor en la afliccion; la prueba le enternece é inclina su espíritu al sacrificio. Por otra parte, el libro, para quien sabe leer y meditar, es un consolador mudo, un sacerdote escogido que vierte sobre las heridas del alma la sabiduría escrita de todos los cantos del pensamiento, que han sufrido como nosotros y que con su ejemplo nos enseñan á sufrir. «Jamás he sentido tristeza, decía un filósofo del último siglo, que no se haya disipado tras un cuarto de hora de lectura.» Exageraba, sin duda alguna; mas á pesar de todo, comprendo que Catón, en el momento de huir ante el horrible espectáculo de César triunfante, quisiera leer la última página del *Phedon*; comprendo también que otro romano de este siglo, adversario declarado de otro César, haya murmurado al morir vuestras propias poesías, como si hubiera querido que una de vuestras estrofas le llevase sobre sus alas de llama al seno de la inmortalidad.

Nuestra alma es, pues, la audiencia soberana ante

quien comparece, para sufrir su juicio, todo lo que agita nuestra vida, todo lo que la conmueve en bien ó en mal. Nuestra alma, sólo y exclusivamente nuestra alma, tiene la facultad de concebir y de formular la idea de felicidad ó la idea de infortunio. Ella, con plena potestad y en último recurso, es quien proclama feliz tal hecho, desgraciado tal otro, y quien los constituye desgraciados ó felices por lo decisivo de su sentencia. En realidad, pues, hace la felicidad ó el infortunio á su voluntad, en su medida, y así encontramos por todas partes, aquí y allá, en la opinion ó la superstición reinante, tan pronto una alegría como un dolor convencionales.

Cuanto más bajeis el nivel del alma en la ignorancia ó la frivolidad; cuanto más la condeneis al placer ínfimo y frívolo de la moda y de la riqueza, tanto más la poneis, por consecuencia, á merced y en la dependencia de la muerte y de la ocación. La felicidad del oro, del lujo, no está en nosotros; está fuera de nosotros, y por mucha vigilancia que tengamos en presencia del flujo y del reflujo del destino, esa felicidad huye á cada momento. Viene la vejez, y con su fría mano hiela la facultad de gozar. El viejo, despues de haber apurado la copa hasta las heces, cae en el disgusto ó en la impotencia, y muere de hastío y con frecuencia por el suicidio. La suerte, por otra parte, puede volver la espalda, y la fortuna puede dejar al

hombre rico á merced de lo imprevisto. Un buque naufraga, una banca quiebra: es el curso ordinario y el espectáculo perpétuo de la sociedad. Ese hombre vivía únicamente para la riqueza y la especie de felicidad que la riqueza produce; ahora la riqueza le abandona, y del mismo golpe parece abandonarle también la vida; y como ha olvidado en medio de la abundancia preparar á su alma un refugio en el mundo superior del pensamiento, busca vanamente en torno suyo una fuerza de reacción contra el dolor, sucumbo á la prueba y rueda al fondo del abismo.

Aquel, por el contrario, sólo ha hecho una especie de arriendo á perpetuidad con la alegría del sabio, la serenidad de espíritu, que ha llevado su alma á tal altura que la ha puesto para lo sucesivo fuera del alcance de todos los accidentes de la vida y de todos los golpes del destino. Ha edificado su morada sobre la montaña, y ha hecho de sus afecciones y de sus pensamientos otros tantos canastillos de flores, en que, bajo los rayos de un sol inalterable, respira eternamente una brisa cargada de aromas. ¿Qué me preparais y por qué me mirais requiriendo vuestra cartera? ¿La prision, el destierro, el sufrimiento, la ruina de mi casa, la sal sembrada sobre mi hogar? ¿Qué puede contra mí vuestra cólera y la cólera de la naturaleza? Tengo el secreto de Epicteto, y al dolor que podais causarme responderé como él: «Dolor, no existes. Herid; la herida arrojará

de sí el hierro.» Era preciso que hubiese en la cicuta un divino sabor para que el más grande de los hombres, despues de Jesucristo, la haya bebido sonriendo y ofreciendo un gallo á Esculapio.

Y vos mismo, poeta, tranquilo héroe de la idea, ¿no sois un ejemplo vivo de lo que digo? La multitud, sacada por vos de la tierra de servidumbre, os ha injuriado, os ha arrojado al rostro hiel y vinagre. Habeis estado un momento dentro del orden de los hechos; y hoy no teneis ya más que vuestro nombre, uno de los más bellos, seguramente, de todos los que viven en los labios de nuestra generacion. Y sin embargo, ¿quién se atreverá á decir que no sois tan grande en vuestra caída como en el poder? Si la grandeza del alma no es la felicidad soberana del hombre en la tierra, ¿adónde hemos de ir á buscarla? ¿Y en qué signo se ha de reconocer esa grandeza sino en la ingratitud de las naciones? La tempestad, hiriendo vuestra frente, ha dejado en ella tal esplendor que no queréis cambiarlo, á buen seguro, por ninguna otra corona.

Así, pues, progreso y felicidad tienen en el fondo la misma significacion: uno y otra significan cumplimiento del destino, es decir, acrecentamiento de vida; acrecentamiento de vida material por una más grande produccion de bienestar, y una más justa reparticion del bienestar producido; acrecentamiento de vida es-

piritual por una más corta dilatacion del sentimiento y una más ancha expansion de la inteligencia. Acrecentamiento de vida, hé aquí el Decálogo de la humanidad; pero respetando la armonía y la jerarquía natural entre nuestras facultades, y reservando siempre al alma soberana su derecho de preeminencia.

IV.

Haceis, en fin, una última objecion contra la doctrina del progreso, esa vieja alucinacion del orgullo, como le llamais, y para atacar á esta nueva locura del cerebro humano invocais como prueba los pueblos desvanecidos en el horizonte de la historia. Atribuis, sin duda, una virtud irresistible á este argumento, pues le reproducís muchas veces bajo diferentes fórmulas.

«¿Dónde está, preguntais, la perfectibilidad visible en las razas que han pululado en tribus, en naciones y dominaciones sobre este globo desde los tiempos históricos? ¿Cuál es la raza que no ha seguido el curso regular de nacimiento, de crecimiento, de decadencia y de muerte, condiciones necesarias de esas colecciones de hombres, como del hombre mismo, sometido á estos cuatro fenómenos de la vida, nacer,

crecer, envejecer y morir? Este globo no es otra cosa que un osario de civilizaciones sepultadas. La historia, que es el registro de nacimiento y de muerte de todas esas civilizaciones, nos las enseña por todas partes naciendo, creciendo, muriendo y desapareciendo con los dioses, los cultos, las leyes, las costumbres, los idiomas y los imperios que ellas mismas han fundado por un momento aquí y allá durante su paso por el globo. Ni una, ni una sola ha escapado hasta hoy á esa vicisitud orgánica de la humanidad.»

Todas las civilizaciones han muerto, decís. El hecho es cierto, convengo en ello. Pero la civilización en sí misma ha sobrevivido, y ha sobrevivido precisamente porque era la razón común de todas las metamorfosis de la historia.

La India ha tenido, sin duda alguna el puesto de honor en el origen; de la India la supremacía pasó al Egipto, del Egipto á la Fenicia, de la Fenicia á la Grecia, de Grecia á Italia y de Italia al resto de Europa. Y sin embargo, en todas esas emigraciones de la bandera de la perfectibilidad de una mano á la otra, ¿la humanidad ha perdido acaso en el camino el trigo, la carreta, la fragua, el andamio, el hacha, el arado, la azada, la lámpara, la viña, el ánfora, el carnero, el buey, el asno, el caballo, el buque, la carne, el molino, la grua, la palanca de Arquímedes, la moneda, la escritura, la ciencia, el reloj, la aritmética, la geome-

tría, la astronomía, toda la riqueza adquirida, en una palabra, y toda la fuerza motriz del progreso?

Si cada civilización, efectivamente, al desaparecer de la escena hubiera llevado con ella á su tumba todos esos descubrimientos, como esos reyes de Oriente que llevan á las llamas de su hoguera todos los tesoros de su palacio, entónces tendríais razón, el progreso habría perdido su causa ante la historia. Pero lejos de eso, cada civilización, en el momento de su abdicación, ha revertido religiosamente su contingente de ideas en la civilización siguiente, que, ampliando con su trabajo el patrimonio recibido, lo ha transmitido á su vez con el nuevo acrecentamiento, á una nueva heredera, y así sucesivamente, hasta que al fin, de sol en sol, del Este al Oeste, el viático sagrado de la humanidad, siempre creciendo en su camino, como la bola de nieve, ha afluído un día, entero y sin menoscabo, del Oriente al Occidente de Europa, hasta el punto de que la Francia, hoy expresión suprema, por una parte, de la civilización, no tiene una industria ni una ciencia, desde el pico hasta el alfabeto, desde el compás hasta la cifra, que no la haya recibido, en germen ó en totalidad, por una larga circunvolución, de la India ó del Egipto, de Grecia ó de Italia.

Así, pues, para combatir la creencia en el progreso, no basta demostrar que el progreso ha cambiado de lugar en el mundo; hay que probar que en cada

mutacion ha perdido la integridad ó una parte de sus conquistas. Pero léjos de ser así, ha ido, por el contrario, rechazando paulatinamente sus fronteras con la medida de sus victorias sobre la naturaleza. ¿Queréis la prueba? Mirad el estado de civilizacion en Europa. ¿Cuál es el pueblo, en efecto, cuyo pasado ha alcanzado el nivel actual de la vida humana en ciencia y en simpatía, en industria y en riqueza?

Podríamos terminar aquí nuestra respuesta, habiendo satisfecho los deberes de la refutacion; pero llevamos más léjos la severidad de nuestro principio. Aun tenemos que probar, para tranquilidad de nuestra conciencia, que cada civilizacion parcial tenía su razon lógica para aparecer á su hora y en su lugar, para hacer lo que ha hecho allí donde lo ha hecho y no en otra parte, y para desaparecer en seguida entre las sombras del pasado, dejando á otros pueblos, colocados en otras circunstancias de geografia, la posibilidad de sacar de esas mismas circunstancias nuevos desenvolvimientos para la humanidad.

Una raza; cualquiera que sea su genio, tiene siempre en el suelo que le ha tocado como su parte de herencia un colaborador predestinado. Si Inglaterra, por ejemplo, para tomar una demostracion bajo la mano, en lugar de asentarse sobre un profundo basamento de hulla, trono del mundo industrial por la invencion del vapor, hubiera acampado sobre la arena del Sahara,

habria evidentemente marchado por la ingratitud de su territorio, á pesar de toda su actividad innata, á la retaguardia de la industria. Apliquemos este principio á la historia de la civilizacion, y escribiremos el sumario de un libro todavía por hacer: la geografia del progreso.

Supongamos al hombre en el principio de su carrera en la vida social, frente á frente con la naturaleza, sin otras armas que su buena voluntad y la punta del aguijon de la necesidad. Tiene, en cierto modo, que inventar el alfabeto de la industria; pero para inventarlo tenía que pensar, y ántes de pensar tenía que vivir.

¿Cómo vivir y pensar? ¿Cómo encontrar, sobre el tiempo consagrado al cuerpo, vagar suficiente para desenvolver la inteligencia, si la naturaleza no viene por sí misma en socorro de la indigencia primitiva del hombre, envolviéndole en un clima cálido, á falta de otro abrigo, y poniendo en cierto modo el alimento en su mano con los frutos naturales de la tierra?

Pues bien, recorred un mapa del globo, buscad en él una comarca que responda á esta doble condicion de calor y de abundancia, y encontraréis la India, naturalmente vestida por su sol, y provista de tal modo de frutos de toda especie, que la banana del sabio—¿del sabio? la expresion es significativa, — bastaria por sí sola para alimentar una poblacion. La India ha

podido pensar, gracias á los primeros adelantos de la naturaleza. Humboldt ha notado que en todas las partes de América en que crecía la banana, la inteligencia de la raza subía en la misma proporción.

Gracias á ese dón gratuito del suelo y al derecho de holgar conferido por la casta, la India ha podido pensar, ha tenido bastante número de grandes inteligencias para decir la última palabra de esa vida contemplativa, de esa prodigiosa metafísica en acción que, en la noche abrasadora de los trópicos, bajo las elegantes hojas de las palmeras, ha hecho nacer la aritmética, la gramática, la poesía y la filosofía.

Mas para pasar, sin embargo, á una civilización superior, la humanidad tenía precisión de crear con anterioridad uno de los elementos indispensables de la constitución del hombre. Quiero hablar de la arquitectura. ¿Podrá la India inventar la llana y la escuadra? No, seguramente, pues para ir á buscar en las entrañas de la tierra esos enormes trozos de piedra tan difíciles de remover, tan duros de tallar, el hombre debía necesariamente recibir de la naturaleza la idea de un trabajo semejante, y al mismo tiempo una gran ayuda en el momento de la ejecución. La India no tenía que sufrir esta condición ni que buscar esta asistencia. Una cabaña bastaba al hombre para abrigar su familia: la madera, más ó ménos trabajada, como en China hoy, hacía todos los gastos de su arquitectura.

Sus pagodas, como ya hemos visto, no eran más que cavernas abiertas en el flanco de las montañas y regadas por estanques subterráneos para abreviar los rebafios sagrados.

Busquemos ahora en el mapa una raza sometida á una condición geográfica de tal manera excepcional, que tenga, en cierto modo, por consecuencia de esta misma condición y en una gran parte de su territorio, la obligación rigurosa, ó mejor dicho, la necesidad imprescindible de colocar la piedra sobre la piedra para construir su morada. Esta raza tendrá en lote un valle completamente sumergido durante una parte del año; de suerte que para dominar la inundación tendrá necesariamente que asentar cada ciudad sobre una base de granito. Hé aquí la consigna de la naturaleza; veamos ahora la ayuda.

Este valle estrecho, en forma de colador, se extenderá indefinidamente de Norte á Mediodía entre dos cadenas de montañas, de mármol ó pórfido, de caliza ó de granito. El día en que el hombre sepa construir encontrará por todas partes la piedra á flor de tierra, en vez de sacarla de los pozos de las canteras. Además, un río navegable circulará por todo el valle, como una especie de carretero natural, para distribuir á derecha é izquierda las piedras talladas en la carrera.

Sin embargo, el trabajo de construcción en aquella época de ignorancia y de infancia del arte hubiera

gastado una suma de tiempo superior al que la sociedad podía dedicarle, si por un hecho expreso, todavía inexplicable, el mismo río, que todavía no había hecho el oficio del trabajador, no hubiera extendido todos los años, en época fija, su limo sobre el valle. El habitante sembraba en la baja y el trigo crecía sin otra labor. El régimen de castas hacía en seguida el señalamiento del tiempo necesario para el trabajo de la inteligencia. Hé aquí la obra de Egipto: él inventó la arquitectura y con la arquitectura la geometría.

El Egipto ha dado, pues, á la civilización todo lo que podía darle, sólo por la disposición particular de su territorio. Pero si la constitución excepcional de esa geografía le había servido perfectamente para un progreso, esa misma originalidad del suelo le impedía en cambio llegar á la resolución de otros problemas importantes de la civilización.

Así, después de la invención de la arquitectura, venía por su orden de importancia el descubrimiento de la navegación. ¿Podía el Egipto realizar este descubrimiento? No, por la razón sencillísima de que carecía de maderas de construcción.

Esta gloria debía pertenecer á una raza acampada en la costa, entre el mar y las montañas, que, falta de espacio suficiente para la agricultura, tenía por precisión que pedir al comercio un suplemento de víveres. Esta raza privilegiada debía encontrar, por otra

parte, en los flancos de las montañas inmensos bosques de árboles gigantes, siglos de vegetación acumulados desde el Génesis; de suerte que no tenía más que extender la mano para hallar sin cesar flotas enteras bajo sus eternas sombras de verdura.

¿Era esto todo? No, todavía. El hombre no lleva á voluntad el comercio á un punto dado, sino que le toma al paso cuando sabe encontrarle. Era, pues, necesario que la raza llamada á navegar un día, es decir, á comerciar con todo el mundo conocido, ocupase una estación intermediaria entre las dos grandes naciones del momento, la Asiria y el Egipto, en el trayecto de todas las caravanas de la India, ó en frente de islas y de ciclades, á fin de que en esta primera hora de in-experiencia el marino pudiese siempre seguir la costa y encontrar por todas partes un puerto de refugio.

La Fenicia iba, pues, impelida por el viento de la especulación, á sembrar acá y allá depósitos comerciales sobre las costas del Mediterráneo. Pero la pequeña isla de Tiro — pues en el origen toda capital de navegación era casi siempre una isla, por razón de seguridad — era evidentemente demasiado estrecha para encerrar entre sus muros todos los secretos de la civilización. Era un detalle del progreso; pero no podía ser el progreso en su maravillosa variedad.

A su vez al arte tenía que decir su palabra. La humanidad, gracias al genio de las civilizaciones ante-

riores, habia conquistado ya bastantes elementos de existencia para tener el derecho de consagrar una parte de sus fuerzas á las satisfacciones del espíritu. La Grecia apareció entónces en el horizonte de la historia. Raza y tierra, todo estaba en ella maravillosamente combinado de antemano para reunir los progresos alcanzados por la humanidad y llevarlos con su genio á un supremo grado de perfeccion.

Desplegada en abanico sobre el Mediterráneo, rodeada de islas por todas partes, como Anphitrite de sus sirenas; cerrada al Norte contra las invasiones extranjeras por los desfiladeros de la Tesalia; cortada en todas partes por montañas; sembrada de praderas y de bosques, de canteras de mármol y de ricas minas metálicas, la Grecia, geográficamente considerada, tenía en su territorio todos los materiales de las distintas civilizaciones anteriores, y estaba enfrente, al mismo tiempo, de todos los puntos ya civilizados. Representaba tambien, por otra parte, los diversos estados del hombre en las diversas aptitudes de sus poblaciones: pastoril en Arcadia, agrícola en Mesenia, comerciante en Corinto; comerciante, fabricante, artista y filósofo á la vez á la sombra de la acrópolis de Atenas.

Mas, por admirablemente privilegiada que la Grecia pareciese en territorio y en genio, no debia ser, ni ha sido, en definitiva, ante los ojos de la historia,

más que un taller de perfeccionamiento. Colocada en el centro del primer mundo antiguo, debia recibir las diversas civilizaciones del África y del Asia, darles la última mano y delegar el progreso, una vez cumplida su mision, en otro pueblo más ventajosamente situado para extenderla por Europa. Ella no tenía bastante campo en torno suyo para desbordarse sobre el mundo, ni el genio político necesario para someterle á su dominacion.

La providencia del progreso reservaba esta tarea al pueblo romano.

La Italia es, geográficamente hablando, una variante de la Grecia, una península como la Grecia, defendida, por consecuencia, en sus flancos del peligro de las invasiones, pero con mucha mejor situacion para despejar el suelo de Europa. El pueblo romano tuvo en el más alto grado el genio y la conciencia de su mision: supo conquistar, organizar, administrar, colonizar, asimilar y atravesar de caminos el universo. *Pervius orbis*, esta fué su divisa. Por la unidad de su administracion y de su lengua preparó la unidad intelectual, la unidad moral de Europa. Atenas habia dado el arte á la humanidad; Roma le dió la legislacion.

Precisamente en aquel momento de la historia partia una idea del fondo de la Judea, tierra aislada y cerrada como una celda hasta entónces, para esparcir por el mundo algo superior al arte, superior á la legis-

lacion: un alma comun y una simpatía comun, en nombre del principio de caridad y de fraternidad. El imperio romano desapareció á su vez para ceder la escena á un nuevo actor salido la víspera de los bosques de la Germania, y la Europa central, regenerada en el cristianismo, hebreo por su tradicion, griego por su filosofía, romano por su disciplina, tomó á su vez la cabeza de la columna.

Aligero el paso porque tengo ánsia de llegar. Pero por esta rápida revista del pasado de la humanidad, podemos comprender clara y perfectamente que cada pueblo iniciador del progreso ha tenido, en razon de la misma naturaleza de su constitucion climatérica, una tarea especial que ejecutar, y que una vez cumplida esta tarea, debia inmovilizar la civilizacion en su propia naturaleza, cerrando, por consecuencia, la era del progreso, ó deponer su papel de iniciador, arrojar al viento el ramo de oro de la sibila y decir: «A otro toca.»

Ahora bien; para suceder á la India, ¿renunció el Egipto á los rudimentos que la India le habia enseñado? Y para suceder al Egipto, ¿renunció la Fenicia á las nociones que de Ménfis habia recibido? Y para suceder á Fenicia, ¿renunció Grecia á los descubrimientos que le habia comunicado Tiro? Y para suceder á Grecia, ¿renunció Roma á los conocimientos que Grecia la habia inspirado? Y para suceder á la ci-

vilizacion romana, ¿renunció Europa á las lecciones de aquella civilizacion? No, puesto que hoy encontramos en el catálogo de la Europa civilizada, obra por obra, industria por industria, la concurrencia de todos los pueblos iniciadores del progreso de la humanidad.

La desaparicion de los Estados formados por los pueblos en un dia dado y por un trabajo dado, léjos de debilitar la doctrina del progreso, la confirma, por el contrario; pues todos esos Estados, en definitiva, no eran más que los límites restrictivos de una civilizacion siempre creciente, que debia precisamente traspasar esos límites en fuerza y á medida de su engrandecimiento. ¡Qué! Os digo que la mariposa es un progreso sobre la oruga, y cuando os muestro el esplendor de sus alas bajo los rayos del sol me decís para negar la gloria de la trasformacion: ¿dónde está la crisálida? ¡Oh! La mariposa es precisamente un progreso, porque ha dejado detras de sí la crisálida, harapo desgarrado de su primera existencia.

Sí, hemos emigrado de la civilizacion; pero como las tribus de Israel salieron de Egipto, llevando con ellas los vasos egipcios. Y, en verdad, que cuanto más medito sobre este misterio de la historia, más admiracion me causa la armonía preestablecida entre la repoblacion del planeta y el movimiento del progreso.

Salida del extremo Oriente, la civilizacion debia

marchar hacia Occidente para recoger al hombre á su paso. Llega á Siria y establece la navegacion. ¿Qué razon, sin embargo, tenía para navegar al Oeste, en el sentido de la barbarie, si no habia de encontrar ante la proa de sus naves más que pueblos salvajes y bosques incultos?

Ninguna en apariencia. Pero una mano previsora habia puesto oro en España, y la Fenicia boga hacia la Hespéride misteriosa para recoger los dorados frutos, fundando al pasar Cartago y Cádiz. Más tarde la civilizacion inventa la brújula; Colon atraviesa el Océano, y creyendo abordar al Oriente de Asia descubre la América.

Entonces la Hespéride toma su vuelo á través del Atlántico, y la Europa invade por todas partes el nuevo continente para recoger el oro, ese producto precioso, el único capaz de indemnizar inmediatamente los gastos de traslacion; y buscando el oro deposita sobre los desiertos del Nuevo Mundo su propia civilizacion. Quedaba, en fin, una última inmensa parte del Mapa mundi aún por colonizar al Oeste de América, y hé aquí que la Hespéride reaparece de repente, primero en California y luego en Australia.

Sepamos comprender, por la perseverancia de estos signos, la voluntad premeditada de la historia. El dedo de alguno está allí. Por el número de etapas ya recorridas podemos deducir los caminos que aún hay

que recorrer. El cielo está pesado y la atmósfera inmóvil: no nos inquietemos por este alto. Es el cuarto de hora de gracia concedido á todo el que va á morir. Algo grande hierve ya en el fondo de los corazones. Ya sentimos pasar por la atmósfera no sé qué misteriosas corrientes del espíritu..... Abramos nuestras ventanas y aspiremos el aire con todos nuestros pulmones.

V.

Tocamos al término del debate. Hemos pasado revista á todas las objeciones contra la doctrina de la perfectibilidad. La última explicacion, y hemos concluido.

Negais el progreso; pero apresurémonos á declararlo; no es tanto el progreso reducido á sí mismo, el progreso aislado y modesto en su aislamiento como el progreso con epíteto y en cierto modo bajo escolta. La palabra ha figurado bastante bien en el mundo para merecer vuestra indulgencia.

El progreso, pase todavía; pero el progreso indefinido, el progreso continuo, hé aquí la mentira. Decís últimamente:

«El fourrierismo, espirante bajo el peso de sus milagros, ha dejado detras de sí otra utopia tambien fu-

marchar hacia Occidente para recoger al hombre á su paso. Llega á Siria y establece la navegacion. ¿Qué razon, sin embargo, tenía para navegar al Oeste, en el sentido de la barbarie, si no habia de encontrar ante la proa de sus naves más que pueblos salvajes y bosques incultos?

Ninguna en apariencia. Pero una mano previsora habia puesto oro en España, y la Fenicia boga hacia la Hespéride misteriosa para recoger los dorados frutos, fundando al pasar Cartago y Cádiz. Más tarde la civilizacion inventa la brújula; Colon atraviesa el Océano, y creyendo abordar al Oriente de Asia descubre la América.

Entonces la Hespéride toma su vuelo á través del Atlántico, y la Europa invade por todas partes el nuevo continente para recoger el oro, ese producto precioso, el único capaz de indemnizar inmediatamente los gastos de traslacion; y buscando el oro deposita sobre los desiertos del Nuevo Mundo su propia civilizacion. Quedaba, en fin, una última inmensa parte del Mapa mundi aún por colonizar al Oeste de América, y hé aquí que la Hespéride reaparece de repente, primero en California y luego en Australia.

Sepamos comprender, por la perseverancia de estos signos, la voluntad premeditada de la historia. El dedo de alguno está allí. Por el número de etapas ya recorridas podemos deducir los caminos que aún hay

que recorrer. El cielo está pesado y la atmósfera inmóvil: no nos inquietemos por este alto. Es el cuarto de hora de gracia concedido á todo el que va á morir. Algo grande hierve ya en el fondo de los corazones. Ya sentimos pasar por la atmósfera no sé qué misteriosas corrientes del espíritu..... Abramos nuestras ventanas y aspiremos el aire con todos nuestros pulmones.

V.

Tocamos al término del debate. Hemos pasado revista á todas las objeciones contra la doctrina de la perfectibilidad. La última explicacion, y hemos concluido.

Negais el progreso; pero apresurémonos á declararlo; no es tanto el progreso reducido á sí mismo, el progreso aislado y modesto en su aislamiento como el progreso con epíteto y en cierto modo bajo escolta. La palabra ha figurado bastante bien en el mundo para merecer vuestra indulgencia.

El progreso, pase todavía; pero el progreso indefinido, el progreso continuo, hé aquí la mentira. Decís últimamente:

«El fourrierismo, espirante bajo el peso de sus milagros, ha dejado detras de sí otra utopia tambien fu-

nesta; la utopia de la perfectibilidad *continua é indefinida* del hombre sobre la tierra, utopia cuyo último resultado lógico, marchando de consecuencia en consecuencia, sería éste: no es Dios quien ha creado al hombre, pero bien podría ser que el hombre hubiese creado á Dios; pues ¿dónde se detendría esta ascension continua é indefinida del hombre sino en la misma Divinidad?»

Ignoro si el fourrierismo espira y si le han muerto sus milagros; pero lo que sé perfectamente es que hacéis prevaricar de una idea á Fourier cuando poneis á su cargo la teoría del progreso continuo. Esta teoría existía antes que la escuela falansteriana. Mucho tiempo antes de que esa escuela naciese, Condorcet nos la había dado, desde lo alto de la guillotina, como el testamento de la idea.

Tenemos horror á esas guerrillas de palabras renovadas de la escolástica. Sin embargo, cuando no dais á los mismos términos los mismos sentidos que los discípulos de la perfectibilidad, debemos remontarnos á las definiciones, so pena de dar unos y otros nuestras palabras al viento, sin poder jamas entendernos. Así, pues, ¿qué es lo indefinido?

En vuestra opinion es algo más que lo infinito, una vez que puede llegar á dominarlo. Vos decís Dios, y yo digo lo infinito; pero Dios y lo infinito son probablemente la misma cosa, así en vuestro vocabulario

como en mi pensamiento. Veamos si la filosofía os da la razon. Lo indefinido ¿es verdaderamente, como vos creéis, una especie de ángel revolucionario que un dia escalará el cielo y dirá á Dios: Quítate de ahí?

La filosofía siempre ha distinguido en la ciencia del sér dos órdenes de ideas, la idea de lo infinito y la idea de lo finito.

Lo infinito, Leibnitz os lo dirá tan bien como Aristóteles, es el todo, lo único, lo inmutable, lo eterno, lo inconmensurable, lo absoluto: ninguna medida puede alcanzarlo, ninguna frontera puede circunscribirlo. Lo finito, por el contrario, es lo particular, lo contingente, lo múltiple, lo diverso, lo determinado, el lugar, la hora, el número, la figura.

Lo infinito y lo finito constituyen, pues, como se dice en lenguaje de escuela, dos antinomias radicalmente opuestas la una á la otra é irreducibles la una en la otra. Lo infinito no puede caer en lo finito sino en cuanto lo finito puede desaparecer en lo infinito.

Si esas dos formas del sér existiesen solas, existirían separadas por una infranqueable distancia. Estaría Dios de un lado, el mundo de otro y en medio el abismo. Para enlazarlas es necesario un término medio que participe á la vez de los dos órdenes de ideas. ¿Cuál es ese término medio? Es lo indefinido.

Lo indefinido, en efecto, participa de lo finito por el límite y de lo infinito por la evolucion, mejor dicho,

por la traslacion continua del límite. ¿Quiere esto decir que lo indefinido llegará jamas, de etapa en etapa, á devorar lo infinito y á pasar, como vos lo afirmáis, al otro lado de la Divinidad?

¡Pues qué! Porque teneis de un lado la eternidad, es decir, lo infinito; de otro la hora, es decir, lo finito, y entre estas dos ideas, para enlazarlas una con otra, el tiempo, es decir, lo indefinido, ¿podreis creer que el tiempo, á fuerza de inclinar la urna y de deramar una hora tras otra hora, concluirá por agotar la eternidad? No la agotará; lo mismo que el espacio, superponiendo un mundo á otro, tampoco acabará por traspasar la inmensidad, pues más allá del espacio alcanzado habrá siempre otro espacio en reserva. ¿Cuál? Precisamente lo infinito. Lo infinito encierra siempre el desenvolvimiento del universo.

Lo indefinido emplea, pues, la idea de movimiento, no de movimiento al azar, de movimiento por el movimiento, de flujo y de reflujo; no. Cada movimiento del sér, operado en la creacion por la ley de la creacion, tiene su polo, su objeto: pues ese polo, ese objeto, es Dios, es lo infinito. La vida universal emana de Dios, é inspirada por Dios, tiende sin cesar á Dios en virtud de su inspiracion divina y sube sin cesar á él por la infatigable espiral y la inagotable circunvolucion del progreso.

El progreso constituye, pues, el lazo viviente, el

mediador del sér en particular con el sér de los seres, con Dios. Quien dice progreso dice movimiento en Dios; movimiento indefinido, por consecuencia, puesto que tiene lo infinito para atraerle siempre y siempre retroceder á su aproximacion. La vida universal gravita, pues, indefinidamente hácia lo infinito, y no podría cesar de gravitar hasta que el infinito cesára de atraerla.

Así, acusar al progreso de ser indefinido es acusarle de ser lo que es, lo que debe ser, un movimiento hácia un objeto siempre en fuga, siempre perseguido y nunca alcanzado. Pero no os engaíeis: cuando hablamos del progreso indefinido del hombre, hablamos de su progreso, no solamente en la tierra sino tambien en otra existencia, pues una vez admitida su inmortalidad, no podemos concebir su actividad de otra manera que como una ascension perfecta hácia la perfeccion.

En cuanto al progreso sobre la tierra no podemos lógicamente proclamarle indefinido, por la razon sencilla de que la tierra ha comenzado, y como ha comenzado, tiene que concluir, segun todas las indicaciones de la analogía y las profecías de la probabilidad. La ciencia se hunde, y, por consiguiente, la comedia se hunde con ella en el abismo. Así, pues, siempre que tendemos nuestras miradas por la tierra y que decimos progreso indefinido, lo decimos en la acepcion

restringida de un progreso cuyo límite no podemos concebir, ni precisar.

Pero porque este límite, sepultado en el misterio de lo desconocido, escapa á nuestra prevision y á la punta de nuestro compas, no tenemos la pretension, demasiado ilógica en verdad, de prolongar el progreso sobre la tierra más largo tiempo que la tierra misma. Sólo la leyenda tiene el derecho de imaginar una batalla en que las almas de los muertos, despues de la accion, combaten todavía en el aire por encima de los cadáveres.

Si hemos demostrado que el progreso es indefinido, hemos probado tambien que es continuo, pues estas dos ideas son correlativas, simétricas, están enlazadas entre sí por una estrecha ó íntima solidaridad. Sin embargo, como esta expresion de progreso continuo siembra la turbacion en ciertos espíritus, tenemos necesidad de desvanecer de una vez para siempre sus inquietudes.

Unos y otros podemos, segun nuestras aspiraciones ó nuestras preocupaciones, aceptar ó rechazar el progreso; pero desde el momento en que lo aceptamos, debemos aceptarle como una ley de la humanidad. Porque la Providencia nos ha hecho á la vez sociables y perfectibles es por lo que vivimos en sociedad y por lo que, con ayuda de la sociedad, marchamos á nuestro perfeccionamiento. De otro modo habria un efecto sin

causa ó un efecto superior á la causa, hipótesis que, en buena dialéctica, implica contradiccion.

Lnégo es de esencia que una ley de la naturaleza, antepuesta al destino de un sér, permanezca sobre este sér en el estado de inmanencia y de inviolabilidad: á este punto de vista, el progreso, mirado como ley, como causa, es, propiamente hablando, continuo, pues la perfectibilidad, siempre presente en el hombre, obra siempre sobre el hombre realmente ó virtualmente, á cielo abierto ó en silencio.

Pero de una causa siempre en actividad ¿podemos deducir un efecto siempre visible en la humanidad? No; pues esta causa no obra siempre en las mismas circunstancias y sobre los mismos obstáculos, y por consecuencia debe sufrir, por el hecho de esas circunstancias y de esas dificultades, variaciones y retardos.

Si mirando desde la mañana hasta la noche vuestro péndulo preguntáis á cada vuelta de la aguja sobre la esfera qué nuevo progreso sensible ha alcanzado el tiempo en la jornada, el más intrépido creyente en la perfectibilidad experimentará sin duda algun embarazo para responderos.

El progreso no ha hecho al tiempo el honor de tomarle por regulador en premio de su trabajo. El tiempo es su elemento, su primera materia, y usa de él á discrecion como amo y no como esclavo. No es un

obrero á jornal obligado á justificar el trascurso de un día con una cantidad matemática de trabajo, sino que reclama, por el contrario, para el cumplimiento de su obra más espacio y más independencia.

Nosotros, existencias finitas y rápidas, tenemos reglas limitadas y cortas, como vosotros, y queremos ver marchar las cosas segun esas reglas y esas tendencias geométricas de nuestro espíritu. Nosotros contamos por uno, dos, tres, y queremos que el progreso lleve en su marcha la misma medida. Pero el progreso tiene su geometría propia, más amplia y más flexible que la nuestra, más dramática, y sobre todo, más rica en incidentes. Desdeña la monotonía y la regularidad, y como la misma vida, da la preferencia á lo casual y á lo inesperado. Va, viene, duda, vacila; pero avanza siempre. La astronomía ha demostrado que la tierra, en su vuelta alrededor del sol, no hará una curva perfecta, sino una curva cortada por una innumerable serie de vibraciones. Hé aquí la imagen del progreso: él tiene tambien sus perturbaciones en la línea de su órbita.

No hace marchar todos sus adelantos de frente, en la ordenanza estratégica de los soldados en parada: tan pronto hace avanzar á un pueblo como á otro, tan pronto hace un trabajo como otro; pasa de la ciencia al arte, y del arte á la industria; toma, deja y vuelve á tomar incesantemente el hilo de su accion, pero sin

dar nunca la repetición de los mismos dramas ni de los mismos episodios.

Si quereis juzgar la civilización desde el estrecho punto de vista de un momento ó del período mismo de la humanidad, la continuidad del progreso escapará evidentemente á la mirada de vuestra inteligencia. Pero si colocándoos en el punto de vista del progreso abrazais con el pensamiento la serie entera de las civilizaciones, entónces veréis de un horizonte á otro de la historia la ley de continuidad irradiando en el majestuoso desarrollo de su unidad.

Cuando decimo. progreso continuo no decimos progreso continuo de un día á otro, de un siglo á otro, sino de una civilización á otra, de una trasfiguración á otra de la humanidad. El progreso cuenta por civilizaciones como nosotros contamos por años, y querer reducirle á nuestra esfera es empuñarlo al nivel de nuestra estatura.

Nosotros afirmamos el progreso continuo; pero solamente de la civilización cazadora á la civilización agrícola, de la civilización agrícola á la civilización política, de la civilización política á la civilización industrial, de la civilización industrial á la civilización comercial, de la civilización comercial á la civilización brahmánica, de la civilización brahmánica á la civilización egipcia, de la civilización egipcia á la ci-

vilización helénica y de la civilización gentilica á la civilización cristiana.

Una fuerza continua como una ley no podría tener un efecto discontinuo. Su trabajo puede ser latente y en apariencia contradictorio; más para el que sabe cómo la vida late en el huevo y germina en el surco, y por qué lazos secretos une á la causa invisible una consecuencia visible, no hay en la marcha de la humanidad ni interrupción ni intermitencia.

Ved el mar en la hora de la marea: la primera ola llega hasta cierto límite, la segunda espira en el camino. Para el niño que contemplase las dos olas, en el primer momento parecería que el mar retrocedía. Esperad, sin embargo, y de minuto en minuto, de ola en ola, la marea habrá cubierto muy pronto con su inmensa sábana toda la superficie de la playa.

Hay, además, la parte de la libertad humana en el drama de la historia. El hombre ejerce un derecho de intervención sobre su propio destino, y por más que su destino marche invenciblemente hacia el objeto fijado por la Providencia, puede, sin embargo, en virtud de su libre albedrío, en un momento dado y sobre un punto dado, precipitar ó retardar la evolución del progreso.

Pero volvamos la hipótesis: supongamos con vos, por un cuarto de hora, que después de haber tocado

la meta del progreso, mañana, dentro de mil años, no importa en qué época, los pueblos van á volver sobre sus pasos, á romper las filas y á tomar por grupos el camino de los bosques. Está bien: las malezas cubren la tierra; la barbarie ha reconquistado su derecho de antigüedad. Pero no basta que los partidarios de la decadencia profeticen esta inmensa dislocación y esta dispersión de la humanidad á los cuatro vientos: en buena lógica deben todavía decirnos por qué derrumbamiento de la naturaleza y por qué cataclismo conciben el cumplimiento de su profecía.

Han llegado los tiempos predichos en el *Apocalipsis*. El Señor, cansado de nosotros, ha echado su última mirada de piedad sobre la tierra, llena de nuestras obras, cubierta de ciudades, de cúpulas, de palacios, de aldeas, de granjas, de ingenios, de caminos, de puentes, de canales, de parques, de cosechas, de rails, de telégrafos, de flotas, de caravanas, y ha dicho para sí: «Todo eso me enoja; parece que los hombres quieren desafiar mi poder.»

Y ha hecho que soplen los aquilones, y ha lanzado las trombas, y ha abierto las cataratas del cielo, y lluvias de fuego y de betún han caído de las profundidades de la atmósfera; y la corteza de la tierra, esa segunda creación que la industria humana había depositado lentamente, siglo por siglo, sobre la superficie del globo, ha desaparecido en un día como Sodoma

y Gomorra. No queda de la civilización más que una lava humeante, y sobre esta lava, aquí y allá, pálidos fantasmas, anteriormente hombres, condenados á errar y á buscar de ruina en ruina el sitio en que estuvo una sociedad. Porque yo imagino que el hombre ha sobrevivido al hundimiento general, pues si había perecido no había cuestión.

El hombre ha sobrevivido; pero al día siguiente encuentra naturalmente al alcance de su mano la ciencia adquirida en el pasado. Sabe, como la víspera, labrar, construir, forjar, contar, dibujar, fundir, esculpir: sobre los restos de sus obras arruinadas, dispersas bajo los aluviones de un nuevo diluvio, echará los fundamentos de nuevas ciudades, de nuevas naciones; construirá nuevas granjas, nuevos ingenios; abrirá nuevos puertos, dispondrá nuevas tierras, y en más ó ménos tiempo resucitará todas las industrias muertas y recobrará todas las riquezas de otras civilizaciones. La pretendida caída del hombre no habrá sido, en último análisis, más que una segunda edición del terremoto de Lisboa, un desastre inmenso sin duda; pero un desastre reparable y reparado al fin, gastando la suma necesaria de trabajo y de generaciones. El cataclismo, pues, habría empleado en balde su cólera y su betun.

En tanto que el hombre piense y continúe pensando, el fuego y el viento atacarán en vano sus obras y

en vano tratarán de destruirlas, pues sus obras son los productos de su inteligencia, y su inteligencia las reproducirá siempre. Queremos admitir en rigor, concediendo algo á la ficción, que sus bibliotecas puedan perecer todas de un extremo á otro de la tierra, por una especie de complot universal de los elementos contra las industrias y las ciencias; pero las ciencias y las invenciones no reposan por completo en los libros y las hojas de papel, sino que viven también en el espíritu del hombre, bajo la sagrada guarda de la memoria. Para destruirlas sería necesario arrojarlas de ese santuario y vaciar el santuario mismo hasta el fondo, desnaturalizando la esencia del pensamiento. ¿Conoceis una lluvia de azufre capaz de realizar este milagro?

Para que el progreso caiga en desfallecimiento y el hombre retroceda á la barbarie es necesario que su mano se seque, que la palabra espire en sus labios, que su pensamiento caiga de la ciencia en la ignorancia. Entonces retrocedería más allá del salvajismo y caería en el idiotismo. El salvaje vive como el niño, en la ignorancia, sin que esta ignorancia, sin embargo, implique imposibilidad alguna para el desarrollo de su inteligencia. Pero cuando el hombre, en la plenitud de la civilización, después de haber conocido la ciencia, recae de repente en el estado de la infancia, es que ha pasado al idiotismo y que ha perdido la facul-

tad de pensar. El mal entónces no tiene remedio.

¿Cómo, por otra parte, hemos de suponer que huyan y desaparezcan súbitamente del cerebro humano la geometría, la mecánica, la filosofía, la química, la astronomía? Alguna vez habréis oído durante la noche el sonido de la campana dando las horas, sonido que tiende su vuelo en el espacio sin dejar en pos de sí, en la sombra palpitante, más que una nota insensible que va sin cesar espirando en el oído. Pues también las ideas, lo mismo que las horas escapadas de la campana, huirían de la imaginación del hombre, después de haber dicho su última palabra, y desaparecerían para siempre llevadas en un soplo de la atmósfera. Tendríamos la noche del alma y todo caería en el silencio.

Con frecuencia nos acusáis de prodigar los milagros. Permitid que á nuestra vez os hagamos igual acusación, pues de seguro teneis más necesidad que nosotros de multiplicar esos golpes de Estado de Dios para retirar al hombre de la civilización. Nosotros, á lo ménos, le colocamos bajo la tutela de todas las leyes de la naturaleza, de la naturaleza exterior como de su propia naturaleza, en tanto que vos, queráis ó no queráis, os veis en la precisión de anularlas todas para precipitarle en la caída. Que el mundo parece, hé ahí vuestra fórmula. Que el mundo vive, decimos nosotros, por lo contrario; y si vamos con él en plena seguridad, pues la amante naturaleza no sabría ocultar

para nosotros una perfidia en su sonrisa, ¿por qué hemos de creer en el mal por el mal? El día de Tifón ha pasado, y no vendrá en mucho tiempo un genio destructor á poner su planta sobre la civilización para anonadarla y aventar en seguida sus cenizas.

VI.

¿Qué deberíamos pensar, qué pensaríais, vos el primero, en cualquiera otra circunstancia, de una filosofía de la humanidad que pusiera el corazón en oposición con el sistema y desencadenase en el fondo de la conciencia la guerra civil de las ideas? Deberíamos pensar, y vos pensaríais que esa doctrina merecía revisión, por lo ménos, hasta que hubiese restablecido la simetría natural entre las dos facultades de la verdad: el sentimiento y la razón.

Pues bien, permitidme contar á mi vez con vuestra paciencia para ocuparme de la contradicción. La negación del progreso os pone por momentos en un verdadero dualismo de principios. Cuando excomulgáis la creencia capital del siglo XIX pareceis tener dos espíritus: uno que entreabre misteriosamente una ventana escondida y dice á media voz al progreso: «En-

tra»; el otro, que le cierra la puerta con estrépito y le dice con acento de cólera: «Véte.»

Así, siempre que oponemos á vuestra doctrina del *statu quo* de la humanidad sobre el mismo lecho de miseria ese irresistible instinto de mejoramiento que lleva al alma al horizonte de los tiempos en busca de una sociedad nueva, comprendéis de seguida, por la verdad del primer golpe de vuestro sentimiento, que ese magnífico tormento del porvenir tiene en sí algo de sagrado, puesto que levanta al hombre de su lodo y le lleva al perfeccionamiento de sí mismo y de sus semejantes. ¿Considerais el progreso desde ese punto de vista de agente provocador al sacrificio? Entonces amnistiais ese sueño en persecucion de una quimera; le justificais por su lado práctico en la sociedad, le bendecís y le adorais. Cito vuestras propias expresiones.

«Pero, decís todavía, Dios, que no engaña jamas, ha puesto en el hombre esa levadura, esa invencible aspiracion, esa esperanza sorda y obstinada del *perfeccionamiento indefinido* de su especie. Todo instinto es una profecía; esta profecía es, pues, divina; implica un deber para el hombre y está destinada á realizarse sobre la tierra. Nosotros no negamos, nosotros adoramos ese instinto natural ó sobrenatural que lleva al hombre á *esperar contra toda esperanza* un perfeccionamiento indefinido. Creemos que ese instinto ha sido

dado al hombre para un doble fin: primero, como una impulsión divina á trabajar, mientras vive, en su perfeccionamiento individual; segundo, como una impulsión al sacrificio meritorio que todos debemos á nuestra raza, á nuestra familia, á nuestro país y á la humanidad.

» La sociedad humana sólo vive de los sacrificios de sus miembros en pro del bien general. Pero ¿quién se sacrificaría si se creyese el sacrificio inútil? Es, pues, necesario que el hombre tenga ese instinto de la utilidad y de la santidad de su sacrificio; sólo que algunos creen sacrificarse por un perfeccionamiento y una felicidad indefinidos sobre la tierra, y otros creen sacrificarse por un perfeccionamiento relativo, local y temporal aquí abajo. Ahí está el secreto de ese instinto que nos trabaja para el mejoramiento de nuestra especie, instinto ilusorio en unos, real en otros, *meritorio en todos.*»

Así, cuando la voz del corazón os habla de inspiración, de abundancia, el sueño del progreso, aún indefinido, aún continuo, es un hecho feliz, un hecho meritorio y como el fuego sagrado del genio de la humanidad. Vos lo decís, y vuestra hermosa vida, dada en prenda á todas las grandes causas, lo dice más alto todavía, pues desde el primero al último día de la libertad no ha sido más que un perpétuo comentario en acción de ese pensamiento eminentemente religioso

de que nos debemos todos sin excepcion, débiles ó fuertes, cada cual en su medida, al desenvolvimiento de la comun familia en inteligencia y en moralidad, en dignidad y en democracia.

Mas apénas habeis hecho esta concesion á vuestro corazon, á vuestra vida, á vuestra gloria, cuando la voz del sistema toma á su vez la palabra para atacar la doctrina del progreso, conducirla á vuestra presencia y tratarla con la misma irritacion nerviosa con que Pascal, revolviéndose sin cesar en el lecho de su duda, trataba en otros tiempos á la razon, para concluir con la eterna obsesion de la lógica y poner sus contradicciones de acuerdo, como el duelo, matando á una de las dos partes.

«Un escritor, decís, me acusa de haber desesperado del mundo; de haber desalentado el espíritu humano en su santa aspiracion al progreso; de haber exhumado en una lectura de la *Imitacion* y otras lo que llama los miasmas malféticos de la Edad Media; de haber desposeido al hombre de sus fuerzas y de su virilidad, arrebatándole las ilusiones, *muy peligrosas* en nuestro concepto, de un progreso indefinido y continuo sobre la tierra. M. Pelletan, que habla como Platon, tiene el derecho de forjarse, como él, hermosos sueños; pero nosotros ¡ay! hace mucho tiempo que hemos desperdado. Creemos más bello y más viril mirar frente á frente la sagrada desgracia de nuestra condicion hu-

mana, que negarla ó adormecer en nosotros el sentimiento por medio del opio. Ese jugo de la adormidera, por bien preparado que esté, sólo es bueno para proporcionar el delirio de la perfectibilidad indefinida y de la felicidad sin límite en una tierra que no es, que no ha sido y que nunca será más que un sepulcro blanqueado entre dos misterios.»

¿Qué quiere decir esto? Hace un momento el sueño del progreso, aún indefinido; aún continuo, era un instinto de Dios, el heroísmo del pensamiento, y ahora no es más que una ilusion *muy peligrosa*, algo como el opio de la inteligencia. Un cuarto de hora más y hubiéramos visto el deseo religioso de sacrificio por la humanidad cambiado en peligro para la humanidad; el ideal sagrado convertido en veneno. ¿Qué partido tomar entre estas dos antítesis? El mejor, diréis, es creer en un progreso pequeño, relativo, modesto, tranquilo, prudente, transitorio; progreso hoy, decadencia mañana, flujo siempre seguido de reflujo, paradoja de movimiento en la inmovilidad, únicamente para mistificar al espectador sentado en la playa ó para ocupar su mirada esperando la hora de otro espectador sobre otro planeta.

«El progreso indefinido y continuo, decís, es una quimera siempre desmentida por la historia y la naturaleza; pero el perfeccionamiento relativo, local, temporal, está demostrado como una verdad. Vemos, en

efecto, por todas partes una raza humana caída en la ignorancia y la barbarie salir de ella para elevarse á la luz y á la fuerza, llegar más ó menos laboriosamente á la perfeccion relativa de una nacionalidad, de una sociedad, de una religion superior; permanecer en este punto culminante más ó menos tiempo ántes de descender; luego retroceder por la irremediable vacilacion de nuestra naturaleza, deteriorarse, corromperse, decaer, morir y desaparecer, no dejando, como el individuo más perfeccionado en sí mismo, más que un nombre y un puñado de cenizas en el sitio en que vivió. La humanidad sube y baja sin cesar por su camino; pero no sube ni baja indefinidamente.»

Si he comprendido bien el sentido de esta teoría de progreso á tiempo, de progreso bajo condicion de retroceso, el hombre viviría como el forzado inglés, en una especie de *tread mill*, de penitenciaría giratoria, para cumplir como él en la vida un simulacro de accion. Por consecuencia, nada de perspectiva ante nosotros, nada de pensamiento á término indefinido. Estrechemos nuestras almas, restrinjamos nuestro pensamiento, negociemos con el destino á corto plazo, temiendo la bancarota. Veamos si ese precepto de sabiduría salva la dificultad de la cuestion.

Pero en principio ¿habeis pesado bien las consecuencias de vuestra doctrina? Veis á la humanidad naufraga en esta vida, y para darle una sombra de es-

peranza, poneis una balsa bajo sus piés y llamais á esa balsa progreso relativo; pero ese resto flotante no debe conducir al hombre á ninguna parte ni á pensar en otra cosa que en dejarle caer, un poco más léjos, al fondo del abismo. ¿No veis que esta apariencia, digámoslo claro, que esta hipocresía de mejora, convencida de engaño en un plazo más ó menos largo, sería una ironía y una crueldad ademas contra nuestro destino?

Yo muero sobre un escollo; una ola más y el mar se lleva mi cadáver: y cuando tengo ya sobre la frente la tranquilidad fúnebre de la agonía, vos mostráis sin cesar en el horizonte, ante mi mirada, un velo tan pronto visible como invisible, como para traerme una posibilidad de salvacion y matarme una vez más en esta especie de existencia. Más valdria la supresion de toda esperanza que una esperanza así engañada, pues donde la ilusion cesa viene la resignacion á tomar su puesto en el espíritu: el hombre levanta su manto sobre su cabeza y espera pacientemente la última palabra de la comedia.

Pero el progreso, es decir, el esfuerzo engañado en los resultados, la ascension á duras penas para una caída desde más alto en el vacío, ¿sabeis lo que es en realidad? Un suplicio de tal manera espantoso que los antiguos lo relegaron al infierno y le nombraron la roca de Sísifo.

¿Y creéis que sin estar condenados y mantenidos en esta tortura á viva fuerza por los garfios y los tridentes consentiríamos nosotros, hombres del progreso, en llevar más cruelmente que los otros hombres, en virtud de nuestros mejores sentimientos, esa misificación sangrienta de ese infierno á cielo abierto, y en dar á un Dios irónico una nueva ocasion de castigarnos una vez más por haber creído en la promesa que habia depositado en el fondo de nuestro corazon, por haber esperado el perfeccionamiento sobre la fe de su revelacion y haber aspirado con toda la energía de nuestra alma á la realizacion de esta esperanza?

No, no; puesto que, creando el instinto del progreso, la Providencia ha engañado á la humanidad; ¿por qué jugar más tiempo una partida de tontos, ya perdida por toda la eternidad, y poner sobre ese dado una más gruesa suma que los otros jugadores? En último análisis, somos hombres, y si somos la burla de la creacion, no nos prestemos, por lo ménos, á los atroces equívocos del destino.

Ved, pues, en qué caos nos arrojaís con la doctrina del progreso relativo necesariamente seguido de decadencia. Aun comprenderia vuestra teoría en tanto que la humanidad sube, porque entónces el instinto del progreso, ese sentimiento sobrenatural, como vos decís, ese tentador divino al perfeccionamiento del hombre, tendria al ménos su razon de ser y su apli-

cacion posible de un momento; pero cuando la humanidad baja, y es la mitad del tiempo en vuestra doctrina, ¿qué he de hacer del instinto de progreso, de ese profeta de mejora, oculto en el pecho de mi conciencia para acercarme al mejoramiento moral y material de la sociedad?

Y qué, ¿querriais que el hombre, en plena decadencia, en plena certidumbre de decadencia visible y palpable, llevase la intrepidez de la ficcion hasta el punto de tender todavía al progreso y de obrar en el sentido del progreso, cuando la sociedad entera, precipitada por el peso de su masa, ródase en su caída? Pero ir en sentido inverso de la caída es ir en sentido inverso de la ley, que ha querido la caída como habia querido la ascension. Entremos más bien en la ley: Caigamos, Dios lo quiere, y caigamos de buen grado, sonriendo á la muerte, como el gladiador herido en el pecho.

Pero la decadencia, decís, no es visible. Debe serlo, sin embargo, puesto que vos la habeís visto en la historia; y aun cuando permaneciese oculta á nuestra mirada, desde el momento en que es infalible, yo le doy la bienvenida desde ahora, y le doy su parte con mi vida y con mi pensamiento. Si, pues, el progreso no es la ley de la humanidad permanente como toda ley de la creacion; si la sociedad no es un destino escrito allá arriba; si no es en la mano de la Providencia más que una madeja enredada por el azar, en-

tónces—¿quereis escuchar nuestra respuesta y tomar acta para el porvenir?—nada de ilusiones, nada de opio; teneis razon, pero no bastante todavía, os lo advierto. Queremos tener en adelante más razon que vos mismo y poner vuestra vida en armonía con nuestra creencia.

¡Ah! Esta sociedad está condenada al vacío, y para el vacío trabajamos trabajando para ella. ¿Qué importa entónces que la catástrofe llegó un poco ántes ó un poco despues, hoy ó mañana, dentro de un siglo ó dentro de diez? Desde el momento en que sabemos que es el fin, que es el término de todo, pesa de antemano sobre todo, y todo lo marca con el sello fatal de la impotencia.

¿Quién me dice, por otra parte, que no ha sonado ya la hora fatal? Oigo hablar de decadencia en torno mio, y á cada momento creo ver un presagio en la atmósfera. En esta muchedumbre, suba ó baje la pendiente, tomo el partido del sabio: renuncio desde hoy á penetrar más adelante en ese desfiladero del progreso relativo para ir á estrellarme contra una roca, vuelvo sobre mis pasos y recobro mi libertad de accion.

¡Despues de mí, el diluvio! La vida es corta, su parte es severa y yo no quiero disminuirla por un estúpido sacrificio sobre el altar de la diosa Decadencia. ¿Dónde estais, pasiones enemigas, que me despreciais y á quiénes desprecio? ¿Quereis que firme mi ver-

güenza? Pues la firmo, está firmada; mi mano no ha temblado; el oro brilla, el vino corre; bebo á la salud del progreso..... ó de la decadencia, segun que la moneda lanzada al aire por la mano del destino caiga de cruz ó de cara. Juguemos; no hay más que eso de verdad en el mundo; y como los lotes no són iguales entre los hombres, tanto peor, la palabra está dicha: volvamos á tirar.

Pero, ¿y la vida futura? ¡Ah! Sí; yo creo profundamente en la vida futura, pero por una razon, una sola, ¿lo entendeis? La filosofía no ha podido aún encontrar dos desde que, inclinada sobre una tumba, medita el problema de la resurreccion. ¿Y tengo necesidad de deciros esta razon? Es que habiendo escrito Dios en nosotros el instinto de la inmortalidad, debe existir necesariamente la realidad correspondiente á ese instinto, pues de otro modo hubiera hecho una balanza coja, con un platillo de un lado y del otro el vacío para establecer el equilibrio. Y pues nosotros admitimos *à priori* que Dios es la suprema perfeccion y la suprema justicia, no podemos comprender que haga una promesa y retire su palabra; que siente una premisa y suprima la consecuencia; en una palabra, que mienta á su criatura, y por consecuencia á su suprema bondad y á su suprema perfeccion. Pero vos derribais con una palabra esta prueba de inmortalidad. Hé aquí lo que decís:

«Ese instinto del progreso indefinido de la humanidad sobre la tierra es como otro instinto que Dios ha dado al hombre, instinto que el hombre sabe perfectamente que es ilusorio, y que, sin embargo, le empuja continua é invenciblemente hácia un objeto que no alcanza jamas. Queremos hablar de la aspiracion á una felicidad completa y permanente sobre la tierra. ¿Cuál es el hombre que no conoce la mentira de este instinto, y cuál es el que no se deja eternamente engañar? Pues era necesario en el plan divino que ese instinto de felicidad perfecta *mintiese al hombre* para hacerle soportar la existencia y proseguir paso á paso en la vida el camino de la eternidad. Sin ese instinto el hombre se detendria al segundo paso, hundiria la frente entre sus manos y esperaria la muerte sin movimiento ó la adelantaria por el suicidio.»

¿He comprendido bien el argumento? ¡Cómo! ¡El Dios de la verdad habria combinado la humanidad de tal manera que tendria necesidad de tratarla diplomáticamente, de engañarla para su provecho, de conducirla á lo verdadero con ayuda de una falsedad y de escoger precisamente el más noble instinto del hombre para constituirle al estado de falsario! Y como si no hubiera bastantes contradicciones acumuladas en esta hipótesis, hé aquí que Dios, despues de haber hecho del engaño un elemento integrante de la perfeccion de su obra, toma tan mal sus precauciones pa-

ra ocultar al hombre que le ha engañado que su secreto lo sabe todo el mundo y resulta, por consecuencia, que ha mentido únicamente por el placer de mentir.

Pero si el instinto de Dios nos ha bastado en la cuestion de progreso; si excitándonos á sacrificarnos por el mejoramiento de la especie nos ha inducido á hacer un sacrificio inútil y á girar en cierto modo sobre el porvenir una letra protestada de antemano, ¿quién me dice que ese mismo instinto de Dios no me burle una vez más cuando alze ante mi espíritu la perspectiva de la inmortalidad? ¿Qué prueba puedo tener de su veracidad despues de haberle sorprendido en flagrante delito de decepcion? ¿Por qué ha de cumplir su promesa allá arriba, cuando ha faltado á ella aquí abajo? La paloma divina enviada delante del porvenir tiene dos alas para ir en busca del ramo de oliva: si le rompeis una, no conteis con la vuelta del mensajero.

He seguido paso á paso vuestra refutacion del progreso. No lo he dicho todo; pero creo que he dicho bastante para demostrar que eso que llamais un sueño merece, sin embargo, alguna atencion. No quisiera otra prueba que vuestra respuesta: no se refuta un sueño; se sonrie y se pasa. Una palabra todavía y es la última.

No tengo la pretension de atraeros á lo que consi-

dero una verdad probada: sé por experiencia que la palabra no puede tanto, y de esta discusion no habré sacado en definitiva más que una nueva prueba de vuestro espíritu de tolerancia. Habeis oido mi contestacion y mañana la habréis olvidado: hé aquí todo.

En cuanto á mí, bajaré á mi humilde valle, é hiiriendo la tierra con el pié, gritaré: *E pur si muove*; pues en tanto que nosotros discutimos si el mundo marcha, el mundo responde con el hecho y continúa marchando.

En todas partes, en Europa, en América, hay una inmensa agitacion, un inmenso anhelo hácia el porvenir: las ideas parten las primeras, como relámpagos; los pensadores las siguen con la frente inclinada; las masas vienen á su vez..... y vienen ya; el viento de la mañana juega con las cintas de sus banderas.

¡Adelante! Cuando la humanidad haya dado un paso más en el camino de la civilizacion, entónces podremos volver á la discusion del progreso. Pero en tanto, la accion reclama nuestro tiempo. ¡Adelante!

¡Adelante, os digo, mis amigos, mis hermanos en ideas de todos los horizontes y de todos los dialectos; italianos, húngaros, rusos, ya no hay judíos ni gentiles. Los signos del tiempo son para nosotros; voces misteriosas suenan en el aire..... ¡A tus tiendas, Israel! ¡Adelante!

Si alguno de vosotros ha dirigido á los falsos dio-

ses palabras vergonzosas en la tierra de la servidumbre, que lave su boca y partamos cantando el himno de la libertad. ¿Qué teméis? ¿Por qué permanecéis más tiempo con la cabeza en el polvo? Nosotros somos la fe, somos la fuerza, somos el número, somos la eterna recluta. Toda mujer que dé á luz en estos tiempos da á luz un soldado del porvenir. Avancemos hácia el porvenir con los ojos cerrados. ¡Adelante!

¡Marchemos! Las mujeres de gran corazon, las vírgenes de frente pura no tendrán guirnaldas ni sonrisas más que para los fuertes que hayan ceñido su cintura y trabajado en la obra de Dios. ¿No aspirais ya los perfumes de la tierra prometida? Allí están las palmas, allí las recompensas y los altos deliciosos, en medio de la alegría y de la abundancia de la democracia. Un paso más, un esfuerzo más y vuestros ojos habrán visto por toda Europa la libertad sagrada, madre de toda virtud: así, pues, para precipitar esta hora de bendicion ¡adelante, mis amigos! ¡adelante, mis hermanos en ideas! ¡adelante!

¡Vergüenza sobre el que tenga miedo de la inspiracion, porque la inspiracion puede ser un peligro, pero no una ironía! En cuanto al que Dios ha tocado con su dedo, cuando pensaba en hacer grandes cosas por nuestra generacion, elegida entre todas y templada en todas las llamas y en todas las lágrimas, ése siente ya pasar las corrientes del Cedron á traves de su pen-

samiento y no teme profetizar la redencion de Europa y levantar la mano para dar el primero la señal de partir. ¡Adelante!

POST-SCRIPTUM.

Lamartine no respondió; pero algun tiempo despues entró en escena un nuevo adversario: era el P. Félix, de la Compañía de Jesus. No rechaza el progreso *à priori*; al contrario, le acepta en principio. Pero desde lo alto del pùlpito ha creído deber rechazar la definicion que le habia dado el autor de *La profesion de fe del siglo XIX*: estaba en su derecho, pero desnaturalizaba mi pensamiento. Su interpretacion necesitaba una respuesta, y se le dió en tiempo oportuno; pero creemos deber reproducirla al final de este volumen para cerrar el debate.

CARTA AL PADRE FÉLIX,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTA AL PADRE FÉLIX, DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Vos y yo, reverendo padre, creemos en el progreso. Sin duda la palabra ha sonado bien á vuestro oído; pero respecto á su significado diferimos completamente de opinion. El autor de *La profesion de fe* ha definido el progreso como un acrecentamiento de vida. Vos contestais á la fórmula; pero ¿cómo definís, á vuestra vez, el progreso?

Le llamais el desarrollo de la santidad.

¿De la santidad? Sea; pero permitidme una observación: á tomar la santidad en el sentido humano de virtud, no sería más que un progreso, pero no sería el progreso.

Al darnos la vida moral el Creador, para valernos de vuestro lenguaje, nos la dió para desarrollarla por la virtud; pero al darnos la vida intelectual nos la dió para desarrollarla por la ciencia, y al darnos la vida

material nos la dió para desarrollarla por el trabajo.

De este triple desarrollo, impuesto al hombre por la naturaleza misma de su organizacion, uno sólo encuentra gracia ante vuestro espíritu y tiene entrada en vuestra fórmula.

¡Teneis la pretension de explicar el progreso de nuestro siglo y rechazais de su historia la ciencia y la industria, es decir, el trabajo, la prueba por el trabajo, la más palpable y la más incontestable de nuestra perfectibilidad!

Buscáis la ley del progreso y la encontrais en la santidad.

Segun eso, el mundo, reverendo padre, marcha al reves y ha retrocedido más allá de la Edad Media: en aquella época los santos, y tambien los milagros, certificados auténticos de santidad, se multiplicaban como los panes en el desierto.

Pero hoy ¿dónde veis santos? Ni aún bajo la sotana que vestís. Si los conoceis por casualidad, nombradlos: nosotros aplicamos el oído y sólo oímos sonar la campana de San Pedro para la canonizacion de un beato. Para pasar del estado de beato al de santo, sería necesario el milagro: luego hoy sólo la Virgen los hace, y aún así todo el milagro consiste en poner agua en una botella y venderla como una droga divina, propia para curar toda clase de enfermedades.

Luego respecto á santidad la época actual, comparada con la Edad Media, acusa, no un progreso, sino una irremediable decadencia.

Pero ¿qué es esa santidad que nos ofrecéis como el exergo del progreso? Es decir, la pobreza primero, la humildad despues, finalmente la penitencia.

¡La pobreza! Pero la pobreza no es una virtud ni un vicio; es una privacion, ó más bien, es un vicio cuando resulta de la pereza.

Si para ser santo se ha de ser pobre, la santidad está en razon directa de la pobreza; pero la pobreza, llevada al último extremo, cae en la mendicidad. La ley condena la mendicidad como un delito, salvo determinados casos; y, en efecto, el que puede trabajar y no trabaja falta á su primer deber para consigo mismo y para la sociedad.

Cuando metamorfoseais la pobreza en virtud, queréis hablar sin duda de la pobreza voluntaria, del abandono de su patrimonio al indigente.

¿Al indigente directamente? No todo de hecho al indigente, sino por el intermedio del convento.

El rico daría su fortuna al convento. Comprendo, reverendo padre: vuestro sistema ya ha funcionado, en parte, en el Paraguay: ¿y qué ha producido? El comunismo en todo su esplendor: la Compañía de Loyola propietaria universal y el resto de la nacion apenas un rebaño.

El principio sagrado de la personalidad humana rechaza el comunismo, lo mismo al són de la campana que al ruido de la fusilería.

Decís que pobreza y pobreza voluntaria, y os lo concedo, significa santidad; ¿qué significa entonces la riqueza en vuestra teoría? Dejo á la lógica el cuidado de responderos.

Quiero suponer que el rico renuncia á su fortuna por ganar el paraíso; pero ¿adónde irá á parar esta fortuna? Pasará á manos de otro, y, por consecuencia, hará caer sobre ese otro su propia incapacidad para la salvación.

De un acto de caridad, en la apariencia, hará el rico un acto de perdición: vuestra doctrina, pues, traslada, pero no multiplica la santidad.

La lógica os condena á la pobreza universal para llegar á la santidad universal, tal como la entendéis. ¿Comprendéis bien lo atrevido de vuestra teoría y os resignáis á llevarla hasta su última consecuencia?

Pues bien, levantad las manos al cielo; pedidle una elocuencia que devore nuestros corazones, como la lava del Vesubio devoraba las murallas; persuadidnos á destruir, de nuestra propia voluntad, todas nuestras riquezas y todos nuestros capitales, acumulados por siglos y siglos en la superficie de la tierra.

Habéis hablado, y para ceñirnos á vuestra teoría del progreso hemos abandonado nuestras casas y des-

truido nuestros ingenios, restituido los campos á la maleza y arrojado al viento nuestro oro y nuestros billetes de banco: no tenemos más que una alforja, pero la alforja es una riqueza y la arrojamós también: ya estamos desnudos; ¿seremos por eso más santos? Preguntádselo á los salvajes.

No prorumpais en exclamaciones; yo no fuerzo vuestro pensamiento, sino que le traduzco. Vuestra homillita sobre la pobreza ¿qué es, desde la primera á la última línea, á pesar de todas las habilidades oratorias, sino una doctrina de expropiación general por causa de salud pública en la otra vida?

En efecto, desde el momento en que santificáis la pobreza como espíritu de progreso, debéis desconocer el mérito de la propiedad: á cada página, si quisiera, os pondría en flagrante delito de irreverencia al primer dogma del código civil.

Llegó un día en que el autor de *La profesion de fe del siglo XIX* llamó al capital el redentor de la humanidad; ¿sabeis por qué? Porque el capital representa el trabajo ya hecho; porque el trabajo hecho dispensa á la sociedad de una suma igual de trabajo para hacer, y, por consiguiente, permite á una parte de la sociedad consagrar su tiempo á la cultura de su inteligencia. ¿Para gozar egoístamente en el placer del estudio? No; sino para revertir sin cesar el pensamiento bajo la forma de invención, y para

elevant al trabajador á la dignidad de la inteligencia.

Creía, hablando así, haberme portado como buen ciudadano. Se trataba de malquistar el capital con el trabajo, y yo les llevé una palabra de concordia. Yo les dije: Os servís recíprocamente; si la propiedad engendra el pensamiento, el pensamiento, en cambio, engendra la instruccion.

¡Ay, reverendo padre! Habia contado sin vuestra elocuencia, por no decir sin vuestra ironía. Hé aquí cómo me recomendáis en vuestro sermón, y cito textualmente vuestras palabras:

«Una doctrina muy diferente tiende á prevalecer en los espíritus, practicada y preconizada por hombres que se proclaman libres y que parecen haber perdido hasta la primera noción de la libertad. Si los creéis, la riqueza es el elemento más grande de la libertad humana. Cuanto más rico es el hombre, más libertad tiene y puede su genio verter sobre las generaciones tesoros de fecundidad. La conclusion de esta teoría es que todos, y especialmente los hombres de letras, deben reunir mucho oro para tener mucha libertad. El oro es el redentor que paga el rescate del genio cautivo por la miseria; el oro es, en una palabra, el verdadero padre de la libertad. En estas teorías, tan caras para los grandes hombres de nuestro tiempo, no se ha olvidado más que una verdad. Se olvida que la libertad del alma consiste en no tener

trabas. El secreto es único: *no tener nada y no estar retenido por nada*. El que se liga á una cosa es esclavo de esa cosa; el que se enlaza á la porcion, es esclavo de esa porcion.»

Os advierto, reverendo padre, que desfigurais mi pensamiento, y que donde digo propiedad, decís siempre riqueza, como si yo hubiera querido probar que para adquirir tiempo para pensar, era necesario poseer un millon. No; á Dios gracias, se piensa mejor en una posicion mediana.

Decís que hago del oro mi Dios. Hubo un tiempo, reverendo padre, en que, con el derecho de una condicion de existencia dignamente alcanzada, me atrevo á decirlo, tal vez hubiera rechazado ese aserto gratuito; pero el tiempo me ha retirado hasta el derecho de la indignacion. Volvamos, pues, al debate.

Para tener el alma libre, decís, el hombre no debe poseer nada ni estar retenido por nada. Nada es demasiado. ¿Es acaso que el que no tuviera patria, ni familia, ni deberes, ni simpatías, ni interes alguno en el mundo tendria el alma más libre que el ciudadano que tiene su país, que el padre que tiene su hijo, que el obrero que tiene su trabajo? Permitidme responderos que entónces teneis una extraña idea de la libertad, y que, en ese concepto, teneis necesidad de corregir vuestra teoría.

El hombre no debe poseer nada. ¿De quién habláis,

padre mio? ¿Es del hombre ó de un espíritu puro? Vos, por ejemplo, predicais, confesais, estudiais, escribís, vivís, en una palabra, la vida del cuerpo y la del pensamiento. Por favor, decidme: ¿os alimentais de vuestro pensamiento? ¿Os vestís de vuestro pensamiento? ¿Os calentais de vuestro pensamiento? ¿Os alojais en una hoja de papel? Indudablemente comeis: ¿quién paga á vuestro panadero? Alguna vez cambiáis de sotana; ¿quién paga á vuestro sastre?

Vais á responder sin duda que vuestro trabajo. En hora buena. Haceis un servicio y en cambio recibís una retribucion, precio de vuestro trabajo, con el cual adquirís vuestro sustento; pero ántes de predicar y de escribir habeis pasado la juventud estudiando.

Durante este tiempo ¿quién ha satisfecho vuestras necesidades sino el capital adquirido por vuestro padre y transmitido por herencia? Pues en este mundo, á ménos de mendigar ó de robar, delito penado por la ley, cada cual debe vivir de su capital ó de su salario. Ya veis que el oro os ha rescatado de la miseria y os ha iniciado en el pensamiento. Si tocais el beneficio ¿por qué maldecir al bienhechor?

Después de la pobreza la humildad, ese es el orden. Haceis un sermón sobre la humildad, y su primera palabra dice: Eminencia. Eminencia, que yo sepa, no es un término de humildad. ¿Y á quién la dirigís? Al arzobispo de París. Si el arzobispo aceptase el trata-

miento, ¿habria perdido su derecho á la santidad?

¡Oh! No; sin estar en el secreto del cielo, puedo aseguráros respecto á este punto. Teneis razon en llamar Eminencia á un cardenal, y él hace bien en aceptar el título, porque en la Iglesia es tambien necesaria la jerarquía. La jerarquía tiene tanta importancia que De Maistre la coloca por encima del dogma, ó, como él dice, de la Escritura.

¿Cómo explicar de otro modo que el papado lleve sobre su cabeza una triple corona y que, segun la antigua etiqueta del Vaticano, reclame la preeminencia sobre la monarquía? Leed, para convenceros, en cierta página del cronista Burckast, la entrevista de un rey Valois con el papa Borgia.

La humildad, por otra parte, ¿merece verdaderamente el nombre de virtud? La modestia, lo comprendo; ¡pero la humildad! Si profundizase la palabra temeria encontrar en ella, si no la bajeza, al ménos la abdicacion de la personalidad.

¿Qué vienen á ser entónces el respeto de sí mismo, el sentimiento de la dignidad, el amor de la gloria y el fuego sagrado de la ambicion? ¿Es con la humildad con lo que se ha podido descubrir América, averiguar el paso del sol, romper el yugo de los tiranos y tomar el gobierno de las naciones?

Si Dios habita en nosotros, como creo, levantemos la frente, reverendo padre, aunque no sea más que

por hacerle honor. La dignidad de Dios viviente nos llevará mejor á la virtud que la idea de nuestra abyección. Para dar valor al alma, ¿quereis enviarla á la enfermería?

Llego, por fin, á la última etapa de la santidad, á la penitencia. Vos entendéis por penitencia la maceración del cuerpo, una huella incesante sobre la vida con ayuda del ayuno y de cilicio.

¿Qué os ha hecho ese pobre cuerpo para que con tanto rigor le trateis? Le declarais maldito, le llamais anatema. Es la esponja del vicio, decís, hinchada por el pecado, y la exprimís con mano de hierro para hacerla soltar el agua de abominación. Si el cuerpo pudiera responder, respondería seguramente: «¿Por qué me castigais? Yo soy inocente, puesto que soy un sér pasivo: todo lo que hago lo hago por orden del espíritu. Dirigíos, pues, al espíritu, si quereis castigar al culpable, ó más bien, enseñadle, llamadle por la pasión de la virtud á su celeste origen.» Pero no, reverendo padre; vos herís siempre, y justificais así vuestra severidad.

«¡Ah! Ya lo sé, decís; la penitencia corporal, el ayuno y la disciplina hace reír á los pensadores de estos tiempos, demasiado sabios para practicar tales locuras. No tienen miradas más que para la carne ni respeto ni amor más que para su cuerpo, y dicen de la austeridad cristiana: ¡Mutismo, Edad Media, fanatismo!

¡Mutismo! Dejemos pasar el siglo con sus desaires y sus injurias. La verdad es que castigar voluntariamente su cuerpo para vengar la dignidad del alma ultrajada es una sublime cosa; la verdad es que esclavizar la carne para no ser su esclavo es un acto de valor; la verdad es que para dar á un cuerpo el placer basta ser un miserable, al paso que para infligirle voluntariamente el dolor es necesario ser muy grande; la verdad es que esta raza de mortificados de que el mundo se rie ha abierto ante el siglo la puerta del progreso, porque mortificando la carne para hacer vivir el espíritu han desarrollado ante ella la verdadera grandeza del hombre.»

¿Teneis, reverendo padre, tan pequeña opinion del alma humana que la condenais sin remision á colocar su virtud fuera de sí misma y á suspenderla en la muralla en forma de disciplina? ¿Acaso un latigazo es hoy el secreto de la grandeza moral que cada cual debe ir á buscar en el progreso?

Abí teneis un hombre, Marco Aurelio, que por el imperio sobre sí mismo llegó á dominar la materia como Dios domina al mundo, con la serenidad y la fuerza majestuosa del pensamiento. ¡Y ese no es un héroe!

El héroe, es, segun vos, el hombre poco seguro de sí mismo, que para tomar cada dia un nuevo abono á la virtud cierra su ventana y desnuda sus espaldas...

¿Qué me decís, reverendo padre? Vuestra sublime cosa tiene necesidad del comité secreto, y tanto valdría decir que para tener valor hay que beber aguardiente. No; quiero mejor la bravura que nace de la energía de carácter.

He concluido. Yo no os habré convertido, como vos no me habeis convencido. Un día encontrasteis el progreso ante vuestros ojos y quisisteis embellecer con él la Compañía de Jesús; pero hay un abismo entre el progreso como la humanidad lo practica y el progreso como vos lo imponéis. El uno significa acrecimiento de vida; el otro disminucion de vida, suicidio del cuerpo, de la razón, de la voluntad, de la naturaleza. Hé aquí vuestra doctrina:

«Hay un secreto muy sencillo para no tener miedo: no desear nada, no poseer nada, pues el miedo no tiene cabida en un alma sin deseos. El que no desea nada, ni aún su vida, no puede temer nada, ni aún la muerte. Es la situación del verdadero pobre de Jesucrito. ¿Quién puede quitarle la tranquilidad? ¿Su riqueza? No tiene riqueza. ¿Su hogar? No tiene hogar. ¿Su patria? El mundo entero es su patria, ó mejor dicho, el mundo entero es un destierro.»

Pues bien, reverendo padre, nosotros, por el contrario, deseamos mucho y amamos mucho: amamos la vida para hacer buen uso de ella; amamos la familia para pagar la deuda ó la ancianidad; amamos la

patria y amamos la humanidad: creemos que Dios nos ha enviado á la tierra, no para sacudir nuestras sandalias y romper la puerta de nuestra prision, sino para levantar un monumento á su gloria y cumplir nuestro destino. Permanecemos con el corazón firme en nuestro puesto, y lejos de ver en eso una cobardía, vemos, por el contrario, una prueba de valor. El valor consiste, no en huir del peligro, sino en afrontarle.

FIN.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
A Juan Reynaud.	3
Cartas á Lamartine.	39
Primera parte.	83
Segunda parte.	95
Tercera parte.	149
Cuarta parte.	223
Post-criptum.	302
Carta al padre Félix, de la Compañía de Jesus.	305

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TEC